

WARREN W. WIERSBE

JESÚS *en el*

TIEMPO PRESENTE

las declaraciones "YO SOY" de Cristo



WARREN W. WIERSEBE

JESÚS *en el*

TIEMPO PRESENTE

las declaraciones "YO SOY" de Cristo



Lo que la gente dice acerca de . . .

JESÚS EN EL TIEMPO PRESENTE

«En días cuando muchos nos ofrecen una teología dulzona, Warren Wiersbe nos lleva a la carne, el pan, la leche y la miel de la Palabra de Dios».

Del prólogo de Michael Catt, pastor principal de Sherwood Baptist Church, Albany, Georgia, y productor ejecutivo de Sherwood Pictures

«Lo que realmente importa es quién es Jesús, ahora y por la eternidad. Warren Wiersbe, brillantemente, explora las grandes declaraciones de Jesús como el YO SOY. Es bueno saber quién es Cristo, sin embargo, saber lo que puede hacer por uno es cuestión de vida o muerte, literalmente».

Doctor Palmer Chinchen, conferencista y autor de *True Religion* [Religión verdadera] y *God Can't Sleep* [Dios no puede dormir]

Lo que la gente dice en cuanto a . . .

WARREN W. WIERSBE

«Warren Wiersbe es uno de los más grandes expositores de la Biblia de nuestra generación».

Billy Graham, evangelista

«El estilo singular del doctor Wiersbe no es exageradamente académico, sino sólido teológicamente. Explica las profundas verdades de las Escrituras de una manera que toda persona puede entender y aplicar. Sea usted un erudito bíblico o un nuevo creyente en Cristo, se beneficiará, como yo, de las ideas de este escritor».

Ken Baugh, pastor de Coast Hills Community Church,
Aliso Viejo, California

J^{ESÚS} *en el*
TIEMPO PRESENTE

JESÚS *en el*
TIEMPO PRESENTE

las declaraciones «YO SOY» de Cristo

WARREN W. WIERSBÉ



NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

© 2012 por Grupo Nelson®
Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. www.gruponelson.com

Originally published in English under the title: *Jesus in the Present Tense*
© 2011 by Warren W. Wiersbe
David C. Cook, 4050 Lee Vance View, Colorado Springs, CO 80918 USA
Título en inglés: *Jesus in the Present Tense*
© 2011 por Warren W. Wiersbe
Publicado por David C. Cook, 4050 Lee Vance View, Colorado Springs, CO 80918 EUA

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio—mecánicos, fotocopias, grabación u otro—excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usados con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas indicadas respectivamente, se toman de la versión Reina Valera Actualizada © 1989 por Editorial Mundo Hispano. Usadas con permiso.

El autor ha añadido cursivas en algunas citas bíblicas para marcar énfasis.

Editora General: *Graciela Lelli*
Traducción: *Miguel A. Mesías*
Adaptación del diseño al español: www.Blomerus.org

ISBN: 978-1-60255-644-7

Impreso en Estados Unidos de América

12 13 14 15 16 QG 9 8 7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Prólogo por Michael Catt

Prefacio

1. Moisés plantea una pregunta

2. El apóstol Juan provee algunas respuestas

3. El pan de vida

4. La luz del mundo

5. La puerta

6. El buen Pastor

7. La resurrección y la vida

8. El camino, la verdad y la vida

9. La vida verdadera

10. El YO SOY descuidado

11. «Yo soy Jesús» (Hechos 9.5; 22.8; 26.15)

12. Vida y servicio en tiempo presente

Notas

Acerca del autor

Dicen que uno juzga un libro por su cubierta. Yo he tratado de no hacer eso. Aunque tengo unos diez mil libros en mi biblioteca, procuro juzgar uno por su autor y su contenido. Las cubiertas pueden ser engañosas. El contenido es revelador.

Como autor o editor de unos doscientos libros, Warren Wiersbe escribe contenido que revela al hombre que anda con Dios, escucha a Dios y conoce íntimamente la Palabra de Dios. El libro que usted tiene en sus manos no es la excepción.

Uno de los primeros libros que compré al empezar mi ministerio fue uno de los comentarios «SEAMOS», de Warren Wiersbe. Ese libro me ayudó a mantenerme equilibrado en mi comprensión de las Escrituras. Como pastor, siempre verifico los comentarios de Wiersbe para asegurarme de que mantengo el equilibrio en mi interpretación de un pasaje de la Biblia.

Warren Wiersbe goza del respeto de maestros de escuela dominical y profesores de seminario. Lo leen laicos y eruditos. Sus nociones han ayudado a millones de los que estudian la Palabra de Dios.

En la década de los noventa por fin logré conocer a Warren y a su esposa, Betty. A veces cuando uno conoce a un escritor, puede ver una vasta diferencia entre la persona y lo impreso. No es así con Warren. Él vive lo que escribe. Ama al Señor de quien escribe. Estoy para siempre agradecido por la oportunidad de conocerle como amigo, voz de ánimo y asesor. Cuando hablo con él, siempre tengo a mano papel y lápiz, porque sé que saldrá a relucir alguna verdad de la cual escribir y recordar. Me encanta cualquier oportunidad para hablarle . . . o sobre todo, escuchar.

Este nuevo libro del doctor Wiersbe es lo que yo llamaría un «clásico Wiersbe». *Jesús en el tiempo presente* es un recorrido por las declaraciones de nuestro Señor como el YO SOY (y otras cuantas, como las que usted descubrirá). Estas páginas revelan la diferencia que Cristo puede determinar hoy en la vida de los que abrazan la verdad. Usted captará mejor quién es Jesús y lo que quiere hacer en su vida hoy.

Jesús en el tiempo presente es un recordatorio de que nuestro Señor no es una deidad distante, ni tampoco es simplemente un personaje de la historia. Es el Dios viviente, el gran YO SOY. El doctor Wiersbe nos guía en un estudio útil y aplicable de esos enunciados. En tanto que son familiares, a menudo nos olvidamos que son para nosotros hoy, y no simplemente para los que los oyeron en el primer siglo.

Al leer este libro usted amará más a Jesús. Verá cómo el propósito de la vida divina es ponerse en ejercicio en la vida diaria. Muchos libros hoy tratan de diluir la verdad para hacerla más aceptable, pero no este. Este libro le obligará a mirar al Señor diariamente por todas sus necesidades.

En días cuando muchos nos ofrecen teología dulzona, Warren Wiersbe nos lleva a la carne, el pan, la leche y la miel de la Palabra de Dios. El contenido es sólido y bíblico. Que el YO SOY le hable, como me habló a mí.

Michael Catt
Pastor principal de Sherwood Baptist Church, Albany, Georgia.
Productor ejecutivo de Sherwood Pictures.

PREFACIO

No hay sustituto para Jesucristo. Solamente Jesús puede salvarnos de nuestros pecados y darnos la gracia que necesitamos para vivir por Él. Si quiere plenitud de vida, tiene que acudir a Jesús.

La manera en que nos relacionamos con el Señor determina como se relaciona él con nosotros. «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (Santiago 4.8). Separados de Jesús no podemos hacer nada (Juan 15.5). Es una tragedia que llevemos una vida activa y luego, al final, descubramos que nada de lo que hicimos dura.

Ningún líder, autor, organización ni conjunto de disciplinas religiosas puede hacer por nosotros lo que Jesús solamente puede hacer, si se lo permitimos. Incluso el libro que está leyendo puede meramente señalarle el camino a Jesús. La verdad divina se vuelve vida dinámica cuando nos sometemos a Jesús por fe y le seguimos. Si los fundadores de las filosofías del mundo y los sistemas religiosos estuvieran vivos hoy, podrían decir: «Yo fui». Pero están muertos y, personalmente, no pueden ayudarle. Jesús no dice: «Yo fui». Está vivo y dice: «YO SOY». Él puede suplir nuestras necesidades hoy. Está vivo en este mismo momento y nos ofrece una vida espiritual satisfactoria en tiempo presente. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8). La historia pasada, la realidad presente y la certeza del futuro se unen todas hoy en Jesucristo, el gran YO SOY.

Las declaraciones YO SOY, registradas en las Escrituras, revelan las profundidades de la vida cristiana y cómo los hijos de Dios pueden profundizar más al vivir con Jesús en el tiempo presente. Con Pablo debemos poder decir: «Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2.20).

Note la frase: «Lo que *ahora* vivo».

En nuestros recuerdos e imaginación tratamos de vivir en el pasado o en el futuro, pero eso no produce una vida cristiana equilibrada ni creativa. Alguien ha dicho que «los buenos días de antaño» son una mezcla de malos recuerdos y buena imaginación; y estoy de acuerdo con eso. Mi pasado tal vez me desanime y mi futuro quizás me asuste, pero «lo que ahora vivo» *hoy* puede ser enriquecedor y estimulante porque «Cristo vive en mí» (Gálatas 2.20). Al vivir nosotros por fe, un día a la vez, Jesús nos capacita para ser fieles, y fructíferos, y alegres.

Dios no quiere que ignoremos el pasado; el pasado debe ser un timón que nos guíe y no un ancla que nos ataje. Tampoco quiere que descuidemos la planificación para el futuro, en tanto y en cuanto digamos: «Si el Señor quiere» (Santiago 4.13–17). Mientras mejor entendamos los enunciados YO SOY de nuestro Señor y por fe los apliquemos, más estará nuestra fuerza a la par de nuestros días (Deuteronomio 33.25) y correremos, y no nos cansaremos; caminaremos, y no nos fatigaremos» (véase Isaías 40.31). Permaneceremos en Cristo y daremos fruto para su gloria hoy; ahora.

De eso es de lo que trata este libro.

Warren W. Wiersbe

MOISÉS PLANTEA UNA PREGUNTA

Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?

—Éxodo 3.13

Cuando Helen Keller tenía diecinueve meses de edad contrajo una enfermedad que la dejó ciega y sorda de por vida. No fue sino hasta cuando cumplió los diez años que empezó a tener alguna comunicación significativa con los que la rodeaban. Eso sucedió cuando su talentosa maestra, Ana Sullivan, le enseñó a decir «agua» deletreando la palabra «agua» en la palma de la mano de Helen. A partir de esa experiencia decisiva, Helen Keller entró en el mundo maravilloso de las palabras y los nombres, lo cual transformó su vida.

Una vez que Helen se acostumbró a ese nuevo sistema de comunicación, sus padres hicieron arreglos para que recibiera instrucción religiosa por parte del eminente clérigo de Boston, Phillips Brooks. Un día durante su lección, Helen le dijo a Brooks estas palabras asombrosas: «Yo sabía en cuanto a Dios antes de que me lo dijeras, *solo que no sabía su nombre*».¹

Los filósofos griegos batallaron con el problema de conocer y dar nombre a Dios. «Pero el padre y hacedor de todo este universo es inescrutable», escribió Platón en su diálogo *Timeo*, «y si le hallamos, hablar de él a todos los hombres sería imposible». Dijo que Dios era «un geómetra», y Aristóteles lo llamó «el Movedor principal». Con razón el apóstol Pablo halló un altar en Atenas dedicado «al Dios no conocido» (Hechos 17.22–23). Los filósofos griegos de su época estaban «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Efesios 2.12).

Pero a los pensadores de siglos más recientes no les ha ido mucho mejor. El filósofo alemán Jorge Wilhelm Hegel llamó a Dios «el Absoluto», y Herbert Spencer le llamó «el Incognoscible». Sigmund Freud, fundador de la psiquiatría, escribió en el capítulo 4 de su libro *Tótem y tabú* (1913): «El dios personalizado no es psicológicamente otro que un padre magnificado». Dios es una figura paternal pero no es un Padre celestial personal. El biólogo británico Julián Huxley escribió en el capítulo 3 de su libro *Religión sin revelación* (1957): «Operacionalmente, Dios está empezando a parecerse no a un gobernante sino a la última sonrisa que se desvanece de un cósmico gato de Cheshire». Las fantasías descritas en *Alicia en el país de las maravillas* eran para Huxley ¡más reales que el Dios Todopoderoso!

Pero Dios quiere que le conozcamos, ¡porque conocer a Dios es lo más importante en la vida!

Salvación

Para empezar, conocer personalmente a Dios es la única manera en que nosotros, los pecadores, podemos ser salvados. Jesús dijo: «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17.3). Poco después de sanar a un mendigo ciego, Jesús le buscó y le halló en el templo, donde ocurrió la siguiente conversación:

—¿Crees tú en el Hijo de Dios? —le preguntó Jesús.

El hombre dijo:

—¿Quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús respondió:

—Pues le has visto, y el que habla contigo, él es».

El hombre dijo:

—Creo, Señor —y cayó de rodillas ante Jesús (Juan 9.35–38).

No solo le fue dada vista física al mendigo, sino que también le fueron abiertos sus ojos espirituales (Efesios 1.18) y recibió vida eterna. Su primera respuesta fue adorar a Jesús públicamente en donde todos podían verlo.

Eso brinda una segunda razón por la que debemos conocer quién es Dios y cuál es su nombre: fuimos creados para adorarle y glorificarle. Después de todo, solo poco gozo o estímulo puede venir al adorar a un «Dios desconocido». Fuimos creados a imagen de Dios para que podamos tener comunión con Él ahora y «disfrutar con Él para siempre», como dice el catecismo. Millones de personas asisten fielmente a los cultos religiosos cada semana y participan en la liturgia prescrita, pero no todos disfrutan de comunión personal con Dios. A diferencia de aquel mendigo, jamás se han sometido a Jesús, ni dicho: «Señor, yo creo». Para ellos, Dios es un extraño distante, no un Padre amoroso. Sus vidas religiosas son una rutina, no una realidad viva.

Pero hay una tercera razón para conocer a Dios. Debido a que poseemos vida eterna y practicamos la adoración bíblica, podemos disfrutar de la bendita experiencia de una vida transformada. Después de describir lo insensato de adorar a los ídolos, el salmista añadió: «Semejantes a [los ídolos] son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos» (Salmo 115.1–8). *¡Llegamos a ser como los dioses que adoramos!* La adoración a un dios que no conocemos equivale a adorar un ídolo, y podemos tener ídolos en nuestras mentes e imaginaciones tanto como en nuestras repisas.

El amoroso propósito de nuestro Padre celestial con sus hijos es que puedan ser «hechos conformes a la imagen de su Hijo» (Romanos 8.29). «Y así como hemos traído la imagen del terrenal [Adán], traeremos también la imagen del celestial [Jesús]» (1 Corintios 15.49). Sin embargo, no debemos esperar hasta que veamos a Jesús para que empiece esa transformación, porque el Espíritu Santo de Dios puede empezar a cambiarnos hoy. Conforme oramos, meditamos en la Palabra de Dios, atravesamos la experiencia del sufrimiento y la alegría, testificamos, adoramos, tenemos comunión con el pueblo de Dios y servimos al Señor con nuestros dones espirituales, el Espíritu calladamente obra en nosotros y nos transforma para que lleguemos a ser más semejantes a nuestro Señor Jesucristo.

La conclusión es obvia: Mientras más conozcamos al Señor, más le amaremos y, mientras más le amemos, más le adoraremos y le obedeceremos. Como resultado, seremos más semejantes a Él y tendremos la experiencia de lo que el apóstol Pedro llama crecer «en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3.18). Pablo tomó un incidente de la vida de Moisés (Éxodo 34.29–35) y lo describió de esta manera: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3.18). Moisés no se daba cuenta de que su cara brillaba, ¡pero los demás sí! Él estaba siendo transformado.

Dios nos ordena que le conozcamos y le adoremos porque quiere darnos el privilegio gozoso de servirle y glorificarle. Con ello Dios no apuntala su ego celestial, porque nosotros no le podemos suplir nada. «Si yo tuviese hambre», dice el Señor, «no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud» (Salmo 50.12). Nos lo ordena porque *¡nosotros somos los que necesitamos adorarle!* Humillarnos ante Él, mostrarle reverencia y gratitud, y alabarle en Espíritu es esencial para el crecimiento equilibrado en la vida cristiana normal. El cielo es un lugar de adoración (Apocalipsis 4—5), y debemos empezar a adorarle correctamente ahora mismo. Pero, a menos que estemos creciendo en nuestro conocimiento de Dios y en nuestra experiencia de su asombrosa gracia, nuestra adoración y servicio servirán de muy poco.

La salvación, la adoración, la transformación personal y el servicio amoroso son parte de vivir en el presente y depender de nuestro Señor y Salvador. «Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1.3).

Preparación

Moisés pasó cuarenta años en Egipto siendo «enseñado . . . en toda la sabiduría de los egipcios» (Hechos 7.22). Luego huyó a Madián para salvar su vida, en donde pasó los próximos cuarenta años sirviendo como pastor. ¡Imagínese a un brillante doctor en filosofía ganándose la vida pastoreando animales necios! Pero el Señor tenía que humillar a Moisés antes de que pudiera exaltarlo y hacerlo libertador de Israel. Como la iglesia de hoy, la nación de Israel era solo un rebaño de ovejas (Salmo 77.20; 78.52; Hechos 20.28), y lo que la nación necesitaba era un pastor amoroso que siguiera al Señor y cuidara a su pueblo. El Señor dedicó ochenta años para preparar a Moisés para cuarenta años de servicio fiel. Dios no está apurado.

El llamamiento de Moisés empezó con la curiosidad de este. Vio una zarza que ardía, pero que no se consumía, y se detuvo para investigar. «La curiosidad es una de las características permanentes y ciertas de un intelecto vigoroso», dice el ensayista británico Samuel Johnson, y Moisés por cierto calificaba. Vio algo que no podía explicar y descubrió que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob moraba en esa zarza que ardía (Deuteronomio 33.16). El Señor Dios había venido a visitarlo.

¿Qué significó para Moisés esa asombrosa zarza que ardía y que significa para nosotros? Por un lado, reveló la santidad de Dios; porque en todas las Escrituras se asocia al fuego con el carácter dinámico y santo del Señor. Isaías llamó a Dios «fuego consumidor» y «llamas eternas» (Isaías 33.14; véase también Hebreos 12.29). Nótese que Moisés vio esta zarza que ardía en el monte Horeb, que es el monte Sinaí (Éxodo 3.1; Hechos 7.30–34); y cuando Dios le dio a Moisés la ley en el Sinaí, la montaña ardía en fuego (Éxodo 24.15–18).

¿Cómo debemos responder al carácter santo de Dios? Humillándonos y obedeciendo lo que nos ordena (véase Isaías 6). Teodoro Epp escribió: «Moisés pronto descubriría que las calificaciones esenciales para servir a Dios son pies descalzos y una cara cubierta».² Cuán diferente la descripción de las «celebridades» de hoy, que se ponen ropas costosas y se aseguran de que sus nombres y rostros estén ante el público que los adora. Dios no se impresionó con la educación egipcia de Moisés, «porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios» (1 Corintios 3.19). El mandato de Dios a nosotros es: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo» (1 Pedro 5.6). Cuando el hijo pródigo se arrepintió y vino a su padre, este le puso zapatos en los pies (Lucas 15.22); pero hablando espiritualmente, cuando los creyentes se humillan y se rinden al Señor, deben quitarse las sandalias y convertirse en esclavos de Jesucristo.

La zarza ardiente también revela la gracia de Dios, porque el Señor había descendido para anunciar las buenas noticias de la salvación de Israel. Él conocía el nombre de Moisés, por lo que le habló personalmente (Éxodo 3.4; Juan 10.3). Le aseguro a Moisés que había visto la desdicha del pueblo judío en Egipto y había oído sus clamores dolorosos y sus oraciones pidiendo auxilio. «He conocido sus angustias», le dijo, «y he descendido para librarlos» (Éxodo 3.7–8). El Señor recordó y honró sus promesas del pacto con Abraham, Isaac y Jacob, por lo que había llegado el tiempo para librar a su pueblo.

Fue por gracia que Dios escogió a Moisés para que fuera su siervo. Al Señor no le perturbaban los fracasos pasados de Moisés en Egipto, incluyendo el hecho de que incluso su propio pueblo había rechazado su liderazgo (Éxodo 2.11–15). Moisés ahora era un viejo que había estado lejos de Egipto por cuarenta años, pero eso no impidió que Dios lo usara eficazmente. El Señor sabe usar lo débil, necio y menospreciado del mundo para humillar a los sabios, lo fuerte y, en última instancia, derrotar a los poderosos (1 Corintios 1.26–31). Dios recibiría gloria conforme Moisés magnificaba en Egipto

el nombre del Señor.

Identificación

Si Moisés iba a realizar algo en Egipto, necesitaba saber el nombre del Señor, porque los israelitas con certeza preguntarían: «¿Quién te dio autoridad para decirnos a nosotros y al faraón qué hacer?» La respuesta de Dios a la pregunta de Moisés fue: «YO SOY EL QUE SOY». Moisés les dijo a los israelitas: «YO SOY me envió a vosotros» (Éxodo 3.14).

El nombre YO SOY proviene de la palabra hebra *YHWH*. Para pronunciar este nombre santo, los judíos usaban las vocales del nombre Adonai (Señor), por lo que convirtieron *YHWH* en Jehová (Yavé, Yavéh o el Señor en las traducciones de la Biblia al español). El nombre lleva implícito el concepto del ser absoluto, el que es y cuya presencia dinámica obra a nuestro favor. Lleva el significado de «Yo soy quien y lo que soy, y no cambio. Estoy aquí contigo y por ti».

El nombre Yavéh (Jehová, Señor) ya se conocía en tiempos de Set (Génesis 4.26), Abraham (14.22; 15.1), Isaac (25.21–22), y Jacob (28.13; 49.18). Sin embargo, la plenitud de su significado no había sido todavía revelada. La ley mosaica advertía a los judíos: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano» (Éxodo 20.7; véase también Deuteronomio 28.58). Su temor al castigo divino hizo que los judíos evitaran usar el santo nombre Yavéh y lo sustituyeran por Adonai (Señor).

En nueve lugares del Antiguo Testamento el Señor «llenó» o «completó» el nombre YO SOY para revelar de manera más completa su naturaleza divina y su ministerio de gracia a su pueblo:

- Jehová-Jireh: El Señor proveerá (Génesis 22.14).
- Jehová-Rapha: El Señor que sana (Éxodo 15.26).
- Jehová-Nissi: El Señor es mi estandarte (Éxodo 17.15).
- Jehová-M'Cadash: El Señor que santifica (Levítico 20.8).
- Jehová-Shalom: El Señor nuestra paz (Jueces 6.24).
- Jehová-Rohi: El Señor es mi pastor (Salmo 23.1).
- Jehová-Sabaot: El Señor de los ejércitos (Salmo 46.7).
- Jehová-Tsidkenú: El Señor nuestra justicia (Jeremías 23.6).
- Jehová-Shamá: El Señor está allí (Ezequiel 48.35).

Por supuesto, todos estos nombres se refieren a nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Debido a que es Jehová-Jireh, puede suplir todas nuestras necesidades y no necesitamos afanarnos (Mateo 6.25–34; Filipenses 4.19). Como Jehová-Rapha, puede sanarnos; y como Jehová-Nissi, nos ayuda a librar nuestras batallas y a derrotar a nuestros enemigos. Pertenecemos a Jehová-M'Cadash porque nos ha apartado para sí (1 Corintios 6.11); y Jehová-Shalom nos da paz en medio de las tormentas de la vida (Isaías 26.3; Filipenses 4.9). Todas las promesas de Dios hallan su cumplimiento en Jesucristo (2 Corintios 1.20).

Jehová-Rohi nos lleva al Salmo 23 y a Juan 10, animándonos a seguir al Pastor. Los ejércitos de los cielos y de la tierra están bajo el mando de Jehová-Sabaot, por lo que no debemos temer (Josué 5.13–15; Apocalipsis 19.11–21). Debido a que hemos confiado en Jehová-Tsidkenú, su misma justicia ha sido puesta a cuenta nuestra (2 Corintios 5.21), y ya no son recordados nuestros pecados e iniquidades (Hebreos 10.17). Jesús es Jehová-Shamá: «Dios con nosotros» (Mateo 1.23), por lo que estará siempre con nosotros, hasta el mismo fin del mundo (Mateo 28.20). «No te desampararé, ni te dejaré» sigue siendo su garantía (Hebreos 13.5).

En su encarnación, Jesús vino a la tierra, no como una zarza ardiente sino como «renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca» (Isaías 53.1–2; véase también Filipenses 2.5–11). Se hizo humano, hombre, por nosotros (Juan 1.14), se hizo obediente hasta la muerte por nosotros y se hizo pecado por nosotros (2 Corintios 5.21). Jesús se hizo maldición por nosotros y en la cruz llevó la maldición

de la ley por nosotros que habíamos quebrantado la ley de Dios (Gálatas 3.13–14); por eso ¡un día «seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3.2)!

¿Cuál es el nombre de Dios?

Su nombre es YO SOY; ¡y ese es también el nombre de su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor!

EL APÓSTOL JUAN PROVEE
ALGUNAS RESPUESTAS

Sería de esperarse que el apóstol Mateo tratara con las declaraciones YO SOY en su evangelio, ya que escribió especialmente para los judíos; pero el Espíritu Santo seleccionó a Juan, el discípulo al que Jesús amaba, para que nos diera estas verdades. Sin embargo, ¿por qué Juan? Porque Juan escribió su evangelio para demostrar que Jesucristo es el YO SOY, el mismo Hijo de Dios. «Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20.30–31). Juan escribió como teólogo para demostrar la deidad de Jesucristo, pero también escribió como evangelista, instando a sus lectores a poner su fe en Jesucristo y recibir vida eterna. Además de su propio testimonio en Juan 20.30–31, el apóstol cita otros siete testigos que afirman que Jesucristo es el Hijo de Dios:

- **Juan el Bautista:** «Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (Juan 1.34).
- **Natanael:** «Rabí, tú eres el Hijo de Dios» (Juan 1.49).
- **Los samaritanos:** «Nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo» (Juan 4.42).
- **Pedro:** «Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Juan 6.69).
- **El mendigo ciego sanado:** «Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró» (Juan 9.38).
- **Marta,** la hermana de María y Lázaro: «Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo» (Juan 11.27).
- **El apóstol Tomás:** «Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20.28).

Junto con sus enunciados como el YO SOY, Jesús mismo declaró que era el Hijo de Dios que el Padre había enviado del cielo. Lea cuidadosamente las declaraciones de nuestro Señor en Juan 5.24–27 y 10.22–39, y su oración registrada en Juan 17. Algunos de los que estudian el Evangelio de Juan piensan que las palabras de nuestro Señor en Juan 4.26 y 8.24, 28, 58, así como también en 13.19 y 18.5–6, son declaraciones «teológicamente cargadas» y afirman su deidad como el gran YO SOY. ¿Le dijo a la samaritana: «YO SOY, el que habla contigo»? ¿Les advirtió a los judíos incrédulos que «si no creéis que YO SOY, en vuestros pecados moriréis» (véase 8.24)?

Una de las palabras clave en el Evangelio de Juan es *vida*, que se usa por lo menos treinta y seis veces; además, las siete declaraciones de Jesús —YO SOY— se relacionan al tema de Juan acerca de la vida espiritual en Cristo. Jesús se llamó «el pan de vida» (6.35, 48; véanse también versículos 51, 58) y «la luz de la vida» (8.12). Por la palabra podemos «alimentarnos» de Él y seguirle y disfrutar de la vida prometida. Él es la puerta (entrada) de las ovejas que nos permite «entrar y salir» y disfrutar de la libertad y de vida en abundancia (véase 10.7–10). Él es el buen Pastor que pone su vida a fin de que nosotros podamos tener vida eterna (10.11, 15, 17–18). «Yo soy la resurrección y la vida», le dijo Jesús a Marta (11.25–26; véase también 5.24), y a los discípulos les dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (14.6). Jesús es «la vida verdadera», y nosotros somos los pámpanos. Debido a la vida que nos imparte cuando permanecemos en Él, podemos dar el fruto que le glorifica (15.1–5).

En sus declaraciones —YO SOY—, Jesús no solo nos dice quién es, sino también lo que puede hacer por nosotros y lo que podemos llegar a ser por medio de Él. Si tenemos hambre espiritualmente, Él nos ofrece el pan de vida. A los que andan en oscuridad, les da la luz de vida; y no tenemos que temer a la muerte, porque Él es la resurrección y la vida. ¿Podemos estar seguros de ir

al cielo? Sí, porque Él es «el camino, y la verdad, y la vida». ¿Pueden nuestras vidas ser fructíferas para su gloria? Sí, si permanecemos en Él y echamos mano de su vida.

¡En Jesucristo, el gran YO SOY, tenemos todo lo que necesitamos!

Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece.

—**Juan 6.27**

¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?

—**Isaías 55.2**

Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.

—**Juan 6.33**

Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.

—**Juan 6.35**

El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida.

—**Juan 6.47–48**

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre.

—**Juan 6.51**

El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida

—**Juan 6.63**

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.

—**Juan 1.14**

Solo dos de los milagros de nuestro Señor se registran en los cuatro evangelios: su propia resurrección y la alimentación de los cinco mil (Mateo 14, Marcos 6, Lucas 9 y Juan 6). En su relato de la alimentación de los cinco mil, los cuatro evangelios nos dicen *lo que* Jesús hizo, pero solo Marcos nos dice *por qué* lo hizo; debido a su compasión por la multitud (Marcos 6.34).

En el relato de Juan, Jesús revela su compasión de tres maneras: da de comer a la multitud hambrienta (Juan 6.1–15), libra del peligro a sus discípulos (6.16–24), y ofrece el pan de vida a un mundo de pecadores con hambre (6.25–71). Jesús hizo ese milagro no solo para suplir necesidades humanas, sino también para proclamar un profundo sermón en cuanto al «pan de vida», sermón que nuestro mundo perdido necesita oír hoy. Lo que el mundo necesita es Jesús, porque solo Él es el pan de vida.

Compasión por la multitud

Las personas cometen un serio disparate cuando deciden que la Biblia es un libro obsoleto que habla de un pueblo antiguo que vivió en una cultura atrasada y, por consiguiente, no tiene nada que decirnos hoy. Pero la mayoría la ignoran o totalmente la descartan no porque el elenco de personajes y el libreto parezcan radicalmente diferentes de la vida real, sino *¡debido a que las personas de la Biblia y las modernas se parecen mucho!* El 2 de septiembre de 1851, Henry David Thoreau escribió en su diario: «Mientras más aprendemos en cuanto a los antiguos, más hallamos que se parecían a los modernos». Cuando leemos la Biblia con un sincero deseo de aprender, pronto nos hallamos nosotros mismos en sus páginas y nos vemos cómo realmente somos, por eso la experiencia no siempre es agradable.

Un domingo en el que fui invitado a predicar en una iglesia, después del culto matutino un caballero se me acercó y me dijo: «¿Quién le hablo de mí?»

«Lo lamento, señor», respondí, «pero ni siquiera sé quién es usted. Nadie me ha dicho nada en cuanto a usted o a ninguna otra persona en esta iglesia. Soy un extraño».

«Pues bien, alguien debe haberle dicho algo», dijo, se dio la vuelta y se alejó muy enojado. Se había hallado a sí mismo en la Biblia, había visto su cara sucia en el espejo, y se había alejado para tratar de olvidar cómo se veía (Santiago 1.22–24).

Mientras más se considera la multitud que seguía a Jesús, más se descubre cuánto se parecen a las personas de hoy. Las multitudes son multitudes, y la gente es gente, se trate de fanáticos en un partido de fútbol, adolescentes en un concierto de rock o clientes en un centro comercial. Las personas de la multitud que Jesús alimentó en la playa oriental del Mar de Galilea se parecían a usted, a mí y a la gente de nuestra «multitud» actual.

Tenían hambre. El hambre es algo que Dios estableció en el cuerpo humano para recordarnos que debemos comer, porque sin comida y agua, moriremos. Pero hay un hambre espiritual tan profunda en el corazón humano que nunca puede saciarse con otra cosa que no sea Dios mismo y los dones de la gracia que Él nos da. «Tú nos has hecho para ti», escribió Agustín, «y nuestros corazones no descansan hasta que descansan en ti».

Es trágico que la mayoría de las personas ignoren a Dios, el único que puede saciar su hambre más honda, por eso gastan dinero en sustitutos que no duran y nunca pueden darles gozo. «¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?» preguntaba el profeta Isaías. Uno puede comprar sueño pero no paz, entretenimiento pero no gozo, reputación pero no carácter. «Todas las desdichas de los hombres surgen de un solo hecho», escribió el filósofo francés Pascal, «que no pueden quedarse quietos en su propia cámara» (*Pensamientos*, sec. 2, # 133). No podemos llevarnos bien unos con otros porque no podemos hacerlo con nosotros mismos, y nunca podremos llevarnos bien con nosotros mismos mientras no estemos en comunión con el Padre celestial por la fe en Jesucristo. En este mundo de ruido y multitudes, el silencio y la soledad son

enemigos de la diversión del ser humano, por eso hay que evitarlos. Los intranquilos deben perderse en la multitud y mantenerse atareados en una multitud de actividades a fin de escapar de las demandas de la vida.

Andaban buscando. En el primer año de su ministerio, antes de que empezara la oposición oficial, Jesús era inmensamente popular, por lo cual grandes multitudes le seguían. Sin embargo, las multitudes no impresionaron a Jesús, ya que no les dio lo que querían, porque sabía lo que hay en el corazón humano (Juan 2.25). Cualquiera puede unirse a una multitud y seguir la corriente, pero pararse solo por la verdad y obedecerla requiere valentía.

Pareciera como si la multitud estuviera buscando enriquecimiento espiritual por parte de Jesús, pero el Señor lo sabía bien. La mayoría quería ver algo sensacional, como un milagro, en tanto que otros estaban preocupados por algo que comer (Juan 6.26). Una generación más tarde, el satírico romano Juvenal escribe que los romanos «anhelaban fervientemente solo dos cosas: pan y circo», pero esta multitud judía era igualmente de mala, como muchas de hoy. El apóstol Juan las llamaría «mundanales» porque se concentraban en «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida» (1 Juan 2.16).

Como las multitudes de hoy, *hicieron preguntas pero rechazaron las respuestas del Señor*. Si usted está buscando con sinceridad la verdad, hacer preguntas a personas sabias es algo bueno que hacer; pero asegúrese de hacer las preguntas apropiadas y de estar dispuesto a poner en práctica las respuestas. La verdad es una herramienta con la cual construir, no un juguete con qué jugar. Jesús dijo: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios» (Juan 7.17).

Su primera pregunta fue: «Rabí, ¿cuándo llegaste acá?» (6.25). Después de alimentar a la multitud, Jesús había enviado a los discípulos a Capernaúm en el barco mientras Él se quedaba en el lugar para orar. Vio a los discípulos batallando en la tempestad, por lo que anduvo sobre el mar para rescatarlos. Juntos atracaron en Capernaúm, en donde algunos de la multitud ya habían llegado. La multitud sabía que Jesús no había abordado el barco con los discípulos cuando la nave partió, ni tampoco había caminado alrededor del lago hasta Capernaúm con alguno de la multitud, ¡así que con razón estaban perplejos!

Sus preguntas adicionales revelaron más su ignorancia espiritual y su apetito egoísta. «¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?» (6.28). Jesús les dijo que creyeran en Él, pero en lugar de creer, pidieron una señal (vv. 30–31). Sí, Él acababa de dar de comer a miles de personas, pero ellos querían una señal *del cielo*. Después de todo, ¿acaso Moisés no les dio pan del cielo? Jesús les dijo que Él era el pan verdadero que había descendido del cielo, por lo que ellos de inmediato cuestionaron sus afirmaciones (vv. 32–59). Las personas todavía hacen preguntas y esperan la respuestas que ellos piensan que saben. Necesitan elevar esta oración que hizo un creyente anónimo:

De la cobardía que retrocede ante las nuevas verdades,
De la ociosidad que se contenta con medias verdades,
De la arrogancia que piensa que sabe toda la verdad,
Oh Dios de la verdad, ¡líbranos!

Estaban ciegos espiritualmente. No pudieron captar de qué estaba hablando Jesús. Él estaba simplemente diciendo que así como ellos ingerían alimentos y esos alimentos llegaban a ser parte de ellos para sustentar su vida física, así debían por fe recibirle en su corazón y disfrutar de la vida espiritual, la vida eterna que solo viene de Dios. Entonces serían saciados. Es obvio que Jesús está hablando metafóricamente en vocabulario pictórico porque sabía que era contra la ley mosaica que los judíos comieran carne humana o bebieran sangre (Génesis 9.4; Levítico 3.17; 7.26–27; 17.10–16). Pero la multitud tomó sus palabras literalmente y se perdió por entero el punto de su mensaje. Al

continuar nuestro estudio descubriremos que esa ceguera a la verdad espiritual es uno de los temas importantes del Evangelio de Juan. Como muchas personas hoy, la multitud pensaba que la salvación era resultado de sus propias buenas obras (Juan 6.28). No podían entender que era una dádiva de Dios en respuesta a la fe (Efesios 2.8–9).

Querían alivio inmediato de sus problemas sin que les costara nada. La vida era difícil, por lo que se entusiasmaron al hallar a alguien que podía tan fácilmente atender sus necesidades. Pensaban que tal vez Jesús era el profeta que Moisés prometió en Deuteronomio 18.17–18, pero entonces decidieron que deberían hacerle rey (Juan 6.14–15). Si Jesús era rey, podía derrotar a los romanos y establecer de nuevo el reino de Israel. Como muchos hoy, tenían una «actitud comercial» hacia Jesús y querían que Él supliera sus necesidades particulares, ¡pero no querían que tratara con sus pecados o cambiara sus corazones! Jesús dice «YO SOY» y no «Yo seré lo que quieran que sea». Algunos quieren a Jesús solo como maestro religioso pero no como Señor y Salvador, en tanto que otros quieren que les dé éxito en los negocios a fin de enriquecerse. Pero debemos recibirle tal como es, no recibirle en segmentos y pedazos. Si no le recibimos como es, no le recibimos para nada.

Querían «hacer» algo para ser salvados en lugar de creer en el Salvador (Juan 6.27–29). Eso era una evidencia de orgullo e ignorancia espiritual, porque todo judío adulto debía haber sabido por las Escrituras, que se leían fielmente en las sinagogas, que las buenas obras no salvan a nadie. El sistema mosaico sacrificial del templo hablaba vívidamente del inocente muriendo por el culpable; algunos capítulos del Antiguo Testamento como Salmo 32 y 51, así como también Isaías 53, claramente enseñaban la maravilla de la gracia de Dios y la necesidad de que los pecadores confíen en Él en cuanto a su salvación. El mismo hecho de que Dios dejó a un lado a otras naciones y escogió a los judíos es evidencia de que la salvación es por gracia y no por mérito.

Ellos no se merecían nada, sin embargo —en su compasión— Jesús le dio de comer a la multitud, sabiendo muy bien que pronto lo abandonarían. Dios «hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos» (Mateo 5.45). La vida misma es una dádiva de Dios, y lo mismo los medios para sustentar esa vida, pero la mayoría de las personas dan todo eso por sentado. Pablo recordó a los filósofos griegos en Atenas que Dios «es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17.25). El Padre envió a su Hijo para que sea «el Salvador del mundo» (1 Juan 4.14), y únicamente Jesús nos da el pan de vida; pero si no le recibimos por dentro, tal como recibimos nuestra comida, no puede salvarnos.

Las multitudes son buenas para hacer preguntas, pero no siempre toman en serio las respuestas que el Señor les da, ni tampoco meditan en las verdades que les enseña. Jesús ya les había advertido a los doce que, a pesar de ver sus milagros y oír su enseñanza, no se podía confiar en las multitudes. «Porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden» (Mateo 13.13). Las multitudes querían un reino terrenal, pero Jesús les ofreció un nuevo nacimiento celestial.

Hace algunos años mientras meditaba en Juan 6, hice un poemita:

Ningún problema es demasiado grande, cuando Jesús tiene el control.
Ninguna ofrenda es demasiado pequeña, si le das todo a Él.

Compasión por sus discípulos que batallan

Mientras los discípulos recogían los pedazos de pan y pescado que sobraron después de la comida milagrosa (Marcos 6.30–44), deben haber oído lo que algunos de los hombres de la multitud se decían entre sí:

«Jesús debe ser el profeta que Moisés prometió que vendría. Hagámosle rey. Ven cuán fácil nos da de comer y nos sacia, y no nos costó nada. Tal vez incluso podría librarnos de los romanos y darnos libertad».

Por supuesto, esa multitud indisciplinada estaba totalmente sin preparación para confrontar a los romanos y asumir el gobierno y, todavía más, ese no era el plan que Jesús tenía en mente. Los doce con frecuencia discutían asuntos respecto al reino y habían debatido entre ellos mismos cuál sería el mayor, así que un levantamiento popular podría haber encajado muy bien en sus ideas (véase Hechos 1.6–9). Por eso Jesús obligó a los discípulos a abordar el barco y navegar a Capernaúm mientras despedía a la multitud y se iba al monte a orar. El peligro estaba en el aire, por lo que tenía que protegerlos. Jesús sabía que la tormenta se avecinaba y deliberadamente envió a los discípulos a esa tempestad en lugar de permitirles que los influyera la multitud incrédula y con mentalidad política. *¡Los doce estaban más seguros en un barco, en un mar tormentoso, que en tierra con un grupo de personas espiritualmente ciegas y motivadas egoístamente!*

Mientras Jesús oraba, mantenía un ojo en el barco y vio que los doce corrían peligro; así que se dirigió directamente a ellos, caminando sobre el agua. (Ahí es donde Pedro anduvo con Él sobre el agua, según Mateo 14.25–33). Cuando Jesús y Pedro subieron al barco, la tormenta cesó y de inmediato el barco estuvo en la orilla de Capernaúm. ¡Qué serie de milagros más dramática! Les dio de comer a más de cinco mil personas con un pequeño almuerzo. Anduvo sobre el agua e hizo que Pedro caminara sobre el agua. Calmó la tormenta y el instante llevó al barco a la orilla.

No puedo dejar de ver en esos acontecimientos un cuadro de la iglesia de Jesucristo en este mundo tempestuoso y peligroso. Al obedecer los mandatos del Maestro, a veces nos hallamos atrapados en tempestades y parece que no avanzáramos nada. Pero nuestro Maestro está intercediendo por nosotros en el cielo; y viene a nosotros en el momento preciso. Él nos capacita para vencer la tormenta y finalmente llegar al destino propuesto.

Algunos querían hacer rey a Jesús, *¡pero Él ya era rey!* «Jehová preside en el diluvio, y se sienta Jehová como rey para siempre. Jehová dará poder a su pueblo; Jehová bendecirá a su pueblo con paz» (Salmo 29.10-11). «Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas» (Salmo 89.9). «[Él] Cambia la tempestad en sosiego, y se apaciguan sus ondas» (Salmo 107.29).

En los años que siguieron, cuando los apóstoles atravesaron las tormentas de la persecución, sin duda recordaron esa experiencia singular y eso los animó. Después de todo, no estaban en la tempestad debido a que hubieran desobedecido a Dios, como Jonás (1—2), sino porque *habían obedecido*. Ellos pudieran decir: «El Señor nos ha traído aquí y nos hará salir adelante». Jesús les había dicho: «Soy yo», que literalmente es «Yo soy» (Juan 6.20). Si estamos en la voluntad de Dios, Jesús está con nosotros y no tenemos que tener miedo.

Compasión por un mundo perdido

Jesús es «lleno de gracia y de verdad», y «la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1.14, 17). En su gracia, Jesús dio de comer a la multitud hambrienta al pie de la montaña y luego en la sinagoga de Capernaúm proclamó la verdad que el milagro indicaba. Les ofreció el pan de vida, pero muchos rehusaron la dádiva, se alejaron, y dejaron de seguirlo (6.66). Esta es la primera de tres crisis que se anotan en el Evangelio de Juan, tema que consideraremos más ampliamente en el capítulo 8.

La metáfora. En este mensaje Jesús se llamó a sí mismo «el pan del cielo» (Juan 6.32, 41, 50, 58), «el pan de Dios» (v. 33), «el pan de vida» (vv. 35, 48) y «el pan vivo» (v. 51). Estaba usando pan, un objeto material familiar, para enseñar una verdad espiritual: ustedes reciben el pan en su cuerpo y eso sustenta la vida, pero el hecho de recibir a Jesús en su corazón les da vida eterna. Más tarde incluyó el «beber su sangre» (vv. 53–56), que obviamente no se debía tomar literalmente, así como tampoco el «comer su carne».

«Comer» algo quiere decir asimilarlo y hacerlo parte del ser físico de uno. Pero el idioma usa la

metáfora de comer para describir el proceso de entender y recibir enunciados expresados en palabras. Decimos cosas como: «Pues bien, tengo que digerir lo que acabas de decir», o «No puedo tragarme eso», o «Eso es para pensarlo». Un pastor tal vez diga: «Mi congregación es tan tierna en la fe, que tengo que darles de comer con cucharita». Un hombre de negocios le dice a su personal: «Ahora bien, aquí hay un programa en el cual pueden hincar los dientes». Un estudiante dice: «En realidad devoré ese libro». Nadie toma eso literalmente.

La Biblia usa vocabulario metafórico similar al describir nuestra relación personal con Dios y su verdad. «Gustad, y ved que es bueno Jehová» (Salmo 34.8). «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca» (Salmo 119.103). «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón» (Jeremías 15.16). «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor» (1 Pedro 2.2–3; véase también Hebreos 5.11–14). «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4.4). Al profeta Ezequiel y el apóstol Juan se les ordenó comer el rollo de la palabra de Dios a fin de que pudieran proclamar la verdad de Dios (Ezequiel 2.1—3.3; Apocalipsis 10).

El malentendido. En lugar de discernir el significado espiritual más profundo de la metáfora, la multitud la tomó literalmente y reaccionó de manera negativa. «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?», preguntaron. Se halla esta ceguera espiritual en todo el Evangelio de Juan. Cuando Jesús habló de su muerte y su resurrección, pensaron que se refería a destruir y reconstruir el templo judío (Juan 2.13–22). Cuando Jesús enseñó que los pecadores deben «nacer de nuevo», Nicodemo pensó en el nacimiento físico (3.1–4). Y cuando habló con la samaritana en cuanto a saciar la sed espiritual, ella pensó que quería decir saciar la sed física al beber agua del pozo (4.10–15).

Incluso los propios discípulos de nuestro Señor no siempre entendieron las verdades espirituales que Jesús trataba de impartirles (Juan 4.31–38; 11.11–16; 13.6–11). De hecho, hay personas sinceras religiosas hoy que interpretan literalmente la metáfora de «comer y beber» y piensan que Jesús se refería a la Cena del Señor (eucaristía, comunión), pero esta interpretación ciertamente no es lo que Jesús tenía en mente.

Para empezar, ¿por qué Jesús le iba a hablar de la Cena del Señor, una comida de «familia» para los creyentes, a una multitud de judíos rebeldes no creyentes? ¡Ni siquiera la había mencionado a sus propios discípulos! Hasta que Jesús instituyó la cena con sus discípulos en el aposento alto, *¡nadie en el Antiguo Testamento ni en los cuatro evangelios jamás participó de ella!* ¿Quiere decir eso que nadie durante ese largo período de tiempo fue salvado? Sabemos que Abraham, Isaac, Jacob, Rahab, David, los profetas, Elisabet y Zacarías, María y José, y la mujer junto al pozo fueron salvados y, sin embargo, jamás participaron de la Cena del Señor. El ladrón en la cruz nunca participó del pan y la copa y, sin embargo, Jesús le aseguró que iba al cielo (Lucas 23.39–43). ¿Rechaza Jesús al soldado que confía en Cristo en los últimos minutos en el campo de batalla, o al paciente que muere en una cama de un hospital, porque no han podido participar de la Cena del Señor? Pienso que no. Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna» (Juan 6.47). Es la fe en Jesucristo y solo la fe lo que salva a los pecadores (Efesios 2.8–9).

Las instrucciones de Pablo respecto a la Cena del Señor (1 Corintios 11.23–32) dicen con claridad que la comida es solo para los creyentes. No participamos a fin de que nuestros pecados sean perdonados. Los creyentes deben confesar sus pecados *antes de participar* a fin de no invitar la disciplina del Señor. Los no creyentes no van a la mesa para ser salvados; ¡no deben ir para nada! Los verdaderos creyentes confiesen sus pecados primero y entonces acuden a la mesa, porque comer y beber no los limpiará. El camino a la limpieza es la obediencia a la dirección en 1 Juan 1.9.

¿Cómo, entonces, «comemos» su carne y «bebemos» su sangre? *Creyendo en Jesucristo y recibiendo en nuestros corazones su palabra.* Jesús dijo: «El espíritu es el que da vida; la carne para

nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6.63). «Y aquel Verbo fue hecho carne» en la encarnación (Juan 1.14) y los creyentes «comen» de Jesús, el Verbo vivo, al meditar en la palabra escrita. Pedro captó el mensaje, porque cuando Jesús les preguntó a los doce si querían irse con la multitud, recibió la respuesta que esperaba: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Juan 6.68–69). ¡Crea en Jesús y reciba la palabra!

Cuando yo confié en Cristo como mi Señor y Salvador, el Señor me dio un apetito insaciable por la Palabra de Dios, y la Biblia ha sido mi «dieta espiritual» desde 1945. «Como» del Señor Jesucristo a diario mediante su Palabra, y puedo decir con Job: «Guardé las palabras de su boca más que mi comida» (Job 23.12). El que Jesús se compare a un artículo tan común como un pan muestra la profundidad de su humillación. También nos muestra que *no podemos tener vida sin Él*. Al pan se le llama «el pan de cada día» porque por siglos ha sido la comida principal para la mayoría de las personas. Jesucristo es «el pan de vida», por eso no podemos tener vida espiritual —vida eterna— sin Él.

Los milagros. En lugar de aceptar a su Mesías, la multitud empezó a debatir con Jesús. Contrastaron el milagro de Cristo al alimentar a cinco mil con el milagro del maná en los días de Moisés, cuando Dios proveyó «pan del cielo» (Éxodo 16; véase también Salmo 78.24). Jesús proveyó pan para los judíos solo una vez, pero Moisés les dio de comer seis días a la semana por treinta y ocho años. Todavía más, Moisés dio de comer a toda una nación, Jesús alimentó solo a unos pocos miles de personas. Jesús tomó prestado el almuerzo de un niño para proveer el pan, Moisés hizo que descendiera pan del cielo.

¡Pero Jesús señaló que la perspectiva de ellos estaba totalmente invertida! Su milagro era mucho mayor que cualquier cosa que Moisés hizo, porque el maná no era sino un cuadro del Hijo de Dios que vendría del cielo para ser el pan de vida. En su sermón en la sinagoga Jesús contrastó a Moisés y el maná del Antiguo Testamento consigo mismo como el pan de vida. La frase «pan de vida» puede significar «pan vivo» o «pan que da vida». Este sumario muestra cuán grande es Jesús y cuán imperativo es que los pecadores confíen en Él y reciban vida eterna.

El maná del Antiguo Testamento Jesús, el pan de vida

Suplió temporalmente una necesidad física.	Suple eternamente una necesidad espiritual.
Solo sustentó la vida física.	<i>Imparte vida eterna</i>
Para una sola nación, Israel.	Es para todo el mundo (Juan 6.51).
Solo por treinta y ocho años.	Desde Adán hasta el fin del tiempo.
Sin costo para el Señor.	A gran costo: Jesús tuvo que morir.
Solo retardó la muerte física.	Conquistó la muerte espiritual.
Dios envió una dádiva.	Dios envió al Dador de todos los dones.

Cinco veces en su sermón Jesús afirmó que había «descendido del cielo» (Juan 6.33, 38, 50, 51, 58), dos veces la multitud citó lo que Jesús había dicho (vv. 41, 42); y cinco veces dijo que el Padre le había enviado (vv. 29, 38, 39, 44, 57). Estas diez afirmaciones de Jesús apuntan a una tremenda verdad: Él es el Hijo de Dios que descendió del cielo y fue enviado por el Padre. El maná del Antiguo Testamento vino del cielo porque el Padre lo envió, así llegó a ser un tipo del Señor Jesucristo.

Para empezar, el maná era una sustancia misteriosa que no se podía explicar. De hecho, la misma palabra *maná* viene de la pregunta hebrea *man ju*, que quiere decir «¿Qué es esto?» (Véase Éxodo 16.15.) Pablo llamó a Jesús «el misterio de la piedad» (1 Timoteo 3.16). Puesto que Jesús había existido en la eternidad mucho antes de que María incluso naciera, no podía haber nacido por

generación natural. Fue concedido por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen María (Lucas 1.26–38) y por consiguiente era tanto humano como divino, el eterno Hijo de Dios sin pecado. No podemos explicar el misterio de la piedad, ¡pero gracias a Dios por él y por darnos la bendición!

Éxodo 16.14 describe el maná como «una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha sobre la tierra», y el versículo 31 nos informa que era como una semilla pequeña, blanca, y tenía sabor a miel. «Blanca» habla de pureza, y «pequeña» habla de humildad, lo cual describe a Jesús. Dios envió el maná justo a donde su pueblo estaba acampado, por eso no era necesario ir a buscarlo. En su encarnación, Jesús vino a donde nosotros estamos y llegó a ser lo que nosotros somos, excepto que fue sin pecado. El maná caía por la noche, así como Jesús vino a un mundo oscuro por el pecado (Mateo 4.15–16). El maná no se contaminaba porque venía en el rocío, así como Jesús estuvo en este mundo pero no era de este mundo porque el Espíritu Santo le llenó, le guió y le fortaleció (Juan 17.13–18; Números 11.9).

Por treinta y ocho años el maná fue suficiente para saciar las necesidades físicas de los israelitas. Todo lo que tenían que hacer era levantarse temprano («Buscad a Jehová mientras puede ser hallado», Isaías 55.6), agacharse («Humillaos, pues», 1 Pedro 5.6), recoger el pan celestial, y comerlo («Gustad, y ved que es bueno Jehová», Salmo 34.8). *Si no recogían el maná, ¡lo pisoteaban!* (Véase Hebreos 10.29.) La multitud que oyó a Jesús se alejó del pan de vida. ¡Qué tragedia! Rechazaron a Jesús y volvieron a sudar y a gastar dinero en pan que no podía saciarles. La gente sigue haciendo eso hoy. Aunque Jesús les dio su vida por la salvación del mundo (Juan 6.51), el mundo le ha rechazado. Pero el Padre sigue usando la Palabra de Dios para atraer a los pecadores a su Hijo (vv. 44–45). Los que vienen por fe (vv. 35, 37, 44–45, 65) no serán rechazados (v. 37). Dios nuestro Salvador «quiere que todos los hombres sean salvos» (1 Timoteo 2.4) y no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3.9).

La farsa. Los asombrosos acontecimientos que se registran en Juan 6 no terminan con el elogio de Jesús a Pedro sino con la advertencia de Jesús respecto a Judas (vv. 66–71). En el texto griego original, a Judas Iscariote se le menciona ocho veces en el Evangelio de Juan (6.71; 12.4; 13.2, 26, 29; 18.2, 3, 5), y esta es la primera ocasión. Pedro pensó que hablaba por sí mismo y los demás apóstoles al afirmar su lealtad a Jesús, pero él y los otros diez apóstoles no tenían ni idea de que Judas era un engañador y que traicionaría a Jesús ante sus enemigos. Por supuesto, Jesús lo sabía y llamó diablo (acusador, difamador) a Judas. Durante el tiempo que Judas estuvo con Jesús, tuvo amplia oportunidad de estudiar al Maestro con detenimiento, escuchar sus mensajes y ver sus milagros; y *sin embargo al fin, ¡rechazó a Cristo y lo traicionó!*

Judas desempeñó su farsa religiosa tan efectivamente que ninguno de sus colegas apóstoles supo que no era creyente y que era un engañador.

Cuando se trata de tomar una decisión en cuanto a Jesucristo, tenemos tres alternativas: (1) creer en él y ser salvados, como los once apóstoles; (2) rechazarle pero fingir que somos salvados, como Judas; o (3) rechazarle francamente y alejarnos, como lo hizo la multitud. En su parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13.24–30, 36–43), Jesús dijo claramente que hay cristianos falsos como Judas mezclados con los hijos auténticos de Dios, pero que al fin del siglo serán expuestos y condenados. Satanás es un falsificador que puede pasar por ángel de luz y también sus siervos (2 Corintios 11.13–15). Judas no perdió su salvación (si tal cosa fuera posible) porque nunca fue salvado, para empezar. Con razón Jesús advirtió en cuanto a los falsos creyentes (Mateo 7.21–23) y Pablo escribió: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos» (2 Corintios 13.5).

Vivimos en un mundo lleno de personas con hambre que están buscando realidad y no pueden hallarla. Están gastando su dinero en lo que no es pan y su trabajo en lo que no sacia (Isaías 55.2). ¿Por qué? Porque los que disfrutamos del festín no les hemos hablado de Jesús, el pan de vida, y no hemos ayudado a hacer posible que otros les hablen. Un día ellos nos dirán: «Porque tuve hambre, y

no me disteis de comer», y nuestro Señor dirá: «De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis» (Mateo 25.42, 45).

Y, ¿qué diremos *nosotros*?

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

—**Juan 8.12**

Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.

—**Juan 9.4–5**

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día.

—**Génesis 1.2–5**

Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

—**2 Corintios 4.6**

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

—**Juan 1.4–5**

Y ésta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.

—**Juan 3.19**

Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.

—**Juan 12.35–36**

La oscuridad más profunda que jamás he experimentado fue durante una gira por la cueva Mammoth, en Kentucky. El grupo acababa de entrar en una caverna mucho más profunda y nuestro guía nos informó que las luces estaban a punto de apagarse. Se nos instruyó que no nos moviéramos hasta que las luces se volvieran a encender, ¡y nadie tuvo problemas para obedecer esa orden! Por primera vez entendí lo que Moisés quiso decir cuando describió la décima plaga en Egipto como «tinieblas . . . tanto que cualquiera las palpe» (Éxodo 10.21–23). Es imposible explicarlo, pero pudimos sentir la oscuridad y nos alegramos al ver que las luces se encendieron de nuevo.

Los seres humanos que viven en el planeta Tierra están muy familiarizados con la secuencia del día y la noche, así que no sorprende que en muchos idiomas *luz* y *tinieblas* se usen como metáforas. La luz por lo general simboliza lo bueno y la oscuridad lo malo. Por ejemplo, si uno no entiende lo que está pasando, uno está «a oscuras»; y si lo entiende, está «iluminado». En las Escrituras, la luz habla de Dios («Dios es luz», 1 Juan 1.5), y las tinieblas hablan del pecado y de Satanás (Juan 3.19–21; Hechos 26.18). Los pecadores realizan «las obras de las tinieblas» (Romanos 13.12), en tanto que los que son de Dios deben vivir como «hijos de luz» (Efesios 5.8–13). Jesús llama al infierno «las tinieblas de afuera» (Mateo 8.12; 25.30), pero Apocalipsis 21.25 nos dice que no habrá noche en el cielo. Los no creyentes están perdidos en las tinieblas (Juan 12.46), en tanto que los creyentes han sido llamados de las tinieblas «a su luz admirable» (1 Pedro 2.9).

Cuando Juan el Bautista apareció en la escena y anunció la llegada del Mesías, «vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz [Jesús]» (Juan 1.7). ¡A los únicos a quienes uno debe decirles que la luz está encendida es a los ciegos! Muchos creyeron a Juan, se arrepintieron de sus pecados y sus ojos les fueron abiertos a la verdad, pero los dirigentes religiosos de la nación siguieron en oscuridad. Pensaban que podían ver y que el pueblo común era ignorante, pero era precisamente lo opuesto. El pueblo común creyó a Juan y siguió a Jesús, en tanto que los «líderes espirituales» resistieron a la verdad de Dios (Mateo 21.23–27). Algunos de ellos dijeron que Jesús era un borracho, glotón y endemoniado.

Tal como en esos días, lo mismo es hoy: la oscuridad más peligrosa en nuestro «siglo de las luces» es la densa oscuridad espiritual que ciega las mentes y controla los corazones de los que jamás han confiado en Cristo o que aducen conocerle pero no le siguen. Jesús vino para quitar la oscuridad espiritual y, para hacerlo, tuvo que soportar la oscuridad y el sufrimiento de la cruz. Como lo describió el profeta Isaías: «El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos» (Isaías 9.2; véase también Mateo 4.14–16).

A fin de vivir como «hijos de luz», debemos entender y personalmente aplicar las verdades que Jesús proclamó cuando dijo: «Yo soy la luz del mundo». Consideremos tres aspectos de este enunciado de nuestro Señor.

El escenario

El contexto de Juan 7—9 es la celebración del festival anual de los tabernáculos (Juan 7.2–3, 14, 37), que los judíos observaban por ocho días en el séptimo mes de su calendario, que sería para nosotros como de mediados de septiembre a mediados de octubre (Levítico 23.33–44). No solo que era un tiempo de acción de gracias gozosa por la cosecha, sino también una celebración del cuidado de Dios por sus antepasados durante los años en que deambularon en el desierto y moraron en viviendas temporales. Durante la semana del festival muchos vivían en chozas hechas con ramas de árboles construidas en los techos de sus casas. Jerusalén estaba repleta de visitantes y vivía con celebración: canto y danza, desfiles con antorchas, e incluso gente marchando alrededor de las murallas de la ciudad imitando la gran victoria de Israel en la ciudad de Jericó (Josué 6).

Temprano cada mañana durante esa semana, algunos sacerdotes llevaban agua del estanque de Siloé y la derramaban en el lado occidental del altar de bronce en el atrio del templo. Eso le

recordaba al pueblo cómo Dios había provisto agua para sus antepasados durante su difícil jornada a Canaán. Este ritual también debía recordarles las palabras de Isaías: «Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación» (Isaías 12.3). En el último día de la fiesta cuando el agua se derramaba, Jesús usó el evento como una oportunidad para decirle a la gente que podían saciar su sed espiritual confiando en Él y recibiendo el don del Espíritu Santo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Juan 7.37–39).

Por la noche, durante la semana, los sacerdotes encendían cuatro enormes candeleros en el atrio de las mujeres, y el resplandor de la luz se podía ver por toda la ciudad. Esas lámparas les recordaban a los judíos la columna de fuego con la que Dios guió a Israel cuando estaba oscuro. Pero también era un símbolo de la nube de la gloria de Dios que dirigía a la nación de día y que se posaba sobre el tabernáculo cuando el pueblo acampaba (Éxodo 13.21–22; 40.34–38; Números 14.14). «Jehová es mi luz y mi salvación» (Salmo 27.1). «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino» (119.105). «Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti» (Isaías 60.1). ¿Pensaron los celebrantes de los días de Jesús en estos versículos?

Los que sabían las Escrituras recordarían que el profeta Ezequiel había descrito la gloria de Dios saliendo del templo de Jerusalén antes de que la ciudad fuera destruida por los babilonios. (Véase Ezequiel 9—12.) Como en el tiempo del profeta Samuel, podían decir: «Icabod; ¡La gloria de Israel ha partido!» (Véase 1 Samuel 4.21.) Cuando los sacerdotes apagaban las lámparas al final del festival, tal vez allí fue cuando Jesús clamó: «¡Yo soy la luz del mundo!»

El significado

Era apropiado que los judíos observaran ese festival puesto que Dios lo había ordenado. Sin embargo era trágico que, en sus muchas actividades alegres, *estaban ignorando al Hijo de Dios, que era el único que podía bendecirlos*. Jesús tuvo que ponerse de pie y gritar para llamar su atención. La verdad divina había sido reemplazada por tradiciones de los hombres. En ninguna parte el Señor ordenó a los sacerdotes que encendieran candelabros enormes o que derramaran agua en el altar. No había nada esencialmente malo en esas actividades pero, a menos que los sacerdotes y el pueblo elevaran sus mentes y corazones al Señor y experimentaran vidas cambiadas, esas tradiciones eran inútiles. Cuando la tradición del hombre reemplaza a la Palabra de Dios, la ilusión sustituye a la realidad. Nos gloriamos en el pasado pero nunca crecemos en el presente.

Gran valor se puede hallar al celebrar tradiciones significativas que se nos transmiten de generación a generación. Toda nación, ciudad y familia las tiene. La palabra *tradición* viene del latín, y simplemente quiere decir «entregar o pasar». Cuando Pablo elogió a los creyentes de Corinto por «retener las instrucciones» (véase 1 Corintios 11.2), se refería a los mandamientos que él había recibido del Señor y que los había pasado fielmente a ellos, incluyendo cómo observar la Cena del Señor (vv. 23–26). La tradición misma no es mala, *lo malo es observarla de una manera insulsa y rutinaria e ignorar al Hijo de Dios*. El finado teólogo e historiador cristiano Jaroslav Pelikan escribió: «La tradición es la fe viva de los muertos; el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos».¹ En los tiempos de nuestro Señor, los fariseos practicaban y protegían sus tradiciones legalistas y criticaban a Jesús por abandonarlas, pero este rechazó tanto sus tradiciones como el legalismo que las respaldaba (Marcos 7.1–23). Sin embargo, antes de criticar a los fariseos con demasiada severidad, examinemos nuestras propias iglesias y veamos si acaso nuestras prácticas representan «la fe muerta de los vivos». La tradición santa, que brota de la verdad bíblica, del ministerio de amor, y una profunda experiencia espiritual, es demasiado preciosa como para que se abuse de ella o se la ignore.

Cuando los sacerdotes apagaron el candelero en el atrio de las mujeres y terminaron así el festival, Jesús clamó: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz

de la vida» (Juan 8.12). Él no condenó la tradición de ellos; simplemente les pidió que permitieran que esta los dirigiera a Él. Ellos tenían luz en su templo pero oscuridad espiritual en sus mentes y corazones. A pesar de sus alegres festividades religiosas, los sacerdotes y el pueblo estaban muertos en sus pecados, por lo que el festejo mismo jamás podría darles vida. Jesús sí les ofreció eso, vida eterna, si solo confiaban en Él y le seguían.

En resumen, Jesús quería que tuvieran bendición duradera *en tiempo presente*, y solo Él podía dárselas. Los judíos estaban solamente observando el pasado y recordando lo que Dios había hecho por sus antecesores, ¡cuando Dios estaba dispuesto *ese mismo día* a darles el agua de vida y la luz de la vida! «Luz» es uno de los nombres del Mesías, basado en la frase «con él [Dios] mora la luz» de Daniel 2.22, y con certeza los líderes religiosos judíos sabían eso. También sabían la profecía de Malaquías 4.2, que dice: «Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación». Allí estaban ellos, derramando agua, encendiendo lámparas, viviendo en tiendas o carpas y divirtiéndose de lo lindo; *sin embargo en realidad no tenían nada que celebrar porque habían ignorado a Jesús*.

Jesús sabía la apabullante condición espiritual del pueblo, especialmente la de los dirigentes religiosos. «De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis . . . Porque . . . con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos» (Mateo 13.13, 15; véase también Isaías 6.9–10). No sabían quién era Jesús, *ni deseaban investigarlo* (Juan 8.25). Aducían que Dios era su Padre espiritual (v. 41) y que Abraham era su antepasado (v. 39), cuando en realidad su padre era Satanás (v. 44). Israel enfrentaba un castigo mucho mayor que los gentiles «impuros», porque a ellos se les había dado más luz y sin embargo la rechazaron (vv. 39–45).

Esos líderes judíos religiosos podían ver el sol en el firmamento (Juan 8.2), pero no conocían al Hijo que descendió del cielo para salvarlos. No amaban a Jesús (v. 42), ni le entendían (v. 43), ni creían en Él (v. 45), ni le honraban (v. 49), ni conocían en realidad al Padre (vv. 54–55). En lugar de escucharlo con atención y creer en sus palabras, discutieron con Él y, en consecuencia, le rechazaron. La oscuridad de la incredulidad e impiedad los vencía.

En nuestro mundo físico, el sol es «la luz del mundo», pero en el reino espiritual, Jesús es *la* luz y no hay otra. Todo en nuestra galaxia depende del sol, sin él solo habría oscuridad y muerte. Satanás se disfraza como ángel de luz (2 Corintios 11.13–15), pero Jesús es la única luz verdadera (Juan 1.9). «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2.5). Si usted ha confiado en Cristo como su Salvador y Señor, no necesita ni ángel ni santo en el cielo, ni ninguna persona en la tierra, para que lo represente delante de Dios. Jesús es su Mediador, Abogado (1 Juan 2.1–2), y Sumo Sacerdote, y está intercediendo por usted ante el trono de Dios (Hebreos 4.14–16). Tal como el sol es suficiente para dar luz a nuestro planeta, Jesús lo es para iluminar a su iglesia.

El sol es el centro del sistema solar de la tierra, nuestro planeta gira alrededor del mismo. Jesús es el centro de todas las cosas que tienen que ver con el Padre y su iglesia, por lo que debemos mantenerlo en el centro. Nunca se le debe relegar. El apóstol Juan vio a Jesús entre las siete iglesias en la tierra (Apocalipsis 1.13) y también «en medio del trono» en el cielo (Apocalipsis 5.6; 7.17). Cuando estuvo aquí en la tierra, Jesús se pasaba tiempo entre los maestros en el templo (Lucas 2.46), y promete estar entre su pueblo cuando se reúnan en su nombre (Mateo 18.20). En su crucifixión lo colocaron entre dos ladrones, asequible a ambos, y después de su resurrección, apareció entre sus discípulos (Lucas 24.36; Juan 20.19, 26). ¡Jesús está en el medio!

Pero, ¿por qué a Jesús se le muestra en medio de las cosas? Para recordarnos «que en todo tenga la preeminencia» (Colosenses 1.18). Es desdichado que haya personas en nuestras iglesias que son como Diótrefes, que les encanta tener preeminencia (3 Juan 9).

Durante mis muchos años de ministerio itinerante, prediqué en más de una congregación dividida

o casi destruida por personas que querían ser importantes y salirse con la suya. No debería sorprendernos si algunos cristianos se promueven a sí mismos; después de todo, incluso los apóstoles discutieron sobre cuál de ellos era el mayor (Lucas 9.46; 22.24). Pero Jesús les advirtió: «Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mateo 23.12).

Si el sol se extinguiera, la vida que conocemos en la tierra también desaparecería. Jesús es «la luz de vida», pero solo para los que confían en Él y le siguen. Sí, el Padre «hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos» (Mateo 5.45), pero el Hijo de Dios hace que su gracia y su gloria brillen solo sobre los que confían y obedecen. «Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1.7).

Cuando tenemos comunión con el Señor, meditamos en la Palabra, y obedecemos lo que ordena, la luz de Dios resplandece «en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4.6). No solo aprendemos más de Cristo, sino que también llegamos a ser más semejantes a Él, y «somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3.18). La parte más importante de nuestras vidas es la que solo Dios ve: nuestro tiempo diario de adoración con Él; ignorar ese privilegio o tratarlo al descuido hará que gradualmente nos alejemos de la luz celestial y a las sombras terrenales.

La nación de Israel fue escogida para ser «luz de las naciones» (Isaías 42.6; 49.6), privilegio que Dios más adelante se lo dio a Pablo y a la iglesia (Hechos 13.47). Jesús observó cómo los líderes religiosos judíos encendían las lámparas del festival cada noche, pero esa luz no transformaba a nadie. Ellos seguían tan ciegos como siempre. Los judíos podían haberse jactado de Isaías 42.6 (véase Romanos 2.17–24), pero ignoraron Isaías 42.7: «para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas».

Eso, sin embargo, es exactamente lo que Jesús hizo en Juan 9, y sigue haciéndolo hoy por medio de sus siervos fieles. Observémoslo y aprendamos cómo hacerlo.

Los vivos

James Hudson Taylor estaba agotado y enfermo, y había ido a visitar a algunos amigos en Brighton, Inglaterra, donde esperaba hallar descanso y enriquecimiento espiritual. Era el domingo 25 de junio de 1865, y había acompañado a sus amigos al culto de la mañana; pero Taylor «fue incapaz de soportar el panorama de las multitudes que se regocijaban en la casa de Dios».² Salió de la reunión y se fue a caminar en la playa, con su corazón grandemente agobiado. ¿Cómo podían tantos creyentes estar tan gozosos y, sin embargo, hacer tan poco para proclamar ese gozo a los perdidos, especialmente a los de China? Ese domingo por la mañana Hudson Taylor resolvió que, con la ayuda del Señor, empezaría una misión para alcanzar a los perdidos en el interior de China. Dos días más tarde fue al banco London and County Bank, y con un billete de 10 libras esterlinas abrió una cuenta a nombre de la Misión al Interior de China.

Ese fragmento de la historia del cristianismo me recuerda lo que Jesús hizo, según se anota al final de Juan 8. Fue el último día de la semana que duraba la Fiesta de los Tabernáculos, y la gente estaba celebrando en el templo. Al mismo tiempo, sus dirigentes religiosos rechazaban a su propio Mesías, que estaba entre ellos; es más, ¡estaban a punto de apedrearlo! Imperturbable, Jesús calmadamente salió del área del templo y *obedeció Isaías 42.7 llevando la luz a un mendigo ciego*: «Para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas».

Jesús no anda visiblemente por las calles de nuestras ciudades hoy, pero su pueblo está aquí para representarlo y extender su luz. Millones profesan ser seguidores del Señor, así que debería haber abundante luz en este mundo; y, sin embargo, las cosas parecen estar oscureciéndose más. Jesús

promete que si le seguimos, andaremos en la luz, y no en oscuridad, y que su luz nos ha de dar vida. Incluso más, seremos luz en este mundo oscuro y ayudaremos a otros a hallar la Luz verdadera. «Vosotros sois la luz del mundo», dijo Jesús; «una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5.14–16). Pablo lo dice de esta manera: «Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz» (Efesios 5.8).

La multitud festiva del templo no impresionó a Jesús, ni tampoco lo alteraron los enfurecidos líderes religiosos que querían matarlo. Simplemente se alejó de la multitud y fue a ayudar a un individuo desesperadamente necesitado. Dejó a los ciegos espirituales para ir a sanar a un hombre que estaba ciego físicamente. Nuestro Señor se alejó de los líderes religiosos que lo rechazaron y ministró a un pobre que le obedeció, ¡y que acabó adorándolo! En el templo Jesús dejó al descubierto la oscuridad y fue rechazado, pero para el mendigo, Él le dio la luz y recibió adoración. Más de una vez el registro nos dice que Jesús se alejó de la multitud para ministrar a individuos, práctica que fastidiaría a los creyentes de hoy que miden el ministerio solo en números.

La forma en que vemos a otros determina cuánto podemos ayudarles. Para los discípulos de nuestro Señor, el mendigo ciego era un problema teológico que debatir y no un necesitado a quien ayudar. Tal vez habían estado debatiendo si el mendigo merecía ayuda; porque si sus padres eran los culpables, entonces no se podía culpar al hombre por su ceguera. Pero Jesús rechazó totalmente su punto de vista y se concentró en el hombre y sus necesidades. La próxima vez que usted cante: «Jesús, el solo pensamiento de ti», recuerde que el autor, Bernardo de Claraval, dijo: «La justicia busca el mérito del caso, pero la compasión solamente considera la necesidad». Los discípulos querían justicia; Jesús optó por la misericordia.

Supóngase que allá en 1945, Jesús hubiera preguntado si yo merecía ser salvado. Por supuesto que no lo merecía. No lo merecía entonces, ¡y no lo he merecido desde entonces! Confié en Él y, en su misericordia, no me dio lo que me merecía: castigo. En su gracia me dio lo que yo no me merecía: ¡salvación! «El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Colosenses 1.13–14). Cristo es nuestra Luz y confiamos en Él; es nuestro Líder y le seguimos; es nuestra vida y crecemos en Él, por lo que le revelamos a este mundo oscuro.

Los líderes religiosos y la mayoría de la gente del pueblo de la época de Jesús estaban ciegos a quién era Él y a las mismas Escrituras que aducían obedecer. Jesús les dijo: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Juan 5.39–40). Cuando confiamos en Jesús y le seguimos, Él nos capacita *para que veamos las cosas como realmente son*. Los judíos se jactaban de su templo, pero Jesús sabía que llegaría el día cuando los romanos destruirían el templo de Herodes. Los judíos también se jactaban de su gran antepasado Abraham, pero Jesús dijo que el primer nacimiento no era suficiente, y que las personas necesitan nacer de nuevo (Juan 3). Los judíos y sus vecinos samaritanos debatían sobre si Jerusalén o el monte Gerizim era el lugar que Dios había designado para la adoración, pero Jesús les dijo que se olvidaran de la geografía y adoraran a Dios «en espíritu y en verdad» (Juan 4.24). Los sacerdotes derramaban agua en la Fiesta de los Tabernáculos sin darse cuenta de que esta representaba al Espíritu Santo prometido (Juan 7.37–39).

David lo dijo hermosamente al escribir: «Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz» (Salmo 36.9). No podemos recibir luz de la historia, de la ciencia ni de ninguna otra disciplina a menos que la luz de Dios las ilumine primero. La Palabra de Dios es luz (Salmo 119.105, 130) y el Espíritu de Dios es luz (Apocalipsis 4.5), y si nos rendimos al Espíritu y vivimos en la

Palabra de Dios, Dios nos enseñará. Aparte del ministerio del Espíritu, la Biblia es un libro cerrado. Es más, cuando seguimos a Jesús y andamos en la luz, vemos este mundo y sus ilusiones peligrosos por lo que realmente son, por eso no nos dejaremos engañar. «Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas» (1 Juan 2.20).

Jesús les dijo a los judíos: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8.32), pero ellos no entendieron lo que les decía. Debido a que habían rechazado la luz, pensaban que estaba hablando de libertad política de la esclavitud cuando, en realidad, se refería a la libertad espiritual del pecado.

La manera en que Jesús sanó al mendigo ciego nos ayuda a entender mejor cómo nosotros, los «hijos de la luz» (1 Tesalonicenses 5.5), podemos proclamar el amor de Dios y permitir que nos use para abrir los ojos de los ciegos espirituales. Primero, Jesús puso lodo en los ojos del ciego, lo que debe haberles parecido cruel a los que estaban observándolo; pero Jesús sabía lo que estaba haciendo. Él podía sanar los ojos ciegos meramente tocándolos (Mateo 9.27–31) o untándoles saliva (Marcos 8.22–26), pero la irritación del lodo animó a ese hombre a obedecer las palabras de nuestro Señor: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé» (Juan 9.7). Al testificarles a los perdidos, no debemos dejar de lidiar con el pecado, porque no puede haber conversión sin convicción y contrición. El apóstol Juan explica a sus lectores gentiles que «Siloé» quiere decir «enviado» (v. 7), y él ve eso como una referencia al Mesías, que fue enviado por el Padre (véanse también 3.17, 34; 5.36; 7.29; 8.18, 42; 9.4). Fue Jesús quien sanó al mendigo, y no el agua del estanque de Siloé.

Consciente de que eso enfadaría a los fariseos, Jesús había deliberadamente sanado al hombre en el Sabbat, lo que encendió una controversia. En un esfuerzo por reunir evidencia contra Jesús, los líderes religiosos interrogaron al mendigo y sus padres, y cuatro veces preguntaron cómo había sido sanado (Juan 9.10, 15, 19, 26). Los padres usaron evasivas, porque no querían que los excomulgaran de la sinagoga; pero el hombre sanado no cambió su testimonio. De hecho, su testimonio llegó a ser tan personal y poderoso que los enfurecidos fariseos le insultaron y lo expulsaron de la sinagoga. Eso era una experiencia costosa para un judío, porque lo privaba de la adoración oficial y del compañerismo social. Pero era mejor poder ver y edificar su propia vida que seguir siendo mendigo ciego por el resto de su existencia. Y Jesús siempre se interesa por sus ovejas. Halló al hombre en el templo y allí le abrió los ojos espirituales (Efesios 1.18) y le llevó al rebaño del Señor (Juan 9.35–38).

Es hermoso ver cómo este hombre creció en su conocimiento respecto a quién era Jesús. «Aquel hombre que se llama Jesús» (Juan 9. 11) fue su primera declaración en cuanto al Señor, pero luego dijo: «Es profeta» (v. 17). Los fariseos llamaron pecador a Jesús, porque después de todo había deshonrado el Sabbat; pero el mendigo le llamó hombre de Dios (v. 33). Cuando Jesús le halló en el templo, el mendigo descubrió que este «pecador» en realidad era el Hijo del Hombre, título del Mesías (vv. 35–38; véase también Daniel 7.13–14), y le adoró. Un día encontraremos a ese hombre sanado en el cielo y oiremos de sus propios labios lo que el Salvador hizo por él.

¿Notó como Jesús pasó de lo universal («la luz del mundo») a lo individual («el que me sigue», véase Juan 8.12)? Eso es porque Él trae su luz al mundo por medio de las buenas obras de sus discípulos. James Hudson Taylor y sus asociados fueron luz que resplandeció en China, tal como usted y yo debemos ser luz resplandeciendo dondequiera que Dios nos haya puesto. La frase «buenas obras» incluye muchas cosas, desde visitar a los solitarios y dar de comer a los que tienen hambre, o enseñar a los ignorantes, ayudar a los necesitados y animar a los desalentados. Siempre incluye proclamar las buenas noticias de Jesús y tratar de amar a otros como Él los ama.

En nuestro mundo moderno estamos tan acostumbrados a las luces eléctricas de todo tipo que nos olvidamos de la oscuridad espiritual que envuelve nuestro globo y ciega las mentes y los corazones de los perdidos. Pero la mayor tragedia es que las personas piensan que están «iluminadas» cuando *la*

luz que está en ellos es en realidad oscuridad. Jesús dijo: «La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas» (Lucas 11.34–35; véase también Juan 9.39–41). Nuestra perspectiva ayuda a determinar nuestro carácter y conducta; y estos determinan el resultado de la vida. Obedecer a Jesús y seguir a la Luz del mundo quiere decir llegar a ser una luz viva y evitar los engaños que conducen a los desvíos hacia la oscuridad. Significa llegar a ser la clase de personas que pueden señalar a otros al Salvador a fin de que ellos también puedan tener una experiencia con «la luz de la vida».

De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca . . . Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas . . . Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.

—**Juan 10.1–3, 7, 9**

El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo . . . Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua.

—**Juan 1.29, 31**

Las imágenes del pastor y la puerta del redil se entrelazan en Juan 10, porque ambas se refieren a Jesús. Esto explica cómo este puede ser la puerta del redil cuando también entra al redil y saca de allí a las ovejas (vv. 2–5, 9). En el lenguaje metafórico, una mezcla de imágenes no es nada raro. Por ejemplo, Jesús es el pan de vida (Juan 6.35), y sin embargo Él *da* el pan (a sí mismo) a los pecadores con hambre. Él dice la verdad (8.45), pero también es la verdad (14.6). Imparte vida a los pecadores que creen (6.50–51), y sin embargo es la vida (14.6). Jesús mismo es la encarnación de toda bendición espiritual que quiere darnos, porque «vosotros estáis completos en él» (Colosenses 2.10).

Si viéramos a Juan 10 como un drama, el programa tal vez se vería como lo que sigue:

Elenco

Director: Dios Padre (mencionado trece veces en Juan 10).

La Puerta y el buen Pastor: Jesucristo, Hijo de Dios.

Los falsos pastores: Ladrones, salteadores, asalariados, extraños (líderes religiosos que se oponían a Jesús).

Las ovejas: Los creyentes verdaderos, judíos y gentiles.

El portero: Juan el Bautista.

Tiempo y lugar

Juan 10.1–21: El templo de Jerusalén después de la celebración de la Fiesta de los Tabernáculos y la curación del mendigo ciego.

Acto I Juan 10.1–10 Jesús, la Puerta

Acto II Juan 10.11–21 Jesús, el buen Pastor

Acto III Juan 10.22–39 Jesús y las verdaderas ovejas

Para el pueblo de Israel, la Fiesta de la Dedicación (Januká)¹ conmemora la rededicación del templo en 165 a.c. Los invasores sirios lo habían profanado, y los sacerdotes judíos lo reconsagraron. El festival dura ocho días y se celebra en diciembre, más o menos al mismo tiempo de la Navidad. También se le llama la Fiesta de las Luces. Cada familia judía que lo celebra tiene un candelabro especial de ocho brazos² con lámparas de aceite o velas, llamado Menorah. Una nueva lámpara o vela se enciende cada día del festival hasta que las ocho están ardiendo. De esta manera a la familia se le recuerda que la luz de la verdad de Dios volvió al templo a fin de que el pueblo pudiera adorar a Jehová una vez más.

Los judíos siempre habían visto a su nación como el rebaño de Jehová, al cual cuidaba el Señor, su Pastor (Números 27.15–17; 2 Samuel 24.17; Salmo 23.1; 74.1; 77.20; 78.52; 79.13; 80.1; 100.3; Jeremías 23.1–4; Ezequiel 34; Mateo 15.24). La imagen del rebaño también se aplica a la iglesia (Lucas 12.32; Hechos 20.28–29; Romanos 8.36; Hebreos 13.20–21; 1 Pedro 5.2–3), y a sus líderes espirituales se les conoce como «pastores» (Efesios 4.11), que es una palabra cuya raíz procede del latín.

Consideremos primero los aspectos físicos del redil y entonces comprenderemos mejor las lecciones espirituales que Jesús quiere darnos. El redil era un lugar cerrado, rodeado por una pared de rocas que era muy alta como para que las ovejas la saltaran. Los pastores a veces ponían ramas de espinos encima de las murallas para impedir que los ladrones trataran de trepar por ellas. Una apertura en la pared permitía que las ovejas entraran y salieran; y por la noche, el pastor se acostaba en esa apertura y así se convertía en la puerta del redil. Ningún animal podía salir ni ningún enemigo entrar sin que el pastor lo supiera. En las afueras de muchos pueblos había un redil comunitario a donde todos los pastores llevaban sus rebaños por la noche. Por la mañana, los pastores llamaban a sus ovejas, y cada rebaño seguía a su pastor al salir del redil. Las ovejas conocían la voz de su propio pastor y no seguían a nadie más.

Sabiendo esos hechos, podemos ahora meditar en Jesucristo como la Puerta y aprender lo que esta verdad significa para nosotros hoy. En el próximo capítulo consideraremos a Jesucristo como el buen Pastor.

La puerta significa separación

Estamos tan acostumbrados a las atractivas puertas modernas, algunas de las cuales se abren y se cierran automáticamente, que no nos emocionamos demasiado en cuanto a una simple abertura en una pared; pero esa apertura era muy eficiente para los pastores. Durante el día, cuando el rebaño estaba pastando, el pastor fácilmente podía vigilar debido al peligro; pero por la noche, las ovejas debían estar reunidas y detrás de paredes seguras, con el pastor sirviendo de puerta. Por la noche, el rebaño separado de la oscuridad por esa puerta era un rebaño seguro.

Pienso que hay dos rebaños en Juan 10.1–10: el judío, del cual Jesús sacó a los que creían en Él (vv. 1–6); y el rebaño de los creyentes, al cual Jesús llevó tanto a judíos como a gentiles y en el que les permite entrar, salir y disfrutar de la nueva vida de libertad (vv. 7–10). Jesús vino como el Mesías de Israel exactamente de la manera en que las Escrituras lo habían prometido. Él es la simiente de la mujer judía, descendiente de Abraham (Génesis 3.15; 12.3), nacido de una virgen (Isaías 7.14), nacido en Belén y de la tribu de Judá (Miqueas 5.2; Génesis 49.10), y de la casa de David (2 Samuel 7.12–13).

Él sería de nacimiento humilde pero ungido por el Espíritu (Isaías 11.1–2). Le precedería un precursor (Isaías 40.3; Malaquías 3.1). Ya cuando Jesús vino al Jordán a ser bautizado y presentado a la nación por Juan el Bautista, todos esos elementos de sus credenciales eran conocidos (Juan 1.19–34).

Jesús nació en el redil judío (Gálatas 4.4–5), y durante su ministerio terrenal sacó a sus ovejas del judaísmo y las introdujo al redil cristiano. Antes de salir en su primer viaje misionero, les dijo a los discípulos: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.5–6). Pero Jesús dijo claramente que también llamaría a los gentiles («otras ovejas», Juan 10.16; véanse también Juan 11.49–52; 12.32). Con el correr de los siglos, nuestro Señor ha estado llamando pecadores de todo rebaño en que estén y poniéndolos en la libertad de «un rebaño» sobre el cual Él es «pastor» (Juan 10.16). Tendremos más que decir en cuanto a esto en el próximo capítulo, cuando consideremos a Jesús como el buen Pastor.

Este asunto de «llamar» a las personas evoca la experiencia del ciego registrada en Juan 9. Él había nacido en el redil judío, pero los líderes religiosos lo excomulgaron de la sinagoga; «le expulsaron» (v. 34) porque honró a Jesús. Pero Jesús le halló en el templo, le llevó a la fe que salva y le trajo a su propio rebaño. Jesús no tiene «ovejas» de nadie en su rebaño excepto las propias, los que confían en Él, oyen su voz (la Palabra), y le siguen cueste lo que cueste.

Por ejemplo, Saulo de Tarso era «hebreo de hebreos» (Filipenses 3.5), pero Jesús lo sacó del redil judío y lo puso en el cristiano; y el apóstol Pablo demostró su fe «entrando y saliendo» con el rebaño de Cristo en Jerusalén (véase Hechos 9.28). Lo abandonó todo por la membresía en el rebaño de Cristo (Filipenses 3). Era el joven judío zelote y paladín de su día (Gálatas 1.13–14), sin embargo lo abandonó todo a fin de convertirse en «Pablo, apóstol de Jesucristo». El nombre *Pablo* significa «pequeño» en latín. Pablo dijo con Juan el Bautista: «Es necesario que él [Jesús] crezca, pero que yo mengüe» (Juan 3.30).

La puerta crea división: unos están fuera y otros dentro. «Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él» (Juan 7.43). «Y había disensión entre ellos» (9.16). «Volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras» (10.19). Cuando nuestro Señor nació, los ángeles anunciaron paz en la tierra (Lucas 2.14), pero al avanzar hacia la cruz, Jesús les dijo a los discípulos: «¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres» (Lucas 12.51–52). Los que siguen a Cristo no pertenecen a este mundo, ni viven como el mundo, y eso hace que los del mundo los aborrezcan (Juan 16.18–25).

En mi ministerio pastoral ya perdí la cuenta de las veces en que la congregación y yo hemos orado y estado al lado de personas que confiaron en Cristo, cuyas familias y amigos los rechazaron. Estos nuevos creyentes se atrevieron a dejar el «viejo redil» y, por fe, entraron en el «rebaño» del buen Pastor. Fue un paso costoso, *¡pero no haberlo hecho hubiera sido mucho más costoso!* «Si el mundo os aborrece», dijo Jesús, «sabad que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo» (Juan 15.18–19). Cuando el mundo nos trata como a Jesús, es realmente un elogio, porque eso quiere decir que estamos participando «de sus padecimientos» (Filipenses 3.10).

La puerta significa decisión

Vivimos en un mundo que promueve la tolerancia a costo de la verdad. «Lo que es verdad para ti tal vez no lo sea para mí», arguye la gente; pero si uno estuviera hablando de dinero, medicina o medidas, ese enunciado jamás resistiría. Cuando se trata de dinero, medicina y medidas, hay absolutos que no se deben negar.

Si un amigo suyo le debiera cien dólares y tratara de pagarle con diez billetes de un dólar,

¿aceptaría ese pago? Si él arguye que, en su opinión, un billete de un dólar es lo mismo que uno de diez, ¿estaría usted de acuerdo? O, supóngase que su boticario usara arsénico en lugar de aspirina en su receta, ¿se tomaría usted la medicina? Si un carpintero le construyera un anaquel de treinta centímetros de ancho por quince de altura, en lugar de que mida tres metros de ancho y uno y medio de alto, y le dijera que un centímetro es igual que un metro, ¿le pagaría por su trabajo? *Si queremos absolutos en cuestiones de medidas, dinero y medicina, ¿por qué no en cuestiones de moralidad y fe personal?*

Yo procuro ser tolerante con las opiniones de otros, *pero no cuando niegan los absolutos*. Las palabras e ideas elásticas que se pueden moldear para agradar a todos, son muy peligrosas, y no las acepto. En 2 Pedro 2.1–3, el apóstol nos advierte en contra de los falsos maestros que tratan de explotarnos «con palabras fingidas». La palabra «fingidas» es traducción del vocablo griego *plastos*, de donde obtenemos el término *plástico* o elástico en español. ¿Cuáles son las palabras elásticas? Son aquellas que se pueden moldear y tergiversar para que signifiquen cualquier cosa. Los falsos maestros pueden usar lo que parece ser vocabulario cristiano, *¡pero no usan un diccionario cristiano!* Las palabras son las mismas, pero los significados diferentes. Esos falsos maestros no creen en absolutos, por consiguiente, son peligrosos.

Cuando venimos a Jesús, la Puerta, debemos oír su Palabra, aceptarla como verdad, y ponerla en práctica. Cuando oigo que alguien dice: «Pues bien, ¿qué quieres decir con pecado?» o «¿Acaso no todos los caminos llevan al cielo?», sé que estoy hablando con un experto en «palabras elásticas». Jesús oró al Padre: «Santifícalos [a sus seguidores] en tu verdad; tu palabra es verdad» (Juan 17.17). Proverbios 23.23 advierte: «Compra la verdad, y no la vendas». Hay algo que se llama *la verdad*, y ninguna cantidad de palabras elásticas pueden reemplazarla.

Hace años se solía cantar esta canción infantil en la Escuela Dominical:

Una sola puerta hay, mas son sus lados dos;
Adentro y afuera, y tú, ¿dónde estás?
Una sola puerta hay, mas son sus lados dos;
Yo estoy adentro, y tú, ¿dónde estás?

Estar ante Jesucristo, la Puerta, y no tomar una decisión es *¡quedarse fuera de la salvación!* Quiere decir no entrar a “un rebaño” del cual Jesús es Salvador y buen Pastor. En la puerta usted se halla en el lugar de la decisión, por lo que no tomarla es tomar una decisión: la errada.

La puerta significa salvación

La salvación no es un derecho humano sino una dádiva de la gracia de Dios; sin embargo, lo que Jesús dice en Juan 10.9 me recuerda lo que Tomás Jefferson escribió en la Declaración de Independencia Estadounidense:

Sostenemos que estas verdades son evidentes en sí mismas, que todos los hombres son creados iguales, que su Creador los ha dotado a todos con ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Salvación significa vida. Esta es la promesa de nuestro Señor: «el que por mí entrare, será salvo» (Juan 10.9). No somos salvados porque admiramos a Jesús sino porque nos arrepentimos de nuestros pecados y confiamos en Él, y solo en Él, como nuestro Señor y Salvador. El mendigo de Juan 9 no fue salvado por ir al templo sino porque encontró a Jesús en el templo, se postró ante Él y dijo: «Creo, Señor» (Juan 9.35–38).

Ser salvado quiere decir que los pecados de uno han sido perdonados, uno llega a ser hijo de Dios, y tiene la certeza del cielo. Quiere decir tener vida eterna (Juan 3.16–18) y «vida en abundancia» (10.10). «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida,

sino que la ira de Dios está sobre él» (3.36). Todo pecador que entra en el rebaño por Jesucristo es y siempre será salvado. «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (10.27–28).

Salvación significa libertad. La salvación nos trae vida eterna, pero también nos da el privilegio de disfrutar la libertad: «entrará y saldrá». Jesús nos saca del antiguo redil y nos pone en el nuevo rebaño, y entonces nos permite entrar y salir de la comunidad amurallada debido a la libertad que tenemos en Él. Jesús dijo que «todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado . . . Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8.34, 36). La libertad cristiana no significa derecho de hacer lo que se nos antoje; quiere decir que tenemos el privilegio de seguir a Cristo y hacer lo que le agrada. La verdadera libertad es controlada por la verdad y motivada por el amor.

Nótese el equilibrio aquí: «entrará y saldrá». Una oveja tímida, temerosa, se quedará en el redil día y noche, y nunca verá el potrero escogido por el pastor, pero la oveja imprudente, exageradamente confiada, se quedará en el potrero día y noche y quedará expuesta a todo tipo de peligros. Necesitamos el alimento, el agua y el ejercicio del potrero tanto como el descanso y la seguridad del redil. La oración y la meditación son importantes, pero también el testimonio y el servicio, y es por eso que el libro de Hebreos nos dice que vayamos «hasta dentro del velo» para adorar al Señor y luego salgamos «fuera del campamento» para trabajar y testificar por el Señor (Hebreos 6.19; 13.13). ¡Bienaventurados los equilibrados!

Afuera en el potrero, las ovejas no tienen muros y son libres para moverse por donde quieran, en tanto que en el redil están confinadas; ambas cosas son necesarias en la vida cristiana. Hay algunos aspectos de la vida que requieren muros y cercas; si los ignoramos, nos metemos en problemas. Hay otros aspectos que son abiertos y libres, respecto a los cuales los santos incluso pueden estar en desacuerdo. El consejo sabio de Pablo es: «Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente» (Romanos 14.5). La característica de la madurez no es el prejuicio, la tradición ni la opinión, sino la plena convicción, las decisiones basadas en la Palabra de Dios y atestiguadas por el Espíritu de Dios. «Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros» (Gálatas 5.13).

Al entrar en algunos santuarios, se ve sobre la entrada un letrero que dice: «Entre para adorar». Cuando uno sale del culto, el letrero dice: «Salga para servir». Es un recordatorio para que cultivemos una vida equilibrada. Nuestro celo debe equilibrarse con el conocimiento y nuestro amor con el discernimiento (Filipenses 1.9). La comunión debe estar equilibrada con estar a solas (Mateo 6.5–6), y la oración privada con la oración en público que incluye a otros creyentes.

Salvación significa buscar la felicidad. Nótese el plural: «pastos». Tal vez las ovejas más viejas prefieran pastar en territorio familiar ya que conocen el terreno, en tanto que los corderos se sienten mejor explorando nuevos lugares, sin preocuparse por lo que el pastor haya planeado. Unos y otros están incompletos. El pastor siempre sabe lo que es mejor para su rebaño: «Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre» (Salmo 23.1–3).

En mis muchos años de seguir al Pastor, he aprendido que necesito nuevos descubrimientos de su gracia y dirección tanto como experiencias en las sendas y pastos viejos. La palabra hebrea para *sendas*, en el Salmo 23.3, quiere decir «huellas profundas». Estas sendas son tan importantes y necesarias que muchos otros ya las han recorrido y han producido esas huellas para nosotros. «Paraos en los caminos», dijo Jeremías, «y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma» (Jeremías 6.16).

Cuando se trata de lo básico de la vida de fe, Salomón nos dice que «nada hay nuevo debajo del sol» (Eclesiastés 1.9). Pero necesitamos nuevos retos a fin de madurar en nuestro andar cristiano, retos que los santos antiguos ya encontraron. Las sendas viejas y las nuevas oportunidades marchan

juntas. Al seguir al Señor a los pastos que ha escogido para nosotros, disfrutaremos del gozo del Señor, incluso en medio de las pruebas. Descubriremos más de esto cuando nos concentremos en el Pastor, en el próximo capítulo.

La vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad es lo que experimentamos cuando permitimos que Jesús el Pastor nos guíe al entrar y salir del redil día tras día.

La puerta significa compasión

Por la noche, cuando el pastor había conducido a su rebaño de vuelta al redil, se paraba en la puerta, le daba a beber agua fresca («mi copa está rebosando», Salmo 23.5), e inspeccionaba a cada animal mientras pasaba debajo de su cayado. Un pastor fiel era «médico» tanto como guía y protector, y si alguna oveja tenía una seria laceración o herida, el pastor aplicaba medicina. «Unges mi cabeza con aceite» (v. 5) describe este ministerio. El pastor también quitaba cualquier abrojo o espino que se les hubiera pegado durante el día. ¿Había algún animal cojeando? El pastor lo detectaba y trataba de descubrir la causa. ¿Faltaba alguna oveja? El pastor se aseguraba de que el rebaño estaba seguro, ponía a otro pastor para que fuera la puerta, y salía a buscar la oveja faltante.

En otras palabras, el pastor se preocupaba por el bienestar de la oveja individual tanto como por la condición general de todo el rebaño. Una oveja o cordero era importante para él. Usaba aceite calmante para las heridas; el aceite en las Escrituras es uno de los símbolos del Espíritu Santo (Éxodo 30.22–33). Cuando nuestro buen Pastor quiere consolarnos y animarnos, es por el ministerio del Espíritu Santo, porque cada creyente ha recibido la unción del Espíritu de Dios (2 Corintios 1.21; 1 Juan 2.20, 27). El pastor le daba a cada oveja a beber agua fría que sacia, otro símbolo del Espíritu (Juan 7.37–39).

Continuamente me impresiona cómo Jesús siempre tuvo tiempo para los individuos, fuese un leproso impuro, un soldado romano, una samaritana, un fariseo perplejo o un ladrón moribundo; y está igualmente interesado hoy como ayer. Sus pastores subalternos necesitan imitarlo y atender las necesidades de las ovejas individuales. En nuestros ministerios de púlpito podemos enseñar, advertir y animar a todo el rebaño; pero exige ministerio personal descubrir las necesidades ocultas y remediarlas.

He tenido suficiente experiencia pastoral como para saber que casi toda iglesia tiene su porción de «personas problemáticas» así como también «personas con problemas». Muchas con problemas personales no quieren contarlos a otros, especialmente a sus atareados ministros, en tanto que «la gente problemática» recibe la atención y simpatía contándoles a tantos como sea posible todo lo que están aguantando. En realidad, no quieren resolver sus problemas; si lo hicieran, ¡perderían su identidad e importancia! Solicitan reuniones frecuentes con el pastor, que pacientemente escucha los mismos cuentos que ha oído muchas veces. Sabe que la confrontación franca no producirá ningún cambio, porque esas personas oyen solo lo que quieren oír y lo interpretan a su manera.

A pesar de esas dificultades, los pastores necesitan interesarse particularmente en su gente e invertir el tiempo necesario para descubrir los problemas y ofrecer soluciones. La predicación pastoral es efectiva cuando los oyentes detectan en la presencia del predicador un interés amoroso, un corazón que entiende y un enfoque bíblico a la solución del problema. El profeta Ezequiel escribía en cuanto a gobernantes civiles egoístas, en Ezequiel 34.11–16, pero la aplicación al pastor del rebaño de la iglesia es perfectamente legítima. Dios quiere que sus pastores busquen a la oveja perdida (v. 11), rescaten a las que están en peligro (v. 12), las saquen de su esclavitud (v. 13), las traigan de regreso a la comunión del rebaño (v. 13), y las cuiden (vv. 13–16).

Recuerdo cuando oí que uno de los miembros de nuestra iglesia había dejado a su esposa y su familia; y nadie sabía dónde estaba. Le pedí al Señor que hiciera que nos encontráramos por accidente a fin de poder conversar con él, *y lo hizo!* Fui a un restaurante a almorzar, miré una mesa,

¡y allí estaba él! «¿Hay espacio para otro hombre con hambre?», le pregunté, y él cortésmente me pidió que tomara asiento. Una hora más tarde estábamos orando juntos. Dijo que iría a su casa y arreglaría las cosas, y lo hizo, y volvió a la iglesia.

El talentoso predicador estadounidense George W. Truett frecuentemente recibía invitaciones para que dejara su púlpito en Dallas y aceptara el cargo de líder denominacional a tiempo completo, presidente de una universidad o evangelista itinerante, y su respuesta siempre fue la misma: «He buscado y hallado un corazón de pastor». ¡Con razón se quedó en la First Baptist Church de Dallas por cuarenta y siete años!

La puerta significa protección

El pastor arriesgaba su propia vida (y probablemente perdía algún sueño) al servir como puerta del rebaño. Los lobos no podían entrar y atacar a las ovejas, ni tampoco los ladrones entrar y robarse el rebaño. El pastor estaba armado con su vara y su cayado, por lo que podía alejar a los intrusos (Salmo 23.4).

En dondequiera que hay un rebaño fiel, habrá enemigos esperando para atacar, desde afuera de la iglesia y también desde adentro. Pablo dijo eso claramente en su discurso de despedida a los ancianos de Éfeso, pasaje que todos los pastores necesitan escribir en su corazón.

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno. (Hechos 20.28–31)

La seguridad del rebaño es la responsabilidad número uno del pastor, por eso Jesús nos asegura que sus ovejas nunca perecerán (Juan 10.27–30). «Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (Hebreos 7.25). Somos salvos en tanto y en cuanto Jesús está vivo en el cielo, y «por cuanto permanece para siempre» (v. 24). Jesús, nuestro sumo sacerdote celestial, nos ministra hoy «según el poder de una vida indestructible» (v. 16). Con razón pudo decirles a sus discípulos: «Porque yo vivo, vosotros también viviréis» (Juan 14.19).

En nuestro próximo estudio de Juan 10, procuraremos conocer mejor a este Pastor.

6

EL BUEN PASTOR

Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.

—Juan 10.11–16

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos.

—Juan 10.27–30

Jehová es mi pastor; nada me faltará.

—Salmo 23.1

Reconoced que Jehová es Dios;
Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos;
Pueblo suyo somos, y ovejas de su prado

—Salmo 100.3

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

—Isaías 53.6

Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

—Apocalipsis 7.17

Algunas personas bien intencionadas quieren eliminar de la Biblia la imagen del pastor y las ovejas pero, si lo hiciéramos, nos privaríamos de varios grandes líderes tanto como de una gran porción de verdad espiritual nutritiva. «Después de todo», aducen, «la mayoría de las personas en nuestras iglesias viven en ciudades y jamás han visto pastores y ovejas». Pero si los siervos de Dios estuvieran

limitados a predicar y enseñar solo lo que ya es familiar a la gente, ninguno de nosotros jamás aprendería gran cosa.

Es dudoso que alguien en nuestras iglesias haya visto jamás una crucifixión o una resurrección, pero si se eliminan esos eventos, no se puede predicar el evangelio. ¿Cuántos de los que profesan ser cristianos pueden con confianza decir que han visto un ángel, o un milagro o, a propósito, al Señor Jesucristo? Es obvio que este enfoque —de «lo nunca visto»— a la Palabra de Dios no sólo es peligroso sino también ridículo. Toda la Escritura es inspirada y útil, y eso incluye a los pastores y las ovejas.

Pablo usó la imagen del pastor al amonestar a los ancianos de Éfeso, una gran ciudad (Hechos 20.28). El apóstol Juan usa las palabras *pastor*, *ovejas* y, especialmente, *cordero* (en más de treinta referencias) al escribir a las iglesias de siete ciudades clave de Asia Menor. Elimínense estas imágenes de la Biblia y no se tendrá Salvador, ni evangelio, ni mucha esperanza.

Jesús se llamó a sí mismo «el buen Pastor» porque él es el Pastor genuino en contraste con los pastores falsos y las manos asalariadas que con el correr de los siglos han explotado al pueblo de Dios. Recuérdese que a los gobernantes civiles, tales como a reyes, príncipes o gobernantes se les llamaba pastores, aunque muchos de ellos eran más bien lobos y ladrones (Isaías 56.9–12; Ezequiel 34). El Mesías prometido iba a ser un Pastor amante (Isaías 40.9– 11; Ezequiel 24.20–24), y Jesús es ese Mesías. La palabra que se traduce «buen» en «buen pastor» lleva el significado de «noble, digno de alabanza, deseable y agradable a Dios». Jesús cumple esos requisitos.

En la Biblia se menciona a las ovejas más de trescientas veces y más que cualquier otro animal. Puede ser bochornoso para algunos creyentes enterarse de que las ovejas son animales indefensos y proclives a descarriarse. (Tienen mala vista y tienden a seguir a otras ovejas sin pensar.) Las ovejas también pueden ser muy tercas. Son animales ceremonialmente limpios y frecuentemente se los ofrecía en los sacrificios. Los judíos criaban ovejas primordialmente por la lana, la leche y los corderos, y las mataban para comer solamente en ocasiones festivas y especiales.

En mis muchos años de ministerio he pastoreado tres «rebaños» y he sido miembro en tres diferentes iglesias al servir en ministerios paraeclesiásticos. He predicado en cientos de iglesias y asesorado a pastores en muchas partes del mundo; así que por más de sesenta años he estado atendiendo ovejas y estudiándolas desde diferentes perspectivas. Sin embargo, la oveja no significa nada aparte de Jesucristo, el buen Pastor. Examinemos las relaciones que existen entre Jesús el buen Pastor y sus ovejas, y apliquemos esas verdades a nuestras propias vidas como miembros de su rebaño.

El Pastor es dueño de las ovejas

A las ovejas de Cristo se les llama «sus ovejas» (Juan 10.3–4) y «mis ovejas» (vv. 14, 26–27) porque Él afirma que son su rebaño. Son suyas porque el Padre se las dio (v. 29; véanse también Juan 17.2, 6, 9, 24) y porque las compró cuando murió en la cruz (10.11, 15, 17–18; véanse también 13.37–38; 1 Juan 3.16). «Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15.13). ¡Pero Jesús puso su vida por unos pecadores rebeldes que eran sus enemigos (Romanos 5.6–10)! «¿O ignoráis que . . . no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio» (1 Corintios 6.19–20).

En el Evangelio de Juan se menciona la muerte de nuestro Señor varias veces, cada pasaje revela algo especial en cuanto a esa muerte. Él murió *sacrificialmente*: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (1.29). Bajo el antiguo pacto las ovejas morían por los pastores; pero bajo el nuevo pacto, el Pastor muere por las ovejas. ¿Quién sino Dios sabe cuántas ovejas fueron sacrificadas durante la historia nacional de Israel? Pero Jesús en un solo acto de sacrificio murió por los pecados de todo el mundo, ¡de una vez por todas!

Murió *brutalmente*, como un edificio derribado y dejado en ruinas (Juan 2.18–22). La crucifixión

era la forma más bárbara de ejecución, y Salmo 22.1–21 e Isaías 52.14 nos dan una indicación del precio que Jesús pagó para salvar a sus ovejas. Así como la serpiente fue levantada en un poste (Números 21.4–9; Juan 2.14–15), Jesús fue levantado en la cruz y murió vergonzosamente. ¡Imagínese al santo Hijo de Dios identificándose con una serpiente maldita!

Pero murió *voluntariamente* (Juan 10.11–18). Puso su vida. ¿Estaría usted dispuesto a dar su vida para rescatar a una oveja? ¿Qué conductor arriesgaría su vida para evitar atropellar a una oveja en la carretera? Un ser humano vale mucho más que una oveja, sin embargo Jesús nos amó lo suficiente como para morir por nosotros.

Murió *triunfalmente* (Juan 12.20–29). La semilla fue plantada en la tierra y produjo una cosecha hermosa, abundante, para gloria del Padre. Él puso su vida ¡para volverla a tomar en gloriosa resurrección (10.17–18)! Hizo eso por nosotros para que podamos ser *sus* ovejas y podamos decir de todo corazón: «Mi amado es mío, y yo suya» (Cantares 2.16; véase también 6.3).

Las manos asalariadas cuidan a las ovejas primordialmente porque reciben paga, pero no tienen amor por el rebaño. Cuando los ladrones y los lobos se asoman, los asalariados huyen y se esconden, por lo que los enemigos tienen libertad para asolar al rebaño. Pero Jesús nos posee, y demuestra su amor muriendo por nosotros. Le pertenecemos, por consiguiente debemos seguirle y hacer su voluntad.

En la etapa cuando el pionero en misiones C. T. Studd debía haber estado planeando su jubilación, se dirigió a África. Cuando un periodista le preguntó por qué, repuso: «Si Jesucristo es Dios y murió por mí, entonces ningún sacrificio que haga por Él es demasiado grande».

Jesús posee a sus ovejas. Si le seguimos, disfrutaremos la vida abundante que solo Él puede dar. «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10). Si no le seguimos, abandonamos la vida en plenitud y solo tenemos vacío; por eso el Pastor debe disciplinarnos, lo que no es una experiencia agradable.

El Pastor conoce a sus ovejas

«Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre» (Juan 10.14–15).

En las Escrituras «conocer» quiere decir mucho más que poder identificar a una persona o cosa por nombre. En el vocabulario de la Biblia, «conocer» incluye intimidad, una profunda comprensión de la persona u objeto de que se trata. Quiere decir ser escogido, amado. En el hebreo original, la palabra *conocer* describe el amor íntimo entre esposo y esposa. En el tiempo de juicio, Jesús dirá a los que se disfrazaron de creyentes: «Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mateo 7.23; véase también 25.12).

Los pastores orientales sabían el nombre de cada oveja y podían llamarla del rebaño cada mañana. Pero también conocían la naturaleza de cada una: sabían cuáles eran proclives a descarriarse, las que querían salirse con la suya, las que se demoraban para obedecer las órdenes. Debido a que poseían ese tipo de conocimiento, podían cuidar mejor del rebaño.

Pero, ¡las ovejas también conocían a su pastor! Tal como los niños llegan a entender mejor a sus padres y los alumnos a sus maestros, también las ovejas aprenden a «leer» la voz y los gestos de su pastor. Saben cuándo está advirtiéndoles, cuándo está reuniéndolas y cuándo simplemente está recordándoles que está vigilando.

El que Jesús compare su relación con sus ovejas con la de su Padre es muy asombroso. Me hace recordar lo que le dijo a su Padre cuando concluyó su oración, que se anota en Juan 17: «Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos» (v. 26). ¡El Padre nos ama tanto como a Jesús! Mientras más conocemos a Jesús y al Padre, más amaremos a Dios, disfrutaremos de su amor en nuestros corazones y le obedeceremos

mejor. Los pastores tienen una relación personal de amor con sus ovejas, el tipo de relación que debemos tener con nuestro buen Pastor. Al estudiar la palabra, adorar, tener comunión y obedecer al Pastor, llegamos a conocerle y *también nos conocemos mejor nosotros mismos*.

Me anima saber que mi Pastor me conoce y me entiende por completo; y *con todo y eso me ama y me cuida*. «Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos» (Salmo 139.1–3).

A la esposa de Alberto Einstein le preguntaron si entendía las teorías matemáticas de Einstein, y ella respondió: «No, pero entiendo a Einstein».

El apóstol Pablo había sido salvado por treinta años, había ido al cielo y vuelto, y había visto a Cristo en gloria y, sin embargo, escribió: «quiero conocer a Cristo» (Filipenses 3.10). Oró que los creyentes de Éfeso pudieran «conocer mejor al Señor» (Efesios 1.17), oración que nosotros debemos elevar a diario.

El pastor llama a sus ovejas

«A sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños» (Juan 10.3–5).

En su sermón el día de Pentecostés, Pedro dijo: «Porque para vosotros es la promesa [de salvación], y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» (Hechos 2.39). Pablo identificó al pueblo de Dios como «llamados a ser de Jesucristo» (Romanos 1.6; véanse también 8.30; 9.24). El Señor llama a los pecadores mediante la predicación del evangelio (2 Tesalonicenses 2.14). Él nos llama a salir de las tinieblas de la incredulidad y el pecado a la luz de su gloria (1 Pedro 2.9). Nos llama para que le sigamos (Juan 10.4, 9, 28), y eso quiere decir un cambio de parecer y una completa separación de la vida antigua, lo que las Escrituras llaman «arrepentimiento». No puede haber componendas. Jesucristo dijo: «El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mateo 12:30). Él quiere discípulos, no simplemente convertidos.

Dios nos llama en lo que es totalmente un acto de gracia; nosotros no hemos hecho nada para merecerlo. Decir: «Él me llamó porque sabía de antemano que yo creería» es tergiversar lo que las Escrituras dicen, porque nos conoció de antemano (nos eligió), y es por eso que nos llamó y nosotros creímos. «Porque a los que antes conoció [eligió], también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo . . . Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó» (Romanos 8.29–30). Nótese la dramática declaración del Señor en Juan 10.26: «Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas». Él no dijo: «Ustedes no son mis ovejas debido a que no han creído».

«A sus ovejas llama por nombre» (Juan 10.3). Él llamó a Abraham por nombre (Génesis 22.1, 11), al igual que a Moisés (Éxodo 3.4), Samuel (1 Samuel 3.1–10), Simón (Juan 1.42; Lucas 22.31), Marta (Lucas 10.41), Zaqueo (Lucas 19.5) y María Magdalena (Juan 20.16). Hoy no oímos la voz de Dios como aquellos creyentes, pero el Espíritu Santo usa la Palabra de Dios para convencer nuestras mentes y nuestros corazones, por lo que clamamos: «¿qué haremos?» (Hechos 2.36–37). Una característica del verdadero cristiano es que tiene un «oído espiritual» sensible a la Palabra de Dios. «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mateo 11.15).

Al testificarles a los perdidos, no sabemos quiénes son elegidos por Dios, ni debemos preocuparnos por esos misterios eternos. Nuestra comisión es proclamar el evangelio con el poder del Espíritu y confiar que el Señor llamará a los que son suyos. Si no supiéramos que Dios tiene sus «ovejas» en este mundo perdido, ¡sería desesperadamente desalentador proclamarle las buenas

noticias a nadie! El Señor le dijo a Pablo cuando ministraba en Corinto: «No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad» (Hechos 18.9–10). La elección divina no es un disuasivo para la evangelización sino una de las dinámicas subyacentes a la evangelización.

Nuestro Pastor no solo nos llama de cualquiera que sea el redil en que estemos y nos salva, sino que también nos llama a seguirle en cuanto a lo que quiere que hagamos; y entonces le servimos. Debido a que nuestros amigos no salvados y parientes no pueden oír la voz de Cristo, piensan que estamos cometiendo un gran error, pero no tenemos nada de qué preocuparnos. *Nuestro Pastor va delante de nosotros y nos prepara el camino* (Juan 10.4). Cada vez que involuntariamente nos salimos de su voluntad, el Señor cierra las puertas hasta que esperemos lo suficiente como para oír su voz (Hechos 16.6–10). En tanto y en cuanto estemos dispuestos a hacer su voluntad y diariamente oír su voz en la Palabra y orar pidiendo dirección, nunca permitirá que nos descarriemos (Juan 7.17; Filipenses 3.15–16).

El Espíritu Santo que mora en nosotros nos advierte cuando estamos prestando atención a voces diferentes que la de nuestro Pastor. El doctor H. A. Ironside cuenta acerca de una ocasión cuando caminaba con un joven creyente por el centro de la ciudad de Los Ángeles y encontraron a un «predicador en una esquina». El joven creyente vio que el hombre tenía una Biblia, así que se detuvo a escuchar mientras el doctor Ironside seguía su camino. Sabía que aquel predicador era un hereje disfrazado de evangélico. A los pocos minutos el joven creyente alcanzó a Ironside, que le preguntó: «¿Qué piensas de ese predicador?» El joven creyente respondió: «Todo el tiempo que le escuché, mi corazón decía: “¡Mentiroso! ¡Mentiroso!”»

El Pastor cuida de sus ovejas

El ladrón trata de robarse las ovejas en secreto, el salteador quiere explotarlas y el asalariado huye por el miedo cuando aparece el lobo; pero el pastor verdadero cuida del rebaño con amor y valentía. Va delante de ellas y busca los mejores pastos y los manantiales más seguros, sabe cuándo las ovejas deben reposar y descansar. Se asegura de que no haya agujeros o enemigos peligrosos escondidos en los pastos y se mantiene vigilante por las ovejas que sabe que son proclives a descarriarse.

Los que estudian la Biblia por siglos han señalado que al buen Pastor se le describe en el Salmo 22, poniendo su vida por las ovejas (vv. 1–21). Al Príncipe de los pastores se lo muestra en el Salmo 24, volviendo y recompensando a los pastores subalternos fieles (1 Pedro 5.1–4). Pero es en el Salmo 23 en donde vemos al gran Pastor equipando y capacitando a las ovejas (Hebreos 13.20–21). Es desdichado que este maravilloso Salmo se lea primordialmente en los funerales, porque describe el ministerio de amor de nuestro Señor a los suyos todos los días de nuestra vida (Salmo 23.6).

El rey David compuso el Salmo 23 partiendo de su propia esperanza como pastor así como también de la manera en que Dios lo cuidaba. «Nada me faltará» (v. 1). «No temeré mal alguno» (v. 4). «En la casa de Jehová moraré por largos días» (v. 6). Pastos verdes, aguas de reposo, sendas rectas, valles oscuros, enemigos peligrosos; ninguna circunstancia supera la habilidad del gran Pastor de las ovejas. El verdadero pastor tiene sentimientos por las ovejas y procura lo mejor para ellas. Las protege y provee para ellas, y también las corrige cuando quieren salirse con la suya. Al final del día, cuando el pastor conduce a las ovejas de regreso al redil, examina a cada una buscando heridas o lesiones y siendo para ellas un médico tierno. Quiere que las ovejas estén cómodas al disponerse para la noche.

Los nuevos cristianos deben aprender temprano en su andar espiritual a permitir que el Pastor les alimente y refresque partiendo de la Palabra de Dios. El cordero conoce a su madre y desea su leche (1 Pedro 2.2–3), pero conforme el cordero del Señor madura, pasa del biberón a comer alimento sólido (Hebreos 5.11—6.3). El Pastor enseña a las ovejas cómo alimentarse a sí mismas en los pastos

verdes de las Escrituras, por eso saben a dónde acudir en la Biblia para hallar la verdad que necesitan. A menos que cada día permitamos que el Pastor nos alimente con la Palabra de Dios, nunca podremos crecer «en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3.18).

Los pastores cuidan de sus ovejas porque quieren que cada una de ellas madure y cumpla los propósitos en el orden natural de Dios. Los carneros y las ovejas deben reproducirse y ayudar a sus corderos a crecer, y estos deben madurar a su tiempo, reproducirse y agrandar el rebaño. *Si todas las ovejas de Dios se reprodujeran, y si todos los corderos maduraran y el rebaño obedeciera al pastor, ¡qué diferente serían las iglesias!* Los pastores fieles pueden hacer mucho; pero las ovejas deben asumir también sus responsabilidades. «Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección» (Hebreos 6.1). El Espíritu Santo nos llevará hacia adelante si pasamos diariamente tiempo en la Palabra y oramos y abandonamos «lo que era de niño» (1 Corintios 13.11).

Sin embargo, los pastores y otros líderes espirituales de la iglesia también deben cumplir sus ministerios; por eso las palabras de nuestro Señor a Pedro marcan el camino (Juan 21.15–17): «Apacienta mis corderos». «Pastorea mis ovejas». «Apacienta mis ovejas». Y la responsabilidad más importante que tienen es amar a Jesucristo más que cualquier otra cosa. Si lo amamos a Él, amaremos a sus ovejas y nos sacrificaremos por servirles. Recuerde, cuando servimos a otros en el nombre de Cristo, estamos sirviéndole a Él (Mateo 25.40). «Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre» (Hechos 20.28).

El Pastor reúne su rebaño

Jesús empezó su ministerio dirigiéndose «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.5–6), pero dejó claro que los gentiles serían incluidos en su iglesia. «También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor» (Juan 10.16). Nótese que no dijo «un redil», porque todavía hay un redil judío y uno gentil en nuestro mundo; pero habló de «un rebaño», la iglesia de Jesucristo de la cual Él es el único pastor. El mensaje de Pedro en Pentecostés estuvo dirigido a judíos y a gentiles prosélitos del judaísmo (Hechos 2). Pero más tarde, Pedro fue con Juan a Samaria, y el Señor puso a los samaritanos creyentes en el rebaño (Hechos 8.14–17). Ya cuando llegamos a Hechos 10, Pedro es enviado a la casa del centurión romano Cornelio, un gentil, y él, sus parientes y sus amigos íntimos son salvados y llevados al rebaño.

Hay un rebaño y Jesús es el único pastor. Hay un cuerpo y Jesús es la cabeza (Efesios 2.16; 3.6; 4.4, 25). Hay un edificio y Jesús es el cimiento (2.11–22). El gran propósito del Padre es «reunir todas las cosas en Cristo . . . así las que están en los cielos, como las que están en la tierra» (1.10). Jesús oró que todos los creyentes fueran uno (Juan 17.20–23), no en un sentido organizacional sino como Él y el Padre son uno. Dos veces incluyó las razones de esta unidad: que el mundo crea que Jesús vino del Padre y que el Padre ama al mundo perdido. Después de todo, si los hijos no se aman unos a otros, ¿por qué el mundo va a creer que el Padre ama a los pecadores perdidos?

La unidad del rebaño no es algo que debemos elaborar, porque ya somos uno en Cristo, actuemos como tales o no. «Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4.3). Mantener la visibilidad de esta unidad ante un mundo que observa exige esfuerzo por parte del pueblo de Dios. No basta cantar: «No estamos divididos, todos un cuerpo somos»; sino que también debemos demostrarlo con nuestras palabras y acciones. «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús . . . Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3.26, 28).

Jesús un día reunirá a su rebaño y los llevará al cielo para que estén con Él por la eternidad. Será «una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efesios 5.27). Entonces podremos cantar sinceramente: «No estamos divididos, todos un cuerpo somos». Pero hasta entonces, nuestra tarea es manifestar el amor de Dios ante el mundo al amarnos unos a otros y amar a los perdidos y tratar de ganarlos para el Salvador.

No es difícil para los creyentes confesar que Jesús es el buen Pastor. De buen grado nos apropiamos del Salmo 23 y apoyamos nuestras vidas y esperanzas futuras en lo que dice. *¡Lo que es realmente difícil confesar es que somos ovejas y desesperadamente necesitamos un pastor!* Necesitamos concordar con la confesión de Jeremías: «Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos» (Jeremías 10.23). También debemos concordar con Isaías, que escribió: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53.6).

Afirmar ser una de sus ovejas y sin embargo no seguirle es mentir o rebelarse, y ambas cosas son terribles pecados. La mayoría de los problemas en nuestro mundo los causan personas que ignoran a Cristo e insisten en salirse con la suya, y eso puede suceder y a menudo ocurre en nuestras iglesias también. Nos engañamos nosotros mismos al pensar que sabemos la voluntad de Dios con nosotros y con todos los demás, pero Jeremías 17.9 nos advierte: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» Cuando oigo que alguien que profesa ser cristiano dice: «Pues bien, conozco mi propio corazón», le cito ese versículo de Jeremías.

Mi experiencia ha sido que mientras más sigo al Señor, más me veo a mí mismo como una oveja desvalida que necesita de Jesús el Pastor en toda decisión de la vida. A veces cuando lo olvido, Él me muestra un versículo de la Biblia para llamarme la atención, o tal vez un fracaso menor me sacude, o tal vez otro creyente dice algo que me despierta. En más de una ocasión he oído el gallo cantar y mi Pastor me ha mirado como vio a Pedro (Lucas 22.61), por lo que he sido humillado y quebrantado.

Si Jesús es su Pastor y usted le sigue, el futuro es amigo suyo, no tiene por qué temer.

LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

—Juan 11.25–26

No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén.

—Apocalipsis 1.17–18

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

—Juan 5.24

Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

—Hebreos 7.25

Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

—Romanos 6.4

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible.

—1 Pedro 1.3–4

Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

—1 Juan 5.11–12

Algunas de las cosas más familiares de la vida a menudo son las más difíciles de definir o incluso describir. Por ejemplo, ¿cómo definiría usted *luz* o *frío*, o el sabor del chocolate o de la menta? ¿Cómo definiría la *vida*?

La palabra griega que se traduce como *vida* (*zoe*) se usa treinta y seis veces en el Evangelio de Juan, que es más de lo que se la emplea en los otros tres Evangelios combinados (dieciséis veces). Ya hemos encontrado la palabra *vida* en los enunciados YO SOY que ya hemos considerado, porque Jesús es el pan de vida (Juan 6.35, 48), la luz de vida (8.12), y el pastor que pone su vida por las ovejas (10.10, 28). En este capítulo consideraremos a Jesús como «la resurrección y la vida» (11.25-26), y en el próximo como «el camino, y la verdad, y la vida» (14.6).

Para el creyente, la vida no es meramente una condición física o una experiencia social tanto como una persona, y esa persona es Jesucristo. Pablo afirma que «Cristo es nuestra vida» (véase Colosenses 3.4), por lo que les escribió a los creyentes de Filipos: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Filipenses 1.21). ¡*La vida es aquello para lo que vivimos!* Las personas «cobran vida» ante lo que les entusiasma, deleita o satisface, lo que está en el corazón de su propio ser; por tanto, los cristianos deben cobrar vida ante todo lo que se relacione con Jesucristo.

La resurrección conduce a la vida; Jesús es tanto la resurrección como la vida. La fe en Él nos levanta de la muerte espiritual producida por el pecado (Efesios 2.1–10) y nos imparte la vida eterna y en abundancia. Cuando el espíritu deja el cuerpo, este muere (Santiago 2.26). Para el creyente, eso significa ir a estar con Cristo (2 Corintios 5.6–10; Filipenses 1.22–23). Sin embargo, si estamos vivos cuando Cristo vuelva, ¡nunca moriremos! Seremos transformados al ir a encontrar al Salvador en el aire y viviremos con Él para siempre (1 Tesalonicenses 4.16–18; Filipenses 3.20–21). Un amigo me dijo que espera ir vía «elevador» y no vía «enterrador», y ciertamente concuerdo con él.

La narrativa de Juan 11 es tan profunda que toca nuestras vidas de numerosas maneras. Trata del *amor* (v. 5) y deja en claro que el amor de Dios no impide que sus hijos atraviesen dolor, enfermedad y aflicción. Trata de la *esperanza* y la pérdida de ella (vv. 3, 8–10, 21–22, 32). Pero el énfasis principal es la *fe*, la fe de los discípulos (vv. 1–16) y de las hermanas (vv. 17–24) así como también la de los amigos de la familia y la falta de fe de los líderes religiosos judíos (vv. 45–57).

Cristo puede resucitar a los muertos y suplir toda necesidad de la nueva vida que sigue al milagro, porque Él es «la resurrección y la vida». El Señor puede intervenir en situaciones humanas «muertas» y al parecer sin esperanza, y por su poder resucitador transformar a las personas y las circunstancias e infundir la vida que lo hace todo nuevo. Con el correr de los siglos eso ha sucedido en muchas iglesias y ministerios tanto como en las vidas de individuos, ¡y *todavía puede suceder hoy!*

Si usted se halla en una situación «muerta» o si siente necesidad de revivificación personal (latín: «vivir de nuevo»), la afirmación de nuestro Señor en Juan 11.25–26 es la respuesta. Pablo dice que «a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (Romanos 6.4). La incredulidad y el pecado están conectados con la vida vieja de pecado, pero la fe y la vida se vinculan con la nueva vida en Cristo. Por eso Jesús les ordena que le quiten a Lázaro las vendas de la tumba y le den la frescura y fragancia de la vida nueva (Juan 11.43–44). Las personas de Dios necesitan salir de la tumba y de la ropa cadavérica y empezar a manifestar la nueva vida en Cristo.

Al recorrer las Escrituras en nuestro estudio, examinaremos algunos ejemplos de «resurrección y vida». Al terminar este capítulo espero que usted pueda responder con un entusiasta «¡sí!» a la pregunta de nuestro Señor: «¿Crees esto?» (Juan 11.26).

Una nueva nación: Israel

La nación de Israel llegó a existir mediante la resurrección en las vidas de los patriarcas, empezando con un hombre y su esposa: Abraham y Sara. Israel es la nación más importante que Dios ha colocado en la tierra, «porque la salvación viene de los judíos» (Juan 4.22). Estos no solo le dieron al mundo el conocimiento del único Dios verdadero, sino que también nos dieron la Biblia y, más importante, al Salvador, Jesucristo, el Hijo de Dios.

El Señor llamó a Abraham y a Sara para que dejaran su casa, parientes e ídolos en Ur de los Caldeos y fueran a una nueva tierra que les mostraría. Allí empezarían a edificar una nueva nación que daría bendición a todo el mundo. Dios le reveló su gloria a Abraham e hizo con él el pacto que lo haría a él y a su esposa un gran pueblo (Génesis 12.1–3; Hechos 7.1–8). Cuando salieron de Ur de los Caldeos, Abraham tenía setenta y cinco años y su esposa sesenta y cinco. No solo que no tenían hijos, sino que también habían pasado la edad de engendrar y de tener prole, así que, ¿cómo podrían jamás llegar a ser una gran nación? ¡Se sentían más muertos que vivos! Pero allí es cuando el milagro del poder de la resurrección de Dios empezó a obrar.

El cumplimiento de las promesas de Dios no depende de los recursos humanos sino de la fe en las promesas del Dios Todopoderoso. Abraham trató de cumplir las promesas de Dios a su manera casándose con la criada egipcia de su esposa, Agar, y teniendo un hijo con ella, pero Dios rechazó a Ismael y les dio a Isaac como su heredero. La fe es vivir sin artimañas, por eso la artimaña de Abraham produjo problemas tanto en su matrimonio como en su andar con Dios.

¡Tanto Abraham como Sara necesitaron experimentar el divino poder resucitador! Así es como el apóstol Pablo explicó lo que sucedió:

Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. (Romanos 4.18–22)

Abraham tenía cien años cuando nació Isaac, y Sara noventa, así que ese nacimiento fue ciertamente un milagro. Dios fue para Abraham y Sara «la resurrección y la vida». Honró su fe y les dio el poder resucitador que necesitaban para permitirles llegar a ser padres. Tendemos a admirar la fe de Abraham y olvidamos la parte de Sara en el milagro. Hebreos 11.11 dice: «Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido». Isaac fue bendecido con padres consagrados.

Cuando Isaac ya era joven, Dios le ordenó a Abraham que lo ofreciera en el altar como sacrificio, lo que este obedeció (Génesis 22). El futuro de la nación hebrea tenía que ver con ese muchacho; pero Dios no quería la vida de Isaac; quería el corazón de Abraham. Dios quería que Abraham confiara en Él y no en la bendición que le había dado. De nuevo, fue la fe en el poder resucitador de Dios lo que convirtió la prueba en triunfo. «Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac . . . pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir» (Hebreos 11.17, 19). Es maravilloso cuando padre e hijo experimentan el poder resucitador del Señor.

Isaac y su esposa, Rebeca, tuvieron gemelos, Jacob y Esaú; y el Señor escogió a Jacob para que heredara las bendiciones del pacto. Su relato se halla en Génesis 28—49. Jacob conocía al Señor, pero tenía la tendencia a hacer sus propios planes y depender de sus propias maquinaciones astutas para lograr lo que quería. Llegó a ser padre de doce hijos, que fundaron las doce tribus de Israel.

El hijo favorito de Jacob era José. Raquel, madre de este, también dio a luz a Benjamín. El relato de José se halla en Génesis 37—50, y cuenta cómo diez de sus hermanos le aborrecían y lo vendieron como esclavo. Acabó en Egipto y, por la guía de Dios, a la larga llegó a ser segundo al mando de la tierra, pero los muchachos le mintieron al padre y le dijeron que José había muerto. Nada pudo consolar al patriarca anciano, que dijo que con aflicción iría a la tumba y se uniría a su hijo (Génesis 37.35). Jacob era un pesimista que a menudo hablaba de que «descendería con dolor a la tumba» (véanse 42.38; 44.29, 31).

Sin embargo, cuando sus diez hijos fueron a Egipto para comprar comida durante la hambruna de siete años, el Señor puso en movimiento un proceso que reunió a José y sus hermanos. Pero, incluso

más, ¡llevó a los diez hermanos al punto del arrepentimiento y la confesión! Volvieron a casa y le dijeron al padre la verdad, y Jacob experimentó el poder de la resurrección y el gozo en su cuerpo envejecido y su mente cansada. Se mudó con toda su familia a Egipto, donde José había preparado lugar para que ellos vivieran. Cuando Jacob encontró a José en Egipto, dijo: «Ahora ya puedo morir», ¡pero vivió en paz diecisiete años más! Dios en su gracia lo sacó del pozo de la desesperación y le dio un nuevo comienzo. Fue una resurrección emocional y espiritual.

El relato de José empieza cuando tiene diecisiete años, cuando Dios le da dos sueños asombrosos y él los cuenta a su familia (Génesis 37). La combinación de sus sueños y el trato preferencial de su padre hizo que sus hermanos le aborrecieran. Tramaron matarlo pero cambiaron de parecer y lo vendieron como esclavo. Su primera «resurrección» ocurrió cuando fue sacado de la cisterna. Acabó como esclavo de Potifar, uno de los oficiales del faraón, y con el tiempo administraba toda la casa. La esposa de Potifar trató de seducirlo y después mintió, y José fue a parar a la cárcel. La palabra *cárcel* que se usa en Génesis 40.15, 41.14, es el mismo término que se traduce «sepulcro» en Salmo 28.1; 30.3; 88.4; y 143.7. Así que, cuando Dios lo libró y le hizo segundo al mando de la tierra, fue como una «resurrección» de los muertos. Cuando repasamos las «resurrecciones» de Abraham y Sara, Isaac, Jacob y José, nos damos cuenta de que Israel es verdaderamente una nación milagrosa. Pero hay todavía otra resurrección, porque Pablo comparó el futuro de la restauración de Israel a la «vida de entre los muertos» (Romanos 11.15; Ezequiel 37.1–14).

Una nueva creación: La iglesia

Cuando Jesús le habló a Marta de la resurrección del hermano de ella, esta afirmó su fe en esa doctrina judía: «Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero» (Juan 11.24; véase también Hechos 23.8). Pero Jesús pensaba en algo completamente diferente y respondió: «Yo soy la resurrección y la vida» (Juan 11.25). *Sacó la resurrección de una declaración de fe y la puso en una persona, y del futuro al presente.* No anuló la doctrina de la resurrección futura, pero le dijo (a ella y a nosotros) que su poder resucitador está disponible para los suyos hoy.

Por importante que sea la doctrina, no basta que simplemente afirmemos lo que creemos. Debemos darnos cuenta de que la doctrina de la Biblia se encarna en el Hijo de Dios y que, por el Espíritu, Él hace cada doctrina real y activa en nuestras vidas. «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1 Corintios 1.30). El cristianismo no es simplemente otra religión con una declaración de fe. ¡El cristianismo es Cristo!

De los muchos cuadros de la salvación que se hallan en las Escrituras, la resurrección es uno de los más importantes y estimulantes. «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5.24). Los no salvados no están simplemente «enfermos» debido a sus pecados; están «muertos en . . . delitos y pecados . . . Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Efesios 2.1, 4–6). ¡Aleluya!

No sabemos a cuantos revivificó Jesús de los muertos, pero en los evangelios se registran tres de esos milagros. Revivificó a una muchacha de doce años que acababa de morir (Lucas 8.40–56), a un joven que probablemente había estado muerto un día (7.11–17), y a Lázaro, un hombre mayor que había estado muerto por cuatro días (Juan 11.38–44). Si yo preguntara cuál de esas personas estaba más muerta, usted pensaría que he perdido un tornillo, porque *no hay grados de muerte, sino solamente putrefacción física*. Millones de individuos religiosos, refinados, viven en nuestro mundo que, como la niña, no dan ninguna evidencia de putrefacción, pero están con todo espiritualmente muertos. Otros, como el joven, dan más indicación de putrefacción y algunos, como Lázaro, están

bien podridos y todos lo saben. ¡Pero todos están muertos!

En cada instancia, fue el mandamiento de la palabra de Jesús lo que restauró la vida a esas personas, el mismo Verbo que hoy revivifica a los pecadores de la muerte espiritual cuando creen en Jesús (Juan 5.24; Hebreos 4.12; 1 Pedro 1.23–25). Y después de que han recibido nueva vida, todos dan evidencia de que en verdad están vivos. La niña caminó por el cuarto y comió alimentos; el joven habló y Lázaro, aunque sus pies estaban atados, salió de la cueva y se puso nueva ropa. Cuando los pecadores son revivificados de la muerte espiritual por el poder del Cristo vivo, uno puede decirlo por su andar, su habla, su apetito por el alimento espiritual y su rechazo a la vieja vida al «ponerse» la nueva (Colosenses 3.5–17). Pablo lo dice hermosamente en 2 Corintios 5.17: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas».

Pero hay dos grandes y gloriosas diferencias entre la resurrección física y la espiritual. Primero, todos a quienes Jesús o los apóstoles revivificaron de los muertos murieron otra vez, pero los que han sido resucitados a vida eterna nunca más morirán. Sus cuerpos pueden «dormir» en la muerte, pero sus espíritus irán a estar con Cristo para siempre. Cuando Jesús vuelva, ellos recibirán cuerpos nuevos gloriosos, así como también los creyentes que estén vivos en su venida y sean arrebatados en el aire (1 Tesalonicenses 4.13–18).

Segundo, los individuos a quienes Jesús y los apóstoles revivificaron volvieron a la vida natural, pero los que han confiado en Jesús desde su ascensión al cielo poseen vida sobrenatural en la persona del Espíritu Santo. ¡El Espíritu identifica a cada creyente con la muerte, sepultura, resurrección, ascensión y entronización del Salvador! Lea con atención Efesios 2.4–10, Colosenses 2.6–15, y Romanos 6, y note las oraciones de Pablo por los que son de Dios en Efesios 1.15–23 y 3.14–21. Nuestro Padre quiere que vivamos por fe en el poder de la resurrección de Jesucristo por el ministerio energizante del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo no podía estar disponible para los que son de Dios hasta que el Señor Jesús no hubiera muerto, resucitado de los muertos y ascendido al cielo. «Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador [Espíritu Santo] no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré» (Juan 16.7; véase también 7.37–39). El mismo poder que resucitó a Jesús de los muertos está disponible para todos los que son de Dios hoy (Efesios 1.18–23), lo que Pablo llamó «el poder de su resurrección» (Filipenses 3.10). Esto no es historia pasada; es realidad presente. Jesús dice: «Yo soy la resurrección y la vida». Las iglesias están formadas por creyentes individuales, y el Espíritu debe tener el control de esos creyentes o nada se puede lograr para la gloria de Dios. El «poder de su resurrección» no sólo es poder que salva (Romanos 10.9–10) y poder que guarda (Hebreos 7.25), sino también poder para vivir (Romanos 6.4; Gálatas 2.20) y poder para servir (Hechos 1.8; 2. Corintios 5.14–15).

Es triste que muchos que profesan ser cristianos sean como los doce hombres espiritualmente hambrientos que Pablo encontró en Éfeso y que no sabían nada del Espíritu Santo morando en ellos (Hechos 19.1–7). También es triste que tantas iglesias sean como la de Laodicea, que pensaba que lo tenía todo pero que en realidad era «un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3.14–22). Aducían estar adorando a Jesús, y sin embargo ¡él estaba afuera de la iglesia tratando de entrar (v. 20)!

La iglesia no depende del poder económico («No tengo plata ni oro», Hechos 3.6), gran intelecto y talento («eran hombres sin letras y del vulgo», Hechos 4.13), o algo que el mundo tenga para ofrecer («Mi reino no es de este mundo», Juan 18.36). El éxito de la iglesia depende totalmente del poder que el Espíritu da a los que son de Dios conforme ellos oran, creen y tratan de servir al Señor solo para gloria de este. El secreto del éxito espiritual no se halla al imitar los métodos del mundo sino cuando el Señor y su poder se encarnan por el ministerio del Espíritu. «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hechos 1.8).

Una congregación que ora y predica es una iglesia poderosa. Los apóstoles dieron su atención a «la oración y . . . el ministerio de la palabra» (Hechos 6.4), porque el Espíritu Santo usa la oración y las Escrituras para realizar su obra. Todo oración y nada de Escrituras, y uno acaba con calor pero sin luz; inviértalo y se tiene luz pero no calor. Dios quiere que nuestras iglesias sean equilibradas a fin de que el Espíritu pueda capacitarnos para tener poder para testificar, trabajar y pelear la guerra.

Una nueva expectación: La esperanza viva de los creyentes

Tres epístolas del Nuevo Testamento empiezan con «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». Efesios 1.3 mira *hacia atrás* y alaba a Dios porque Él ha bendecido a su pueblo con toda bendición espiritual en Cristo Jesús. Segunda a los Corintios 1.3 alaba a Dios por el estímulo *presente* que Él nos da cuando las cosas son difíciles. Primera de Pedro 1.3 enfoca *el futuro* y alaba al Padre «que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos». Ningún creyente necesita temer a la muerte o al futuro porque Cristo está vivo y nos ha dado una «esperanza viva».

A Pedro le encanta usar la palabra *viva*. Junto con una «esperanza viva» nos recuerda que la Escritura «vive y permanece para siempre» (1 Pedro 1.23) y Jesús es la «piedra viva» (2.4), en tanto que los creyentes son «piedras vivas» (v. 5). Una «esperanza viva» es la que no muere porque está arraigada en lo eterno. Aristóteles definió la esperanza como «un sueño andante», y muchas esperanzas populares se han convertido en pesadillas. El psiquiatra Karl Menninger dijo que la esperanza es «una aventura, un avance; una búsqueda confiada de una vida satisfactoria». Algunas esperanzas son espuma y burbujas, pero cuando Dios hace una promesa, uno puede estar seguro de que la cumplirá. «Porque todas las promesas de Dios son en él sí» (2 Corintios 1.20).

Al leer y meditar en Juan 11, note con cuidado las palabras y acciones de nuestro Señor. Cuando recibió el mensaje de que Lázaro estaba enfermo, envió al mensajero de vuelta con un recado algo enigmático: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (v. 4). El mensajero fielmente entregó el correo (vv. 38–40), pero eso no pareció animar a las hermanas. Si Jesús se preocupaba por la salud de Lázaro y la aflicción de las dos hermanas, podría haber sanado a Lázaro a la distancia, tal como sanó al hijo del oficial real (4.46–54) y al siervo querido del centurión romano (Lucas 7.1–10). Pero quería que todos supieran que el Padre le dio permiso para realizar un milagro a fin de que tanto el Padre como el Hijo sean glorificados y las personas pongan su fe en Él.

Jesús trató de consolar a María y a Marta con sus palabras, y cuando llegó al lugar de la sepultura, lloró. Sabía que en pocos minutos Lázaro volvería a la vida, así que sus lágrimas no fueron por él. Lloró porque contempló el dolor y la aflicción que el pecado había traído al mundo, y tal vez porque sabía que estaba llamando a Lázaro de un lugar de perfecto gozo a un mundo lleno de desdicha. Si María y Marta hubieran entendido y creído el mensaje de nuestro Señor, habrían estado en paz y tranquilamente habrían esperado que Jesús llegara a Betania.

Jesús había prometido a los suyos: «vendre otra vez» (Juan 14.3). Pablo dice que esta es «la esperanza bienaventurada» (Tito 2.11–14). Debido a que Jesús es «la resurrección y la vida», los cristianos tienen la expectativa de verle, ser semejantes a Él, y vivir con Él para siempre. Debido a que Jesús está vivo, esta promesa es una «esperanza viva» que se fortalece cada día más en los corazones de los suyos. Sí, por siglos la iglesia ha estado esperando su retorno y ha estado vigilante, y ha habido muchas ocasiones cuando los creyentes se olvidaron de la promesa y se fueron a dormir. Pedro nos dice que eso que parece tardanza le da a la iglesia más tiempo para testificar y a los no creyentes más oportunidades para arrepentirse y ser salvados (2 Pedro 3.1–10).

Los creyentes que están vigilantes por su aparición (Mateo 25.13) estarán listos cuando Él venga, pero a los descuidados les sorprenderá sin estar preparados. Cada capítulo en 1 Tesalonicenses

termina con una referencia al retorno de Cristo y la diferencia que esta «esperanza bienaventurada» debería determinar en nuestras vidas:

- Abandonamos los ídolos y servimos al Señor (1.9–10).
- Amamos a los santos y nos regocijamos con ellos (2.17–20).
- Tratamos de cultivar vidas irreprochables (3.13).
- Nos afligimos pero no sin esperanza (4.13–18).
- Nos esforzamos por la santidad práctica (5.23–24).

Recuerdo haber oído a un rector de una universidad bíblica contar acerca de un joven que tenía talento para la evangelización, que era también buen estudiante e invertía sus fines de semana predicando el evangelio en iglesias cercanas al plantel. Había cultivado una reputación que glorificaba al Señor, pero entonces algo pasó. Empezó a predicar menos, su trabajo en sus estudios se redujo y sus calificaciones empezaron a declinar. El rector lo llamó, esperando determinar la causa de esos cambios, y el muchacho finalmente confesó. Se había comprometido con una maravillosa muchacha cristiana y en su corazón había empezado a esperar que Jesús demorara su retorno. Quería casarse, y disfrutar al viajar y ministrar junto con su amada. Una vez que el asunto quedó resuelto entre él y su Señor, su gozo volvió, su trabajo en clases mejoró, y el poder volvió a su ministerio.

Una amiga querida, ya en el cielo, a menudo nos llamaba por teléfono a mi esposa y a mí para conversar y hacernos peticiones de oración, y siempre terminaba la conversación con: «¡Manténganse mirando hacia arriba! ¡Puede ser hoy!» Cuando la «esperanza viva» se vuelve una doctrina muerta en el credo, nuestro trabajo y nuestro testimonio para el Señor gradualmente pierde su gozo y su poder. Por favor, no trate de demostrar que me equivoco; ¡le costará demasiado! La última promesa en la Biblia es: «Ciertamente vengo en breve»; y la última oración es: «Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22.20).

El apóstol Pablo llamó a la muerte «el postrer enemigo» (1 Corintios 15.26), por lo que es un enemigo cuando ataca a los que no tienen fe en Cristo. Para el creyente, la muerte es dormir (1 Tesalonicenses 4.14; Juan 11.11), pero tenga presente que eso se aplica al cuerpo, y no al alma ni al espíritu. Pablo usó la palabra *partir* (Filipenses 1.23; 2 Timoteo 4.6), que en el griego es una rica metáfora. Para los soldados significaba desarmar la carpa y marchar (2 Corintios 5.1–8), y para los marineros significaba soltar las amarras y hacerse a la mar. Los agricultores la usaban para describir la acción de quitarles la yunta a los bueyes, y nosotros nos regocijamos porque los muertos en Cristo descansan de sus trabajos (Apocalipsis 14.13). Pedro usó la palabra *éxodo* («partida» en la mayoría de las traducciones al español) para describir su muerte, que se acercaba (2 Pedro 1.15); y Lucas 9.31 la emplea para describir la muerte de nuestro Señor en la cruz. Jesús comparó su propia muerte con el hecho de plantar una semilla que produce fruto (Juan 12.20–28), y Pablo usa la misma imagen en 1 Corintios 15.35–49. El Salmo 23 describe la muerte del creyente como atravesando con seguridad un valle, entrando en la casa del Padre, y viviendo con Él para siempre.

A pesar de los relatos que leemos acerca de experiencias próximas a la muerte de los no salvados viendo una luz brillante y perdiendo todo temor, para la persona no salvada la muerte es el «rey de los espantos» (Job 18.14). Le recomiendo que lea todo Job 18 con interés. La resurrección de Jesucristo declara que no sólo es el Salvador sino también el Juez. «Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (Hechos 17.31).

Vivimos en un mundo que niega la realidad de la muerte. Las personas no mueren; «fallecen», o tal vez «pasan a mejor vida» o «se van». No se les sepulta, sino que «se les entrega al descanso» o «se les entierra». Pero un cambio en el vocabulario no altera la realidad: ¡las personas mueren! Hebreos 9.27 nos dice que «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el

juicio». Pero el que conf«a en Jesucristo «tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5.24). ¡Resurrección!

Los cristianos que poseen la «esperanza viva» disfrutarán de «una vida de esperanza», y esta esperanza les dará la fe y fortaleza que necesitan para librar las batallas, llevar las cargas y mantenerse avanzando cuando la vida sea dura. Incluso más, la esperanza los motiva para animar a otros y ayudarles a llevar sus cargas. Por difícil que pueda ser la vida, saben que Jesús ha conquistado al postrer enemigo, la muerte (Hebreos 2.9–15), y que esta no tiene dominio sobre ellos (1 Corintios 15.50–58). Mi amigo Joe Bayly, ya en el cielo, escribió: «La muerte es la gran aventura, junto a la cual los aterrizajes en la luna y los viajes espaciales palidecen como insignificantes».

Esto se debe a que Jesucristo es «la resurrección y la vida» para los suyos. No tengamos la «mentalidad de Marta» como para ver la resurrección solo como una doctrina del credo, o un evento futuro en el calendario de Dios, porque el poder de la resurrección de Cristo es nuestro para que lo disfrutemos hoy, puesto que en Jesucristo «vivimos una vida nueva» (Romanos 6.4).

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA
VIDA

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

—**Juan 14.6**

Escogí el camino de la verdad;
He puesto tus juicios delante de mí.

—**Salmo 119.30**

Hay camino que al hombre le parece derecho;
Pero su fin es camino de muerte.

—**Proverbios 14.12**

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad.

—**Juan 16.13**

El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.

—**Juan 6.63**

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.

—**Hechos 4.12**

Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos.

—**1 Timoteo 2.5–6**

Hoy . . . he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti.

La Biblia registra muchos discursos de despedida. Moisés pronunció el más largo (treinta y tres capítulos en Deuteronomio) y el de Pablo es uno de los más breves (Hechos 20.13–35). Pero de todas las despedidas, con certeza el discurso de nuestro Señor en el aposento alto es el más profundo (Juan 13–16). Uno puede leerlo y meditar en él una vez tras otra y siempre aprende algo nuevo.

Jesús pronunció ese discurso para preparar a sus discípulos para su partida, porque sería privilegio y responsabilidad de ellos continuar con su obra después de que volviera al cielo. Primero, les enseñó (Juan 13–16); luego, oró por ellos (Juan 17); y después salió y murió por ellos . . . y por nosotros. En Pentecostés, el Espíritu Santo descendió para dar poder a los creyentes (Hechos 2), y el ministerio de Pedro ese día resultó en que tres mil personas creyeron en Cristo.

Tal vez la palabra más importante en el discurso del aposento alto sea *Padre*, usada cincuenta y tres veces. (Más de cien veces solo en Juan.) Jesús le dijo a su Padre: «He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste» (Juan 17.6), y el nombre al que se refería probablemente era «Padre». En el Antiguo Testamento no se halla muy a menudo que se refieran a Dios como «Padre».¹

Debido a que Jesús es el camino, la verdad y la vida, puede ministrar a los corazones de las personas.

Corazones perturbados

Las palabras *turbarse* (Juan 14.1, 27) y *tristeza* (16.6, 20–22) indican que la atmósfera en el aposento alto era seria y sombría. En tanto que los discípulos no entendían plenamente todo lo que estaba transpirando esa noche, sabían lo suficiente como para preocuparse; y estaban perturbados por varias razones. Para empezar, se afligían porque su Maestro iba a dejarlos y ellos no se sentían aptos para la tarea que les esperaba. Incluso más, Jesús había anunciado que un traidor estaba sentado a la mesa, por lo que se preguntaban quién era. ¡Pero todos quedaron aturridos cuando Jesús dijo que Pedro le negaría tres veces! Lo veían como su líder y, si un hombre intrépido e importante como él, le iba a fallar a su Señor, ¿qué no haría el resto de ellos?

Tenemos las mismas fuentes de aflicción en nuestras vidas. A veces podemos sentir que nuestro Señor nos ha abandonado, o tal vez nos ha dado un trabajo que está más allá de nuestras capacidades. O tal vez un amigo o un colega nos ha traicionado, o alguien a quien admiramos ha caído y fracasado. Esas experiencias duelen y más cuando somos nosotros los que hemos fallado.

Nuestro Señor reconfortó los corazones de sus discípulos hablándoles del Padre. Jesús les había dicho que había venido para glorificar al Padre (Juan 8.49), y esa noche les dijo que el Espíritu Santo glorificaría al Hijo conforme ellos le sirvieran (16.14). Los hijos saben que el padre y la madre están para animarlos y ayudarlos, por eso llaman a sus padres siempre que surgen problemas. De manera similar, nuestro Padre celestial se interesa por nosotros. Cuando Felipe le pidió a Jesús que les mostrara al Padre, el Señor repuso: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (14.9).

Eso nos ayuda a entender mejor la declaración familiar de Juan 14.6. Jesús es el camino que lleva a los creyentes a la *casa* del Padre. Jesús es la verdad y revela el *corazón* del Padre. Jesús es la vida y nos trae al Padre a fin de que nosotros podamos tener su *ayuda*. Empezamos el peregrinaje a la casa del Padre al confiar en que Jesús es el camino. Continuamos nuestra jornada aprendiendo más verdad de Jesús y del Padre (2 Pedro 3.18). Disfrutamos tanto del camino como de la verdad porque participamos de la vida de Jesús y obedecemos su voluntad. «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él», dijo Jesús (Juan 14.23). Carlos Spurgeon, predicador británico, dijo: «Una fe pequeña llevará tu alma al cielo; una gran fe traerá el

cielo a tu alma».

Jesús es el camino, el *único* camino, al cielo, nuestro hogar final. Pese a las circunstancias que estemos atravesando, el hecho de saber que estamos destinados a la casa del Padre es suficiente para animarnos a seguir avanzando. Siempre que en nuestro ministerio itinerante mi esposa y yo dejábamos una iglesia o conferencia después de la reunión final, siempre disfrutábamos de un gozo reposado, sabiendo que estábamos volviendo a casa. Tal vez nuestro avión se atrasaba, o el clima hacía peligroso el viaje por carretera, pero daba lo mismo porque estábamos volviendo a casa. James M. Gray, que fue presidente del Instituto Bíblico Moody, compuso un canto con este tema clave: «¿A quién le importa la jornada cuando el camino lleva a casa?» En la iglesia primitiva, a la verdad de la vida en Jesús a menudo se le llamaba «el camino» (Hechos 16.17; 18.25–26; 19.9, 23; 22.4; 24.14, 22; 2 Pedro 2.21).

El cielo era real para Jesús, Juan recalca este hecho en su evangelio. El Padre envió a Jesús del cielo, enunciado que se da treinta y ocho veces en el Evangelio de Juan. Siete veces en Juan 6, Jesús dijo que «había descendido del cielo». Para Él, el cielo era un lugar real y no un estado mental, como algunos quieren que creamos. Por eso llamó al cielo «la casa de mi Padre» (14.2; véase también Salmo 23.6), lo que quiere decir que es un hogar de amor para la familia de Dios.

Es triste que muchos de los que son de Dios piensen en el cielo solo cuando alguien se muere. Nuestra certeza del cielo debería ser una motivación poderosa cada día. Abraham y los otros patriarcas le dieron la espalda a las ciudades de la tierra y se concentraron en la ciudad celestial, eso les ayudó a seguir avanzando (Hebreos 11.8–10, 13–16). El rey David recibió estímulo, sabiendo que encontraría al Señor en el cielo (Salmo 17.15; 23.6), y el gozo puesto delante de Él ayudó a Jesús a soportar la cruz (Hebreos 12.1–2; véase también Judas 24). La seducción de la tentación y las cargas del dolor y la tristeza se disminuyen y a menudo se eliminan cuando permitimos que la expectativa del cielo se apodere de nuestra mente y corazón, sabiendo que Jesús es el camino.

Si escogemos el camino errado, no nos acercaremos al Padre, lo cual significa perder la bendición que Él quiere darnos. «Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche» (Salmo 1.1–2). *Si queremos la bendición plena de Dios, no debemos separar el camino de la Palabra.* «Andar en consejo de malos» resulta en derrota, pero «andar en consejo del Espíritu» resulta en victoria y bendición.

Jesús es la verdad, y su Palabra es verdad (Juan 17.17), podemos hallarlo en las páginas de las Escrituras y recibir consuelo y fortaleza para la jornada. El creyente que madura dedica tiempo a diario para leer la Palabra y meditar en sus verdades, de esa manera se acerca al corazón del Padre y es fortalecido. Recuerdo muchas veces en mi propio ministerio cuando me sentía como que alguien me hubiera pintado un blanco en la espalda y la gente me estuviera disparando flechas; pero entonces abría mi Biblia y le pedía al Espíritu que me diera la verdad que necesitaba, y nunca dejó de suplir mi necesidad. Las palabras del himno de Mary A. Lathbury «Parte tú el Pan de vida» describen exactamente mi experiencia: «Más allá de la página sagrada/ Te busco, Señor / Mi espíritu te anhela, oh Verbo vivo».

Cuando uno lee las cartas y sermones de Pablo en Hechos, halla que con frecuencia hace alusión a las Escrituras y las cita porque era un hombre saturado de la Palabra de Dios. Pienso que ese fue uno de los secretos de su perseverancia en aquellas tantas ocasiones de estrés y peligro que atravesó. A los creyentes en Roma les escribió: «Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza» (Romanos 15.4). La Palabra creída y recibida provee enseñanza que da estímulo, perseverancia y esperanza.

El escritor del Salmo 119 conocía la bendición de recibir estímulo en las Escrituras: «Desfallece

mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra. Desfallecieron mis ojos por tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás? Porque estoy como el odre al humo; pero no he olvidado tus estatutos» (vv. 81-83). ¿Cómo se siente uno cuando piensa que es un «odre al humo»? A los viejos odres se les colgaba de las vigas del techo en cuartos vacíos, y el fuego y el humo hacían que se secaran, se resquebrajaran y se ensuciaran. La gente los ignoraba y probablemente nunca los volvía a usar. Así que el salmista se sentía abandonado, inútil, feo y barato. ¿A quién le importa? ¿Quién me quiere? ¡No sirvo para nada!

Fue un día maravilloso en mi vida cuando aprendí que podía encontrar a Jesús en el Antiguo Testamento tanto como en el Nuevo. Al rastrear las referencias cruzadas de los libros del Nuevo Testamento hasta las citas del Antiguo, y viceversa, encontré a mi Salvador en una página tras otra, y ¡qué bendición fue! Él tuvo comunión con Abraham y le aconsejó (Génesis 18). Se encontró con Josué antes de la batalla de Jericó (Josué 5.13–15). Él nos muestra su amor cuando leemos del amor de Booz y Rut, y muestra su interés por nosotros por su presencia en el horno ardiendo con los tres amigos de Daniel (Daniel 3). Isaías le vio en su trono de gloria (Isaías 6) así como también en la cruz (cap. 53), y David le honró como el Hijo exaltado (Salmo 2) y como el Pastor amante (Salmo 23).

Jesús es el camino a la casa del Padre y la verdad en cuanto al corazón del Padre; pero también es quien nos trae la ayuda del Padre al morar en nosotros y darnos su vida. *La voluntad de Dios nunca nos conducirá al lugar en donde la gracia y el poder de Dios no puedan ayudarnos y sacarnos adelante.* La verdad y la vida van juntas, porque la verdad nos fue dada para ayudarnos a disfrutar de vida y poder en el Espíritu. «Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes» (1 Tesalonicenses 2.13).

¡Cuánto nos enseña este versículo respecto a la Biblia! La Palabra de Dios es un don que hemos recibido de Él, por lo que debemos aceptarla y agradecerle. Los cristianos que no están agradecidos por la Biblia no pasan mucho tiempo con ella. Debemos recordar que es la Palabra *de Dios*, lo que quiere decir que está viva y es poderosa (Hebreos 4.12). Conforme creemos en la Palabra y la obedecemos, el poder de Dios obra en nosotros y por medio de nosotros y realiza los propósitos de Dios. Dios no nos dio su Palabra para que podamos explicársela a otros sino para que podamos disfrutarla nosotros mismos y ponerla en práctica a fin de que otros vean al Señor. La Palabra debe encarnarse en nuestras propias vidas (Juan 1.14) conforme la recibimos y servimos al Señor. «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos» (Santiago 1.22).

El cristianismo no es un credo, una organización ni un sistema religioso. Es la vida de Dios en los seres humanos, haciéndonos más semejantes a Jesucristo. «Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1 Juan 5.11–12). La verdad clave es la *encarnación*: «vive Cristo en mí» (Gálatas 2.20). El Hijo de Dios, el Verbo de Dios, la gracia de Dios y el Espíritu de Dios no simplemente nos animan; *¡nos capacitan!* «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo», escribió Pablo (1 Corintios 15.10).

Algunos llaman a esto «la vida más profunda», otros «la vida más elevada», «la vida cristiana victoriosa», o «la vida transformada». Sea cualquiera el nombre que se le dé, es simplemente la vida de Dios obrando en y por medio de nosotros conforme seguimos a Jesús el camino, creemos en Jesús la verdad y nos rendimos a Jesús la vida. Es creer que Efesios 3.20–21 quiere decir lo que afirma y ponerlo en práctica: «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea

gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos».

Unámonos a Pablo para decir: «¡Amén!» ¡Que así sea en nuestras vidas!

Corazones fructíferos

Los apóstoles en efecto hicieron bien su trabajo e iniciaron iglesias en Jerusalén, Judea, Samaria y el mundo gentil (Hechos 1—10). A pesar de las herejías internas y las persecuciones externas, el pueblo de Dios continuó proclamando el evangelio y muchos de nuestros antepasados fueron fieles, por eso todavía hay una iglesia cristiana en el mundo. El enemigo no ha vencido y el Señor continúa edificando su iglesia.

Pero, ¿qué clase de iglesia es esa? En la mayor parte del mundo occidental, por cierto no es el compañerismo dinámico que se describe en el libro de Hechos. En Jerusalén, los creyentes estaban juntos, fraternalmente unidos (Hechos 2.44), en tanto que hoy estamos divididos y compitiendo. Las vidas que los primeros cristianos llevaban y las buenas obras que realizaban atraían la atención, por eso la gente oía el evangelio y confiaba en el Salvador a diario. Los primeros creyentes no tenían ninguno de nuestros medios modernos o métodos promocionales de los que nos jactamos hoy, pero el evangelio se extendió y las iglesias crecieron.

Glorificamos a Dios al revelar a Jesús en nuestro andar, palabras y obras ante un mundo que observa. Pero si eso es lo que significa ser cristiano, entonces algo ha salido mal en algún punto. La mayoría de nuestra «actividad cristiana» ocurre en un edificio (al que también llamamos «iglesia»), pero no siempre vemos mucha evidencia del Señor en el hogar, el lugar de trabajo o los recintos del poder. Los que compilan estadísticas nos dicen que hay poca diferencia entre la tasa de divorcio de los que profesan ser cristianos y la de los no creyentes. Todos nos abochornamos por la inmoralidad de algunos líderes religiosos, eso incluye los evangélicos, e incluso tenemos «patrañas cristianas» que le roban el dinero a la gente. La iglesia original también tenía que contender con alguna de esas cosas, pero ahora quisiéramos que los incidentes no ocurrieran tan a menudo.

Oigo a cristianos quejándose de la oscuridad moral y espiritual del mundo, pero si hubiera más luz —luz cristiana—, habría menos oscuridad. Los expertos dicen que las cosas están decayendo en nuestra sociedad, y lo creo; pero si tuviéramos más sal —sal cristiana—, habría menos descomposición. «Y el derecho se retiró, y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir» (Isaías 59.14). ¡Tenemos un terrible embotellamiento de tráfico que ni la policía ni las cortes pueden resolver! El problema está en nosotros, el pueblo de Dios, y «es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios» (1 Pedro 4.17).

Lo que necesitamos es avivamiento. Sé que *avivamiento* es una palabra antigua que tal vez no sea políticamente correcta en estos días. Ya no se usa mucho entre los cristianos, a menos que signifique «una campaña anual de evangelización». Por «avivamiento», quiero decir «nueva vida, vida renovada» en el pueblo de Dios. No todo lo que nosotros llamamos «bendición» viene del Señor; demasiado a menudo es solamente resultado del esfuerzo del talento humano y no del Espíritu de Dios; y la gente recibe la alabanza, pero Dios no recibe la gloria. En la iglesia primera, «sobrevino temor» sobre las personas (Hechos 2.43), pero ahora nos conformamos con asuntos trillados por la costumbre.

Una verdadera bendición de Dios es algo que este da, dice o hace que le glorifique a Él y que suple nuestras necesidades, *¡y uno no siempre puede explicarlo!* El dinero que se necesita llega inesperadamente en el momento preciso. A la persona que uno desesperadamente necesita ver la halla sentada a la mesa en un restaurante a donde uno va a tomar un café. El viejo libro que uno ha estado buscando se asoma en el estante de un almacén que uno no planeaba visitar. A eso uno puede llamar «milagros menores», pero pueden ser serios cuando se trata de honrar al Señor; lo sé, porque todo eso me ha sucedido a mí. Bob Cook solía recordarnos en nuestro ministerio Juventud para Cristo: «Si

puedes explicar lo que está pasando, Dios no lo hizo».

Volvamos a Juan 14.6 y a nuestra desesperada necesidad de vida fresca del cielo; lo que mi amigo pastor Jim Cymbala llama: «Viento fresco, fuego fresco».

Una de las recetas de Dios para el avivamiento está en el Salmo 1.1–3. Describe a la clase de persona que Dios bendice y usa, descripción que es paralela a las palabras de nuestro Señor en Juan 14.6.

Jesús es el camino.

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado;

Jesús es la verdad.

Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.

Jesús es la vida.

Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas,
Que da su fruto en su tiempo,
Y su hoja no cae;
Y todo lo que hace, prosperará.

A fin de recibir la bendición de Dios, debemos ser personas obedientes, la clase de personas que Él *puede* bendecir. «Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad» (Salmo 84.11). Debemos separarnos del mundo; lo que Juan describe como «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida» (1 Juan 2.16); y en lugar de eso andar con el Señor y con su pueblo. Pero si los pecadores, los perversos y los que se burlan de las cosas de Dios influyen en nuestros corazones y mentes, entonces estamos perdiéndonos la bendición de Dios. Si andamos en las sombras o en la oscuridad y no en la luz, y mentimos al respecto, el Señor no puede bendecirnos (vv. 5–10). Dios no escucha nuestras oraciones si albergamos pecado en nuestros corazones y *no hacemos nada al respecto*. «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado» (Salmo 66.18).

Un pastor amigo me llamó por teléfono un día y me dijo: «Ora por nosotros el próximo domingo por la tarde. La iglesia ha convocado una asamblea solemne de confesión y oración. Algo anda mal, y solo el Señor puede descubrirlo y limpiarlo». Junto con cientos de otras personas, en efecto oramos por esa iglesia, y oímos más tarde que el Señor envió la bendición que estaban buscando.

Una vez oí a un predicador decir: «Hace años solíamos oír sermones en cuanto a separarnos del mundo, pero ya no predicamos eso. Hemos madurado mucho y ya nos necesitamos esas cosas». Quise decirle después del culto: «Eso que usted llamó “esas cosas” es lo que ayudó a hacer de la iglesia cristiana lo que es, una iglesia que produce santos y ganadores de almas». La Palabra de Dios todavía dice: «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?» (Léase 2 Corintios 6.14–18.) Le guste a la gente o no, la Biblia claramente nos advierte los peligros de hacer acomodados con el mundo. «¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Santiago 4.4).

Ser amigo del mundo lleva a «contaminarse con el mundo» (véase 1.27), y antes de que pase mucho tiempo empezaremos a «amar el mundo» (1 Juan 2.15–17). Esta deriva a la larga nos hará «conformarnos a este siglo» (Romanos 12.1–2). Si no nos arrepentimos y buscamos el perdón de Dios, seremos «castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo» (1 Corintios 11.32).

Si necesita confirmación de esta secuencia, repase la vida de Lot. Como sobrino de Abraham, tuvo la maravillosa oportunidad de aprender en cuanto al Señor y participar de las bendiciones del pacto, pero escogió colocar sus carpas cerca de Sodoma (Génesis 13.10–13), y luego se mudó a Sodoma (14.1–16). Abraham lo rescató una vez, pero Lot volvió directamente a Sodoma (19.1). Cuando el Señor iba a destruir esa ciudad, envió a dos ángeles para que rescataran a Lot y su familia, pero ellos tuvieron que tomarle a él, a su esposa y a las dos hijas por la mano y sacarlos a la seguridad (cap. 19). *¡Lot lo perdió todo cuando Dios destruyó Sodoma!* Pablo llama a eso el ser salvado «aunque así como por fuego» (1 Corintios 3.15).

Una filosofía actual insiste en que la iglesia debe llegar a ser más parecida al mundo a fin de atraer al mundo a la iglesia, pero esa creencia no brota de las Escrituras. Para empezar, los primeros creyentes no tenían templos a los cuales atraer a las personas, porque la orden era ir a donde estaban las personas y testificarles de Jesús. Pero mientras menos nos parezcamos al mundo, ¡más lo atraeremos! Cuando uno es diferente, atrae a las personas; cuando es estafalario, las repele; cuando uno es una imitación barata, invita a la mofa. Cuando los no salvados entran en contacto con los cristianos, esperan que estos sean diferentes. Cuando los no salvados visitan una iglesia, esperan que el culto se concentre en Dios, y no quieren sentirse como si estuvieran en un club nocturno religioso.

Eso nos conduce a otro elemento esencial de la bendición de Dios: deleitarse constantemente en la Palabra de Dios, porque Jesús es la verdad. Aquellos a quienes Dios bendice no simplemente leen la Biblia; meditan en ella y disfrutan de ella. La Palabra de Dios es semilla (Lucas 9.11), y cuando es plantada en el corazón y se la cultiva —allí es donde entra la meditación— echa raíz, crece y da fruto. Los creyentes que ignoran la Palabra o le dan atención mínima son incapaces de dar fruto y, por consiguiente, no son gran bendición a otros.

Un santo que estaba totalmente rendido a la Palabra de Dios escribió el Salmo 119, y casi cada versículo del Salmo menciona la Palabra de Dios. Una vez lo leí todo y lentamente, y compilé una lista de las imágenes que el escritor usa para decirnos cuánto significaba para él la verdad de Dios. Descubrí que prefería la Palabra de Dios más que la comida (v. 103),² la salud (vv. 14, 72, 127, 162), el sueño (vv. 55, 62, 147–148, 164), ¡e incluso los amigos! (vv. 51, 95, 115). Por favor, lea esos versículos, medite en ellos y pregúntese: «¿Amo yo así la Palabra de Dios?»

Es por aquello en lo que nos deleitamos que estaremos dispuestos a sacrificar algo con tal de disfrutarlo. Si nos deleitamos en la Palabra de Dios, con gusto sacrificaremos el sueño para estar despiertos cada mañana, como lo hacía David (Salmo 57.8; 108.2) y Jesús (Isaías 50.4; Marcos 1.35). Con gusto invertiremos dinero en herramientas para el estudio bíblico, y si nuestro testimonio y obediencia a la verdad de Dios nos cuestan algunos amigos, oraremos por ellos y confiaremos en que Dios nos dará otros (Salmo 119.63, 64, 79). La manera en que tratamos la Biblia es la misma en que tratamos a Jesús, porque Él es el Verbo viviente y el tema de la Palabra escrita.

Jesús es la vida, y permanecer en Él nos da la gracia y el poder que necesitamos para servir y obedecer. La imagen aquí es la de un árbol fructífero, cuadro significativo del creyente fiel a Jesucristo. En el mundo actual, la imagen ideal de muchos creyentes pudiera ser la de las matas secas que el viento hace rodar, «llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» (Efesios 4.14).

Un árbol sano tiene buenas raíces, es estable, hermoso, fructífero y útil. Las raíces llegan hasta las fuentes de aguas que el Señor provee, y los creyentes están «arraigados y cimentados en amor»

(Efesios 3.17) así como también «arraigados y sobreedificados en él [Cristo]» (Colosenses 2.7), absorbiendo las aguas del Espíritu Santo (Juan 7.37–38). El sistema vital de las raíces lleva nutrición al tronco y a las ramas, eso sostiene al árbol y le da firmeza al crecer. Las hojas transforman la luz del sol en un tejido vivo de la planta, y a su debido tiempo, aparece el fruto.

La parte más importante del árbol es el sistema de las raíces, la parte que nadie ve; y la más importante de la vida del creyente es el «sistema de sus raíces», la parte que solo Dios ve. «Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público» (Mateo 6.6). No envidio a ningún hijo de Dios que esté demasiado ocupado como para dedicar tiempo para ser santo, en una vigilia sea por la mañana o por la noche.

El árbol no se sirve a sí mismo sino que vive para otros, esa es la actitud que cada cristiano debe tener hacia la vida. Los árboles no comen su propio fruto sino que nos lo ofrecen. (Ampliaré el mensaje de la fructificación más adelante.) Los árboles están en el sol y libremente proveen sombra refrescante al viajero. En el otoño, sus hojas ayudan a nutrir el suelo, y todo el año sus raíces ayudan a sustentarlo. El árbol es saludable, y sus hojas no se secan ni mueren cuando debería estar floreciendo. Durante mis años de ministerio pastoral he tenido la triste experiencia de ver a algunos de los «árboles» de Dios secarse lentamente, a pesar de todo lo que la congregación y yo hicimos para tratar de restaurar su vida espiritual. Entonces vinieron las tormentas y cayeron.

La frase «todo lo que hace prosperará» se refiere a las bendiciones que Dios envía a aquellos cuyas vidas Él puede bendecir. Es paralelo a Deuteronomio 29.9: «Guardaréis, pues, las palabras de este pacto, y las pondréis por obra, para que prosperéis en todo lo que hiciereis». José fue santo y prosperó (Génesis 39.2), como también Josué (1.8) y Daniel (6.28). Isaías usó una imagen similar: «Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan» (58.11). He notado en mi larga vida que algunos cristianos pueden tomar un ministerio moribundo y convertir el desierto en un huerto, en tanto que otros creyentes convertirán un huerto en desierto; y la diferencia no se debe necesariamente a talento o educación. La diferencia es la bendición de Dios sobre una vida que puede ser bendecida.

Corazones rebeldes

Juan escribió su evangelio para declarar y defender el hecho de que Jesucristo es el Hijo de Dios, el único Salvador del mundo e invitar a sus lectores a poner su fe en Él (Juan 20.30–31). Al leer el Evangelio de Juan, uno presencia la creciente incredulidad y hostilidad de los dirigentes judíos y la creciente fe y el amor de los discípulos. Tres crisis aparecen en el libro, y se reflejan en Juan 14.6.

La primera crisis se anota en Juan 6.60–66, después de la alimentación de los cinco mil: «Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él» (v. 66). *¡Jesús es el camino pero ellos no quieren andar con él!* Dijeron que andaban con Abraham e incluso se jactaban de que este era su padre (Juan 8.39). Afirmaban ser seguidores de Moisés pero rechazaban a Aquel de quien Moisés escribió (5.45–46; 9.28–29). Sus corazones incrédulos estaban llenos de rebelión contra el Señor.

En el estanque de Betesda, en Jerusalén, Jesús sanó a un hombre que había estado enfermo por treinta y ocho años, y lo hizo en el Sabbat (Juan 5). Los dirigentes judíos empezaron a perseguir a Jesús y discutieron con Él porque había quebrantado sus tradiciones del Sabbat. Estaban tan encadenados a la tradición humana que estaban ciegos a la verdad de Dios. Eran como algunos que vemos hoy que pueden hablar solo de su iglesia, denominación o de sus antepasados religiosos pero que no saben nada de la Palabra de Dios.

Un día los escribas y fariseos criticaron a Jesús y a sus discípulos por no practicar el lavamiento

ceremonial antes de comer, Jesús les respondió citando Isaías 29.13: «Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres» (Marcos 7.6–7). La tradición debe tener un lugar en nuestras vidas, pero la tradición humana nunca debe tomar el lugar de la verdad de Dios. Esas escaramuzas entre Jesús y los dirigentes religiosos se hicieron cada vez más severas hasta que ellos empezaron a complotar cómo matarlo (Juan 7.1).

La segunda crisis se registra en Juan 12.37–38: «Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?» En sus mensajes y milagros («el brazo del Señor»), Jesús demostró quién era y lo que tenía que ofrecerles, sin embargo ellos no querían creer. Nótese la secuencia aterradora: «no creían en él» (vv. 37-38), «no podían creer» (v. 39), que resultó en que «no creyeron» (véase v. 46). El endurecimiento persistente del corazón resulta en que los ojos se ciegan y se paraliza la voluntad. Jesús les advirtió: «Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas» (v. 35), pero ellos se negaron a escuchar. Jesús es la verdad y predicaba la verdad, *¡pero ellos no querían creer en Él!*

La tercera y final crisis aparece en Juan 18—19. Aunque Jesús es la vida, *¡le crucificaron!* «¡He aquí vuestro Rey!», le dijo Pilato a la chusma judía; «Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! . . . No tenemos más rey que César» (Juan 19.14–16).

Hubo tres «rechazos» en la historia de Israel que debemos considerar: (1) cuando Israel le pidió a Samuel que les diera un rey, rechazaron a Dios Padre (1 Samuel 8); (2) cuando crucificaron a Jesús, rechazaron a Dios Hijo; y (3) cuando apedrearon a Esteban, rechazaron a Dios Espíritu Santo (Hechos 7.51–60). Esos tres rechazos agotaron la paciencia de toda la Deidad. En la cruz Jesús oró por perdón para Israel (Lucas 23.34), y Dios le dio a la nación casi cuarenta años de respiro; pero entonces llegó el castigo y Jerusalén fue destruida.

Oseas nos dice las consecuencias: «Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines» (Oseas 3.4). En otras palabras, debido a que no hay rey en Israel, las naciones están en tumulto; y no habrá tal rey hasta que Jesús vuelva para reinar. *¡Vivimos hoy en el libro de los Jueces!* «En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jueces 17.6; véanse también 18.1; 19.1; 21.25). En los días de los jueces Dios levantó dirigentes efectivos aquí y allá y les dio algunas victorias, pero Israel no estaba unido para servir al Señor y obedecer su voluntad.

Cuando el Mesías de Israel vuelva y ellos le vean y confíen en Él, se lamentarán y se arrepentirán, y una fuente se abrirá para limpiarlos de sus pecados (Zacarías 13.1). «Y Jehová será rey sobre toda la tierra» (14.9). Mientras más se oponen los líderes de las naciones entre sí y rechazan a Cristo, menos paz habrá en este mundo. Cuando el Príncipe de paz se siente en el trono, habrá paz en la tierra.

«Pedid por la paz de Jerusalén» (Salmo 122.6).

Corazones arrepentidos³

La parábola del hijo pródigo que dijo nuestro Señor (Lucas 15.11–32) describe la condición espiritual de todos los que han dado la espalda a Dios y están desperdiciando sus vidas complaciéndose a sí mismos. Lucas 15.24 nos dice que el muchacho estaba perdido y muerto, y el versículo 17 revela que era ignorante, porque tuvo que «volver en sí». Fue esta ignorancia de sí mismo y de lo que la vida real era lo que le hizo hacer cosas tan insensatas.

Sentado con los puercos hizo un inventario y se dio cuenta de que la casa de su padre era el mejor lugar para vivir, después de todo, y que su padre era un hombre bondadoso y generoso. «Y

levantándose, vino a su padre» (Lucas 15.20).

Jesús dijo: «Nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6). Toda deficiencia espiritual que los pecadores tengan es satisfecha y superada cuando vienen al Padre por fe en Jesucristo.

Los pecadores están perdidos, pero Jesús es el camino a la casa del Padre.

Los pecadores son ignorantes, pero Jesús es la verdad en cuanto al Padre.

Los pecadores están espiritualmente muertos, pero Jesús es la vida y la da a los que se arrepienten y confían en Él.

El muchacho sabía que su vida era un desastre y que todo era culpa suya, pero no fue eso lo que le motivó a volver a casa. «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!» (Lucas 15.17). No fue la maldad del pecador sino la bondad del padre lo que le atrajo a regresar a casa. Pablo pensó en eso cuando escribió que la «benignidad [de Dios] te guía al arrepentimiento» (Romanos 2.4).

Cuando llegó cerca de la casa, el padre lo vio, corrió para recibirle, le abrazó y le llevó de regreso a casa. Las manchas y la pestilencia del país distante fueron lavadas del muchacho y se le dio un vestido rico, zapatos y un anillo. El pasado quedó olvidado y perdonado, y él tuvo un nuevo comienzo.

Y también pueden tenerlo los pecadores hoy.

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.

—Juan 15.1–8

Hiciste venir una vid de Egipto;
 Echaste las naciones, y la plantaste.
 Limpiaste sitio delante de ella,
 E hiciste arraigar sus raíces, y llenó la tierra.
 Los montes fueron cubiertos de su sombra,
 Y con sus sarmientos los cedros de Dios.
 Extendió sus vástagos hasta el mar,
 Y hasta el río sus renuevos.
 ¿Por qué aportillaste sus vallados,
 Y la vendimian todos los que pasan por el camino?
 La destroza el puerco montés,
 Y la bestia del campo la devora.
 Quemada a fuego está, asolada;
 Perezcan por la reprensión de tu rostro.

—Salmo 80.8–13, 16

Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres . . . Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor.

—Isaías 5.1–2, 7

Juan 15.1–8 contiene el séptimo y último de los enunciados YO SOY que registra el Evangelio de Juan. Los primeros cuatro fueron dichos públicamente a las multitudes, el quinto privadamente a Marta, y los últimos dos en privado a sus discípulos en el discurso del aposento alto. Usando la metáfora de la vid, Jesús explicó cómo podían servirle en su ausencia y dar fruto para su gloria. Tal como un buzo de aguas profundas sobrevive bajo el agua al respirar oxígeno que se le envía desde arriba, igualmente el pueblo de Dios crece y le sirve en la tierra debido a que tiene una conexión viva con Jesucristo en el cielo y permanece en Él.

Jesús dijo claramente que aparte de Él, ellos no podían hacer nada (Juan 15.5). Por favor, note que no dijo que ellos encontrarían tropiezos o estarían en desventaja, sino que eran desvalidos, incapaces de servirle efectivamente para nada. Lo que pudiera parecer servicio espiritual sería solo «madera,

heno, hojarasca» (1 Corintios 3.12), por lo que será quemado en el trono del tribunal de Cristo. «Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén» (Romanos 11.36). Si nuestro trabajo no empieza en Cristo, continúa siendo sostenido por Cristo, y acaba en Cristo para su gloria, no durará.

En los días del Nuevo Testamento, los judíos eran un pueblo básicamente agrícola y estaban familiarizados con el cultivo de viñedos y la elaboración de vino. Debido a que el agua era un recurso precioso en el Cercano Oriente antiguo, el vino era una necesidad y no un lujo. Los profetas a menudo usaron el concepto de las vasijas rebosando de vino como descripción de la bendición de Dios (Joel 3.18; Amós 9.13; Eclesiastés 9.7) y la escasez de vino como evidencia del castigo divino (Deuteronomio 28.39, 51; Joel 1.10). Los profetas también usaron el lagar como símbolo del castigo (Lamentaciones 1.15; Joel 3.11–13).

En las Escrituras, la vid puede simbolizar no solo a Jesucristo, sino también a la nación de Israel (Salmo 80.9–16; Isaías 5; 27; Jeremías 2.21; 12.10–11; Ezequiel 15; 17; 19.10–14; Oseas 10.1–2), y a la civilización gentil apóstata en la tierra antes de que Jesús regrese, «la viña de la tierra» (Apocalipsis 14.14–20). En el libro de Apocalipsis a los seguidores del Anticristo se les llama «los que moran sobre la tierra» o «los moradores de la tierra» (véanse Apocalipsis 3.10; 6.10; 8.13; 11, 10, 18; 13.12, 14; 14.6). Los cristianos son ciudadanos del cielo aunque vivan y sirvan en la tierra (Filipenses 3.18–21), por lo que su afecto y atención se dirigen hacia el cielo (Colosenses 3.1–4).

Tal como Jesús es «el pan verdadero» (Juan 6. 32), así es «la vid verdadera», lo que significa que es el original del cual todos los otros panes y vides son solo copias. La declaración de Juan 15 —YO SOY— lleva toda una rica verdad espiritual, pero quiero concentrarme primordialmente en las verdades prácticas que pueden ayudarnos a llegar a ser cristianos fructíferos y siervos gozosos.

La vida verdadera viene al dar fruto para Cristo

Según Ezequiel 15, las ramas de una vid son buenas solo para dos cosas: fruto o leña, producir o arder. No se puede fabricar el fruto, porque este brota de la vida, y el fruto lleva en sí las semillas de más fruto. Como ramas de la vid, podemos tomar de la vida de Cristo y dar fruto para su gloria. Si no estamos dando fruto, no estamos cumpliendo nuestro propósito en la tierra, eso quiere decir que en realidad no estamos viviendo. Estamos desperdiciando nuestras vidas o simplemente gastándolas, en lugar de invertirlas en las cosas eternas. Los creyentes tienen vida eterna debido a que han confiado en Jesús, pero tal vez les falte la «vida a plenitud» que Él vino a darnos (véase Juan 10.10). Están vivos espiritualmente pero no saludables. *La producción de fruto es la «renta» que debemos pagar por el privilegio de vivir y servir a Dios en la tierra.* No solo que es nuestra obligación como discípulos de Jesucristo, sino también nuestra oportunidad como sus siervos para glorificarle y alcanzar a otros.

Como el árbol del Salmo 1.3, las ramas de la vid no producen fruto para alimentarse a sí mismas sino para dar de comer a otros; y es al dar de comer a otros que hallamos nuestro gozo. Jesús dijo: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra» (Juan 4.34). Hacer la voluntad de Dios no es castigo; es satisfacción y nutrición.

¿Cuál es el «fruto» que Jesús espera que demos a fin de glorificarle y disfrutar de vidas plenas? Por un lado, representa a aquellos a quienes ayudamos a conducir a Cristo y a madurar en la fe (Romanos 1.13). Crecer en la santidad personal es otro fruto que cosechamos (6.22). En Gálatas 5.22–24 Pablo llama a esto «el fruto del Espíritu»: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Dar nuestras ofrendas de manera gozosa y generosa es fruto, tal como la ofrenda que Pablo recogió de las iglesias gentiles para ayudar a los creyentes de Jerusalén (Romanos 15.25–28). Colosenses 1.10 menciona «llevando fruto en toda buena obra» (véase también Mateo 5.13–16), y Hebreos 13.15 nos informa que la alabanza y la adoración son fruto de nuestros labios

que resulta de la semilla de la Palabra que hemos plantado en nuestros corazones.

Puesto que el fruto lleva en sí mismo las semillas para más fruto, Jesús habló de que llevemos «fruto, más fruto, y mucho fruto» (véase Juan 15.2, 5). La cosecha que Dios nos da depende de los dones espirituales que nos ha dado y de nuestra fidelidad para cultivarlos y usarlos según el Señor nos brinde oportunidades de servicio. Si somos fieles para usar los pocos dones y oportunidades que tenemos, el Maestro nos recompensará con muchas más cosas (Mateo 25.21). Esto demostró ser cierto en todo siervo en las Escrituras, en especial José, Moisés, Josué, David, Daniel y Timoteo.

Dar fruto es el resultado de permanecer en Cristo

La comunión con Cristo empieza con la unión con Él. No podemos tener comunión a menos que hayamos confiado en Él, que Él sea nuestro Salvador y que estemos en Él (2 Corintios 5.17). Como ramas de la vid, todos los creyentes tienen una unión viva con su Señor, y conforme ellos cultivan la comunión con Él, les capacita para llevar fruto. Es desdichado que la palabra *resultados* entrara en el vocabulario cristiano («¿Hubo algún resultado de la reunión anoche?»), debido a que las máquinas muertas pueden producir resultados como también las personas religiosas y espiritualmente muertas. El fruto es vivo, y brota de nuestra comunión viva con Jesús y con su poder obrando en y por medio de nosotros.

Pero dar fruto requiere consagración disciplinada en tiempo y esfuerzo, así como también buen terreno, sol y lluvia, además de cultivo experto. Estamos enraizados en Cristo (Colosenses 2.7) y en amor (Efesios 3.17), así que el «terreno» es perfecto. El Padre es el agricultor; Él y el Hijo obran juntos para capacitarnos a fin de llevar fruto, tal como el Hijo y el Padre obraron juntos cuando nuestro Señor ministraba en la tierra (Juan 5.19, 36). Las ramas que no dan fruto demuestran que no tienen conexión viva con la vid y, por consiguiente, hay que cortarlas; y a las que dan fruto hay que podarlas para que produzcan más y mejor (15.1–2). Por favor, note que cuando los obreros podan las ramas fructíferas, cortan madera *viva*, no madera muerta, a fin de que la rama produzca mejores uvas. El viñador debe saber qué madera cortar, cuánto cortar y en qué ángulo hacerlo. Se requieren unos tres años para que un podador profesional quede capacitado y aprobado.

Al leer las Escrituras, note cómo el Padre tuvo que podar algunas cosas buenas de varios de sus siervos a fin de que sus ministerios fueran más fructíferos y glorificaran al Señor de una mejor manera. Abraham tuvo que dejar su ciudad y su familia e incluso ofrecer a su hijo Isaac al Señor a fin de poder llevar fruto. Jacob casi siempre tuvo que dejar a un lado sus propios planes para poder edificar la familia que nos daría la nación de Israel. Se ve este mismo proceso de amor en las vidas de José, David y Pedro, así como también en las de muchos hombres y mujeres en la historia del cristianismo que lograron mucho para la gloria de Dios.

La palabra griega *meno* se usa once veces en Juan 15, y la Reina-Valera Revisada la traduce como «permanecer». Otra versión utiliza «sigan unidos». «Permanecer» es mi primera opción. El *Greek-English Lexicon of the New Testament* [Léxico greco-inglés del Nuevo Testamento] de Arndt y Gingrich dice que *meno* significa «una comunión personal interna duradera», y para mí, eso es «permanecer». Nuestra *unión* con Cristo depende totalmente de Él, porque Él vive por siempre para interceder por nosotros (Hebreos 7.25); pero nuestra *comunión* con Él depende de nuestra relación personal fiel a Él conforme confiamos y obedecemos.

El matrimonio es una buena ilustración de lo que significa «permanecer». Cuando termina la ceremonia matrimonial, se han firmado los documentos oficiales y la pareja ha consumado el matrimonio, se ha formado una unión viva, por lo que son una carne (Génesis 2.23–24). Pero esa unión no garantiza la comunión. La comunión es algo que la pareja tiene que cultivar y mantener entre ellos. Si los flamantes esposo y esposa no oran juntos, no conversan, no hablan de sus sentimientos, esperanzas y desencantos, si no se aman el uno al otro, y con sacrificios se sirven entre

sí, su vida de casados se volverá una rutina o una guerra, y lentamente perderá su alegría. La unión es el cimiento; la comunión es el edificio sobre el cimiento, y eso exige afecto, atención, sacrificio y servicio mutuos.

El hecho de que estoy en unión con Jesucristo y que soy un miembro de su cuerpo debe motivarme para querer tener comunión con Él y disfrutar de esa comunión mediante la adoración, la oración, la meditación en la Palabra y el servicio. «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer», les dijo Jesús a sus discípulos (Juan 15. 15). La palabra que se traduce como «amigo» quiere decir «amigo de la corte, amigo del rey». ¡Qué posición tan privilegiada!

¿Nos reunimos diariamente con el Señor y tenemos comunión con Él? Durante el día, ¿le agradecemos por su ayuda y bendición? ¿Confiamos en Él para que nos ayude en nuestro trabajo? ¿Confesamos de inmediato nuestros pecados y mantenemos saludable la relación personal? ¿Incluimos a Jesús en las decisiones que tomamos y en las relaciones personales y las tareas que nos confrontan? Esto es lo que significa tener comunión con Cristo, permanecer en Él.

¿Cuáles son algunas de las evidencias de que estamos permaneciendo en Cristo? El hecho de que estamos dando fruto es una de ellas. Aunque no siempre sabemos el alcance de la cosecha, vemos que nuestro fruto dura. El predicador escocés George Morrison escribió: «El Señor rara vez permite que sus siervos vean todo el bien que están haciendo». Otra evidencia es que el Padre nos poda y corta cosas buenas que nos están impidiendo el disfrute de lo mejor y lo óptimo.

Debido a que somos solo ramas, repetidamente sentimos nuestra debilidad y miramos al Señor buscando ayuda y fortaleza. Juan 15.7 promete que nuestras oraciones serán contestadas. Al permanecer en Cristo, disfrutamos del amor de Dios (vv. 9, 12–13) y gozo (v. 11), así como también el odio y oposición del mundo (vv. 18–19). Tal vez no lo detectemos, pero mientras permanecemos en Cristo, otros nos verán llegando a ser más semejantes a Él.

La evidencia de la verdadera salvación en Cristo y de la comunión con Él es que demos fruto. Cristo llamó a Judas —que vivió con Él mientras Cristo ministraba de un lugar a otro—, que se disfrazó como convertido, pero Judas no estaba unido por fe a Jesús la vid (Juan 6.60–71). En consecuencia, fue cortado y desechado. «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros» (1 Juan 2.19).

Ni la salud ni la edad deben impedirnos permanecer en Cristo y dar fruto para su gloria. «Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día» (2 Corintios 4.16). Conforme mi esposa y yo vamos envejeciendo, el Señor está enseñándonos a dejar a un lado algunos ministerios (podar) y concentrarnos en otros, y estamos descubriendo que es posible experimentar lo que dice el Salmo 92.14: «Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes».

Permanecer en Cristo es resultado de obedecerle

Sea que se trate de jugar béisbol o pilotear un aeroplano, toda disciplina de la vida tiene leyes que hay que obedecer si queremos triunfar. Recuerdo un poemita que un profesor de química solía citar en las clases de primer año:

Derramen una lágrima por Jaimito Bravo, porque ya se fue.

Porque pensó que H₂O era H₂SO₄.^{[1](#)}

Si uno quiere tener éxito como médico o farmacéutico, debe aprender las propiedades de los elementos que entran en la composición de un remedio, y tener cuidado para combinar solo los que son compatibles. Si no, puede acabar uniéndose a Jaimito Bravo. La aspirina y el arsénico empiezan

con la letra A, pero tienen propiedades diferentes. Un piloto de aeroplano no se atreve a violar los principios básicos de la aeronáutica, ni el atleta triunfador las reglas oficiales del entrenamiento ni las órdenes de su entrenador. Al obedecer las leyes fundamentales que la ciencia ha descubierto o que los gobiernos han impuesto, hemos logrado un mejor estándar de vida y un medio ambiente generalmente seguro. Si respetamos esas leyes, podemos usar el poder y la libertad que siempre siguen a la obediencia.

Pero hay también normas que gobiernan nuestras vidas morales y espirituales, y si las ignoramos o desobedecemos, sufriremos y tal vez haremos que otros sufran. Jesús dijo: «Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (Juan 15.10). Jesús siempre hizo lo que agradó a su Padre (8.29), y si queremos permanecer en Él, debemos seguir su ejemplo. Toda la naturaleza obedece las leyes que Dios instiló en el universo, pero cuando interferimos con ellas, pueden suceder serias consecuencias.

Es una regla básica de la vida cristiana que la fe y la obediencia abren las puertas a la bendición de Dios. Según Romanos 14.23, «todo lo que no proviene de fe, es pecado». No importa lo bien que nos sintamos al hacer algo, a menos que la fe en la Palabra de Dios respalde nuestra decisión, todo lo que haremos es producir problemas. Abraham pensó que podía salvar su vida yendo a Egipto, allí casi pierde a su esposa y su propia vida (Génesis 12.10–20). Moisés pensó que matando a un hombre ayudaría a libertar de Egipto a los hebreos, pero eso solo condujo a su exilio en Madián por cuarenta años (Éxodo 2.11–25). Sansón pensó que podía librar la batalla del Señor de día y disfrutar de los placeres del pecado por la noche; pero Dios pensaba diferente, y el hombre fuerte solamente trastornó su propia vida y su ministerio.

La desobediencia a los mandamientos de Dios interrumpe nuestra comunión con Cristo, y perdemos el poder para hacer su voluntad. Cuando eso sucede, al instante debemos confesar al Señor nuestros pecados (1 Juan 1.9) y permitir que nos limpie y nos sane. Intentar vivir por Cristo sin andar con Él en el Espíritu es inútil. Recuerde lo que dijo: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15.5). Esto se aplica no solo a nuestro servicio a Cristo sino también a las tareas cotidianas. *Nada sale bien cuando nuestros corazones andan mal*. Jonás estaba muy seguro de que las cosas marchaban bien cuando bajó a la bodega del barco y se quedó dormido profundamente (Jonás 1), pero entonces empezó a cosechar las consecuencias de su rebelión. La paz y la confianza falsas que siguen a la desobediencia expresa no duran mucho.

Obedecer a Cristo resulta de amarlo

La palabra *obedecer* irrita a algunos, tal vez debido a disciplina estricta en la niñez, o a un período de servicio en las Fuerzas Armadas, o simplemente a la rebelión natural del corazón humano. A veces obedecemos debido a que estamos obligados a hacerlo y no hay nada de malo en eso. Dejar a un lado nuestros propios planes y aprender a obedecer es una de las tareas esenciales de la niñez y la adolescencia. A veces obedecemos porque tenemos una recompensa a la vista. («Si corto el césped, papá me permitirá usar el coche el sábado».) Pero la mejor manera de obedecer es debido a que queremos hacerlo, a que nos motiva el amor, no el temor ni la codicia. «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14.15). «El que me ama, mi palabra guardará» (v. 23).

No nos ganamos el amor y la bendición de Dios así como tampoco los hijos se ganan el amor y cariño de sus padres, pero la obediencia amorosa desarrolla el carácter y da gozo a los corazones de los padres. Eso quiere decir que seguimos el ejemplo de nuestro Maestro. «Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor», dijo Jesús (Juan 15.9–10). En el próximo versículo Jesús nos da otro motivo para obedecer: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea

cumplido».

«Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado» (1 Juan 2.5). Cuando nuestro amor es maduro, eso le resta peso a nuestras cargas y nos capacita para hacer lo que debemos, sin que importe cómo nos sintamos o lo que nos cueste. «En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues éste es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (5.2–3).

Pablo nos dice en Romanos 13:8 que «el que ama al prójimo, ha cumplido la ley». Nuestras ciudades tienen leyes que exigen que los padres cuiden a sus hijos, pero dudo que muchos padres y madres cuiden a sus hijos debido a que no quieren ir a la cárcel. Cuidar a una familia que crece es costoso y difícil, pero lo hacemos porque amamos a nuestros hijos y queremos lo mejor para ellos. El amor cristiano no consiste en corazones, flores ni sentimientos inexplicables. Es un acto de la voluntad al tratar a otros de la misma manera como el Señor nos trata. «El fruto del Espíritu es amor» (Gálatas 5.22).

Amar a Cristo resulta de conocerlo mejor

«La familiaridad fomenta el desdén», dice un viejo refrán, pero no es necesariamente cierto. El destacado predicador estadounidense Phillips Brooks dijo que la familiaridad fomenta el desdén «solo en cosas y gente desdeñosa», y tenía razón. Mi esposa y yo hemos estado casados desde 1953 y nos conocemos el uno al otro muy bien, pero no nos estimamos menos, debido a que nuestra relación se basa en el amor. Casi siempre, cuando vamos en coche por la carretera, tenemos períodos de silencio; y entonces ambos rompemos el silencio diciendo lo mismo en el mismo instante. ¡Cuán familiarizados podemos llegar a ser!

No recuerdo haberlo ordenado, pero hace algunos años recibí una biografía de Adolfo Hitler de un club de libros al que pertenecía, y puesto que pagué por el libro, decidí leerlo. No pude hacerlo. Traté, pero no pude. Mientras más leía, más me disgustaba el tema, y nunca acabé de leerlo. Fue verdaderamente una experiencia eso de que la familiaridad fomenta el desdén. Pero esto nunca puede ser cierto en cuanto a los cristianos que leen la Biblia y llegan a conocer mejor a Jesús, porque mientras más le conocemos, más le amamos.

La vida cristiana empieza cuando conocemos y confiamos en Él. Jesús le dijo a su Padre: «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17.3). Pero conforme crecemos «en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3.18), llegamos a amarle más y más. En los días difíciles de la vida, tanto como en los deleitosos, nos hallamos aprendiendo más de Él, adorándole, agradeciéndole y *obedeciéndole*.

Todos conocemos a algunos en la iglesia que saben más en cuanto a atletas y comediantes populares que lo que saben de Jesús, de quien afirman que es su Salvador. Pero debemos aprender más de Él, porque mientras más le conozcamos, más le amaremos. Toda doctrina de la Biblia tiene a Jesucristo en su núcleo. Todo aspecto de la vida cristiana incluye a Cristo, sea que se trate de victoria sobre el pecado, la oración, la ofrenda o dar testimonio. Una de las razones por las que algunos creyentes no pueden testificar efectivamente con más fervor es porque no están creciendo en su conocimiento del Hijo de Dios.

Lo hermoso de crecer en nuestro conocimiento del Señor es que el Espíritu Santo toma ese conocimiento y lo usa para hacernos más semejantes a Jesús. La meta de nuestra salvación es asemejarnos a Cristo, no simplemente el conocimiento de la Biblia. El Padre ha ordenado que seamos «hechos conformes a la imagen de su Hijo» (Romanos 8.29), y el Espíritu Santo usa la Palabra de Dios para realizar este glorioso milagro (2 Corintios 3.18). «¿Estoy llegando a ser más y más semejante a Jesús?», es la pregunta principal que debemos hacernos al examinar nuestras vidas delante del Señor.

Manténgase al unísono

«Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre» (Marcos 10.9). Nuestro Señor estaba hablando en cuanto al matrimonio, pero el mandamiento se aplica a otros aspectos de la vida también.

Dios ha unido la vida abundante con el dar fruto. No podemos ser creyentes gozosos, satisfechos, a menos que estemos dando fruto. Pero Dios también ha unido el llevar fruto con el permanecer en Cristo. No podemos fabricar fruto espiritual; debe brotar de nuestra comunión con el Salvador. Pero la permanencia en Cristo debe ir unida a la obediencia, porque si desobedecemos su Palabra, eso daña nuestra comunión con Él y hace difícil que nos bendiga. La obediencia debe ir unida a nuestro amor a Cristo; de otra manera, el hacer la voluntad de Dios se vuelve un castigo, no enriquece (Juan 4.34). Finalmente, el amor debe ir unido al conocimiento, porque mientras más conozcamos a Cristo, más le amaremos.

Para decirlo de otra manera, mientras más conozcamos a Jesús, más le amaremos. Mientras más le amemos, más le obedeceremos, y mientras más le obedezcamos, más permaneceremos en Él. Mientras más permanezcamos en Él, más fruto daremos; y mientras más fruto demos, más disfrutaremos de la vida abundante. Es de cierta manera una reacción espiritual en cadena, y empieza con nuestra decisión de pasar tiempo valioso con nuestro Señor todos los días.

EL YO SOY DESCUIDADO

Mas yo soy gusano, y no hombre;
Oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.

—Salmo 22.6

No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto.

—Isaías 53.2–3

Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres.

—Isaías 52.14

¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios?
¿Y cómo será limpio el que nace de mujer?
He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente,
Ni las estrellas son limpias delante de sus ojos;
¿Cuánto menos el hombre, que es un gusano,
Y el hijo de hombre, también gusano?

—Job 25.4–6

Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

—Filipenses 2.7–11

El Salmo 22 es un cántico mesiánico que describe a Jesús y sus sufrimientos (vv. 1–21), así como también su resurrección gloriosa (vv. 22–31). Es significativo que esta vívida descripción de la crucifixión se haga en un salmo judío, porque los judíos no usaban esta modalidad de pena capital, por lo que es improbable que David alguna vez haya visto una crucifixión. Jesús citó el versículo 1 (Mateo 27.46), y la luz y las tinieblas que se describen en el versículo 2 lo conectan con Lucas 23.44–45. Los soldados que echaron suertes al pie de la cruz (v. 18) se mencionan en Mateo 27.35.

Algunos estudiosos piensan que después de que Jesús gritó las palabras del Salmo 22.1, recitó todo el salmo durante sus últimas tres horas en la cruz, aunque los espectadores no oyeron su voz. Si es

así, entonces, ¿quiere decir que repitió el versículo 6! Si usted y yo hubiéramos estado allí y lo hubiéramos oído, ¿cuál hubiera sido nuestra respuesta a lo que dijo?

Permítame darle mis respuestas a este descuidado YO SOY según lo he meditado con el correr de los años.

Asombro

Hasta este punto, todas las declaraciones YO SOY que hemos considerado tienen algo de dignidad. No hay nada de deshonroso en cuanto a pan o luz, pastores o rediles, resurrección o vida, verdad o vides; pero esto de gusanos es otro asunto. Aparte de los entomólogos profesionales, pocos hallan algo que admirar en los gusanos, los cuales viven en el suelo y uno los pisa y desprecia. Cuando se considera que Jesús es el que está hablando, esta declaración es insólita.

Cuando Job se describió a sí mismo en su sufrimiento, dijo que la corrupción era su padre y el gusano era su madre o hermana (Job 17.14), y que su carne estaba «vestida de gusanos» (7.5). Bildad, uno de los amigos de Job, dijo que los humanos eran gusanos (25.6). El profeta Isaías describió el castigo de los malos de esta manera: «su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará» (Isaías 66.24). Debido a que era un gobernante arrogante y sanguinario, Herodes Agripa «expiró comido de gusanos», fin ignominioso para un rey (Hechos 12.21–24).

Originalmente fue David el que dijo el enunciado «soy gusano», pero David fue profeta y escribió en cuanto a Cristo (Hechos 2.30). El Salmo 22 trata de Jesús, el Hijo de Dios, que ¡se llama gusano a sí mismo! Hebreos 7.26 le describe como «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos», y sin embargo Él se llama a sí mismo gusano. Otros han expresado reproche, pero no han sido tan santos o exaltados como Jesús. Job le dijo al Señor: «He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca . . . Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 40.4; 42.6). Pablo se llamó a sí mismo el peor de los pecadores (1 Timoteo 1.15), «el más pequeño de los apóstoles» (1 Corintios 15.9), y «menos que el más pequeño de todos los santos» (Efesios 3.8). *¡Pero el Hijo de Dios se llamó a sí mismo gusano!*

Este enunciado se vuelve incluso más insólito cuando recordamos que Él estaba hablando con su Padre celestial, cuya voluntad había obedecido todos sus años de ministerio en la tierra. Fue el Padre quien dijo de Él: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3.17). Pero incluso más, si consideramos cuándo dijo estas palabras, se vuelven increíbles. *¡Fue cuando estaba haciendo su obra suprema y muriendo en la cruz por los pecados del mundo!* Mientras está cometiendo algún pecado egoísta, abominable, cualquiera puede decir: «Soy un gusano», pero ciertamente no al hacer la obra suprema jamás hecha en la tierra y atravesando el mayor sufrimiento.

Adoración

Contemplar la profundidad de la humillación de nuestro Señor debería impulsarnos a la adoración. En su encarnación se hizo hombre, por eso nació como ser humano y siervo; y en su crucifixión, se hizo «gusano y no hombre» (Salmo 22.6). Los que estudian el Nuevo Testamento llaman al primer año del ministerio público de nuestro Señor «el año de popularidad», porque grandes multitudes le buscaban y la oposición todavía no había empezado. Pero para el tercer año de su ministerio, los dirigentes religiosos sentían envidia y estaban furiosos, por lo que estaban tramando matarle. Ningún empleado del sistema penal estadounidense actual se atrevería a tratar al peor criminal en una celda cómo trataron a Jesús.

Nuestro Señor se hizo «gusano y no hombre» socialmente. Lo tildaron de glotón y bebedor (Lucas 7.34) e incluso endemoniado (Juan 8.48); y otro salmo mesiánico dice: «Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta, y me zaherían en sus canciones los bebedores» (Salmo 69.12). Cuando deberían haber estado obedeciéndole, la gente se burlaba de Él. Conforme la oposición aumentaba y

su muerte se acercaba, Jesús salió de Jerusalén y Judea y se fue a lugares apartados para orar y enseñar a sus discípulos. Pero los funcionarios de la nación ya le habían clasificado con lo peor de los más bajos, «amigo de publicanos y de pecadores» (Lucas 7.34).

Trataron a Jesús como «gusano y no hombre» en lo que tiene que ver con la ley. Su arresto fue ilegal, como también su juicio. Los dirigentes judíos pagaron falsos testigos para que testificaran contra Él, y aunque se contradijeron entre sí, los jueces aceptaron su testimonio. Consideraron a Jesús culpable incluso antes de que el juicio empezara.

Lo trataron como «gusano y no hombre» en lo que tuvo que ver con su cuerpo físico, porque le flagelaron y azotaron como si fuera un animal. ¿Qué hace uno con un gusano? Lo pisa y lo tritura. El tratamiento brutal por parte de los soldados fue innecesario e inhumano. Pero el Salmo 22 usa a los animales para describir a los soldados y funcionarios, no al Salvador. «Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente» (vv. 12-13). «Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies» (v. 16). «Libra de la espada mi alma, del poder del perro mi vida. Sálvame de la boca del león, y líbrame de los cuernos de los búfalos» (vv. 20–21).

Pero el primer versículo del Salmo 22 nos da la razón más dolorosa por la que Jesús dijo que era «gusano y no hombre»: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Véase también Mateo 27.46.) Muchos se han olvidado de Dios, pero este jamás se ha olvidado de nadie, porque si lo hiciera, al instante morirían. «Dios . . . no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos», les dijo Pablo a los filósofos griegos (Hechos 17.27–28). Caín abandonó a Dios, pero este no abandonó a Caín (Génesis 4). La nación de Israel repetidas veces se rebeló contra el Señor, pero Él continuó amándolos, disciplinándolos y llamándolos al arrepentimiento. «Yo el Dios de Israel no los desampararé» (Isaías 41.17).

¿Por qué abandonó el Padre a su Hijo amado? Porque era el «Cordero de Dios» sobre quien el Padre puso «la iniquidad de todos nosotros» (Isaías 53.6; véase también Juan 1.29). «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5.21). Cuando Cristo fue hecho pecado y ofrenda de pecado, el Padre se alejó de su propio Hijo, porque «Muy limpio eres de ojos para ver el mal» (Habacuc 1.13). Cada vez que nos reunimos en la Cena del Señor, se nos recuerda que el castigo que nosotros debíamos llevar debido a nuestros pecados, lo llevó Él por nosotros. «Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado . . . Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama» (Lucas 22.19–20). ¡Por *ustedes!* Pablo escribió que «el Hijo de Dios . . . me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2.20). ¡Por *usted!* ¡Por *mí!*

Vergüenza

Las Escrituras usan muchas imágenes diferentes para describir al pecado y los pecadores: ovejas perdidas, monedas perdidas, peregrinos ciegos, rebeldes, cadáveres, prisioneros sin esperanza y esclavos, para mencionar apenas unas pocas. Pero si Jesús se hizo en la cruz lo que nosotros los pecadores realmente somos, *¡entonces nosotros somos los gusanos!*

Isaac Watts escribió en un himno: «¿Dedicaría él esa cabeza sagrada por un gusano como yo?», pero algunos editores contemporáneos de himnos han reemplazado el renglón del «gusano» por «por pecadores como yo». No nos importa que se nos llame pecadores, pero no nos gusta que se nos llame gusanos. *¡Pero eso es lo que somos!* Los editores pueden eliminar la palabra *gusano* del himnario, pero no de la Biblia.

Pensamos que somos muy grandes y poderosos, cuando a la vista de Dios somos solo pequeños y débiles. «He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo» (Isaías

40.15). Al faraón no lo asustó el Señor cuando Moisés le dijo qué hacer, ni tampoco Senaquerib, ni Herodes, ni el César. Dios los derrotó fácilmente a todos. «Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte» (1 Corintios 1.27).

Dios nos conoce por completo. En las Escrituras nos dice lo que somos, lo mejor será que concordemos con Él. Pero lo que somos nosotros mismos no es importante; lo que realmente cuenta es lo que somos en Cristo. Dios todavía usa lo débil para triunfar sobre lo fuerte y silenciar a los que fanfarronean. Sin que importe cuánto hayamos avanzado en nuestra jornada de fe, nos hace bien recordar lo que solíamos ser y lo que el Señor ha hecho por nosotros. En Isaías 41 el Señor está animando a su pueblo Israel y llamándolos «siervo mío eres; tú . . . a quien yo escogí» (v. 8). Él promete: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia» (v. 10). Pero justo en medio del capítulo, los llama «gusano de Jacob, oh vosotros los pocos de Israel» y promete hacer del diminuto gusano ¡un mazo para trillar con muchos dientes afilados (v. 14–15)! ¿Alguna vez ha visto algún gusano con dientes que pueda reducir a arena las montañas?

No debemos mirarnos en el espejo y gemir: «Soy un gusano; no soy nada». Sabemos lo que somos y también *lo que somos en Cristo por fe*. Cada vez que nos avergoncemos de lo que somos nosotros mismos, debemos captar la certeza de lo que somos y lo que tenemos en nuestro Señor amante. Hay lugar en la vida cristiana para la vergüenza y la humildad: «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo» (1 Pedro 5.5–6).

El asombro, la adoración y la vergüenza conducen a una última respuesta.

Gratitud

La mayoría de los himnarios no contienen la estrofa del himno de Isaac Watts que ya mencioné, así que la incluyo aquí:

Aunque yo pueda esconder mi cara sonrojada
Mientras su amada cruz aparece,
Disuelve mi corazón en agradecimiento,
Y derrite mis ojos a lágrimas.

Las lágrimas sinceras y el agradecimiento son dos características del creyente espiritual; los ojos secos y el corazón endurecido por lo general pertenecen al cristiano nominal o mundanal. Una de las cosas más difíciles de mantener en la vida espiritual es un corazón tierno que sienta el peso lo suficiente como para llorar y orar tanto como para vigilar y orar.

Nicodemo y José de Arimatea envolvieron con amor el cuerpo de Jesús en vendas de lino, mientras le ungían con unos treinta kilos de especias; y luego pusieron el cuerpo de nuestro Señor en la tumba nueva de José. Pero tres días después, los envoltorios estaban vacíos ¡y el cuerpo de Jesús había desaparecido! Las nítidas vendas parecían una crisálida vacía después de que la hermosa mariposa había emergido. Jesús, el «gusano», que anteriormente fue tratado tan inmisericordemente, ¡ahora estaba vivo y vestido del manto de gloria! ¡Aleluya!

El Salmo 22.22–31 trata acerca de las palabras y ministerio de Jesús posteriores a la resurrección, llegando al clímax: «Vendrán, y anunciarán su justicia; a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto». Algunos estudiosos equiparan la frase «él hizo esto» con el clamor del Señor desde la cruz: «Consumado es» (Juan 19.30).

Con el correr de los años he notado lo que me parece una declinación en la gratitud personal en las personas, como si nos asistiera el derecho a lo que otros hacen por nosotros; y me temo que esa

actitud está introduciéndose en la iglesia cristiana. Tendemos a dar las cosas por sentado; ¡hasta que las perdemos! Tenemos hoy muchos artefactos diferentes para comunicarnos pero, ¿cuántas veces se transmite la palabra *gracias*? También me pregunto cuánto tiempo pasamos agradeciéndole al Señor por su gracia y su bondad exuberantes. Lo repito: ¿estamos dando por sentado los dones y servicios que recibimos de Dios y de otros? Espero que no.

Si este descuido YO SOY no hace otra cosa por nosotros, debe mejorar nuestra perspectiva en cuanto a la vida y al servicio cristiano. «Porque los que menospreciaron el día de las pequeñeces se alegrarán» le dijo el Señor al profeta Zacarías (Zacarías 4.10). Toda persona tiene un principio muy pequeño en la concepción, y como bebé, como nuevo estudiante, como empleado principiante, esposo o esposa. Todos tenemos tiempos de fracaso y frustración cuando sinceramente podemos decir: «Soy un gusano», pero necesitamos decirlo *más* en tiempos de éxito y reconocimiento. Como David, debemos orar: «Seóor Jehová, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí?» (2 Samuel 7.18).

Nunca tema hacer un pequeño comienzo por el Señor. Él está dispuesto a reunirse con solo dos o tres personas (Mateo 18.20). Jesús empezó su ministerio terrenal como bebé en un pesebre. Muchos grandes ministerios han empezado con una reunión pequeña de oración o una ofrenda mínima. J. Hudson Taylor abrió la cuenta bancaria de la Misión al Interior de la China con diez libras esterlinas. Un muchacho le dio su fiambre a Jesús, y este dio de comer a miles. Yo solía recordar a mis estudiantes pastorales, y todavía me lo recuerdo a mí mismo, que no hay iglesias pequeñas ni hay grandes predicadores, sino que todos servimos a un Dios grande y glorioso.

11
«YO SOY JESÚS»

(HECHOS 9.5; 22.8; 26.15)

Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

—Mateo 1.21

Y oyendo [Bartimeo] que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

—Marcos 10.47

Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: ÉSTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS.

—Mateo 27.37

Y [el ladrón en la cruz] dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

—Lucas 23.42–43

A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís . . . Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

—Hechos 2.32–33, 36

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.

—Hechos 4.12

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios.

—Hechos 7.55

Por lo cual Dios también le exaltó [a Jesús] hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

—Filipenses 2.9–11

El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.

—Apocalipsis 22.20

Estrictamente hablando, la expresión «Yo soy Jesús» no califica como una declaración del tipo YO SOY; pero tengo dos excelentes razones para incluirla: Primero, siempre es correcto magnificar a Jesús; y segundo, el enunciado se halla tres veces en el libro de Hechos, por lo que la repetición sugiere importancia. No quiero concluir este libro sin presentar de nuevo a Jesús nuestro Señor y Salvador, para que no quede ni siquiera un lector que no haya confiado en Él personalmente y experimentado el nuevo nacimiento.

Antes de que lea este capítulo, le sugiero que lea primero Hechos 9.1–31, que es el relato que da el doctor Lucas acerca de la conversión de Pablo; y luego lea los dos relatos personales de Pablo en Hechos 22 y 26. El apóstol dio su primer relato ante una chusma judía enfurecida en el templo de Jerusalén, y el segundo como parte de su testimonio legal ante el rey Agripa III y el gobernador romano Porcio Festo. Los hechos básicos son los mismos en cada narración, pero hay algunas diferencias que nos ayudan a destacar algunas verdades especiales. Tenga presente que Saulo de Tarso se convirtió mientras se hallaba en un viaje de una semana de Jerusalén a Damasco, una distancia de unos 230 kilómetros.

Este capítulo se desarrolla siguiendo las siete etapas del encuentro de Pablo en el camino a Damasco que lo transformó del rabino Saulo de Tarso en Pablo el apóstol de Jesucristo a los gentiles.

Pablo vio una luz (Hechos 9.3; 22.6; 26.13)¹

Lucas escribió que «repentinamente le rodeó [a Pablo] un resplandor de luz del cielo» y Pablo les dijo a los judíos que «de repente me rodeó mucha luz del cielo». Su descripción ante Festo y Agripa fue así: «vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol». Nótese la secuencia: una luz, mucha luz, una luz que sobrepasaba el resplandor del sol. Esto nos recuerda Proverbios 4.18: «Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto».

La luz era una metáfora importante para Pablo.² Tanto que tomó personalmente Isaías 42.6–7 y lo hizo un versículo clave de su vida: «Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas» (véanse también Hechos 13.47; 26.15–18, 23).

Pablo siempre había creído que los gentiles vivían en oscuridad espiritual, porque eso era un postulado básico de la teología hebrea. Pero ahora Dios le aclaró que él, judío, ¡también estaba en tinieblas espirituales! En su magistral carta a los Romanos, Pablo explica que Dios no les pidió a los gentiles que subieran más y se convirtieran en judíos; le dijo que los judíos estaban en un nivel más bajo que los gentiles. «Porque no hay diferencia [entre judíos y gentiles] por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3.22–23). ¡Qué golpe más humillante!

Vernos nosotros mismos como Dios nos ve y admitir nuestra gran necesidad son los primeros

pasos para llegar a ser hijos de Dios. Pablo podía jactarse por sí mismo y ante otros de su primer nacimiento (Filipenses 3.4–11; Gálatas 1.11–17), pero no podía jactarse de nada ante el trono de Dios. «¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida» (Romanos 3.27). El cambio de parecer y el decir la verdad en cuanto a nosotros mismos y a Jesús es lo que la Biblia llama *arrepentimiento*; y como todo individuo perdido, Pablo necesitaba arrepentirse. Antes de la conversión, debe haber convicción, y hay evidencia de que Pablo estaba sintiendo la convicción de sus pecados; pero diremos más de esto más adelante.

El rabino rebelde estaba a punto de entrar en la nueva creación (2 Corintios 5.17), Dios dijo: «Sea la luz» (Génesis 1.3). Años más tarde Pablo podía preguntar: «¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?» (1 Corintios 9.1).

Pablo cayó a tierra (Hechos 9.4; 22.7; 26.14)

Al comparar Hechos 9.7; 22.10 y 26.14, vemos que los hombres que acompañaban a Pablo también cayeron a tierra pero se levantaron de nuevo, en tanto que el apóstol quedó postrado. «Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu» (Proverbios 16.18), pero en este caso, su caída le conduciría a la salvación, y no a condenación. Cumpliría la profecía que el anciano Simeón le dijo a María: «He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel» (Lucas 2.34). Nótese la secuencia: el orgullo conduce a una caída que nos humilla, pero la humildad lleva a una caída *¡que nos eleva y nos conduce a nuestro resucitar a una vida nueva!* «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (1 Pedro 5.5); la gracia que viene de los lugares más altos, en donde Dios reina, se halla sólo en los lugares más bajos en donde nos rendimos al Señor.

Pienso que fue Andrés Murray quien dijo que la humildad no es pensar duramente de nosotros mismos sino simplemente no pensar en nosotros para nada. Los verdaderamente humildes no se rodean de espejos que reflejan solo su propia imagen. Más bien, se rodean de ventanas por las que pueden ver a otros y descubrir sus necesidades. Jesús no solo habló a las multitudes sino también dedicó tiempo para oír a los individuos y atender sus necesidades. Humildemente estaba a entera disposición de leprosos, mendigos, extranjeros, ¡e incluso criminales moribundos!

La humildad es el suelo del cual pueden brotar todas las demás virtudes cristianas. Los orgullosos se aman a sí mismos, no a otros, y no prestan ninguna atención a los demás, solo los usan para promocionarse a sí mismos. Los orgullosos disfrutan de muy poca paz porque siempre están temerosos de que otro les supere. Tienen muy poca paciencia con las personas ordinarias que los rodean, y en cuanto a ser amables y gentiles hacia otros, rara vez piensan en eso. G. K. Chesterton escribió: «El orgullo es un veneno tan mortífero que no solo envenena las virtudes, sino que también envenena los demás vicios». Lea de nuevo ese enunciado y medite en lo que dice.

Cuando D. L. Moody dirigía las Escuelas Northfield en Massachusetts, un día estaba en su coche en la estación del ferrocarril, esperando que llegasen algunos estudiantes. De repente, un hombre le ordenó que le ayudara a él y a su hija con su equipaje y los llevara a la escuela. Moody se apeó, cargó el equipaje en el coche, y se dirigió al plantel. Poco después, cuando el padre entró en la oficina para inscribir a su hija, quedó estupefacto al descubrir que el hombre a quien le había dado órdenes era el rector de la institución. Moody se limitó a contener una risita y trató de tranquilizarlo, pero el padre había aprendido una buena lección. En uno de esos sermones, el señor Moody dijo: «A fin de permitir que Dios nos use, tenemos que ser muy humildes . . . El momento en que levantamos nuestra cabeza y pensamos que somos algo o alguien, Él nos hace a un lado».³

Pablo oyó una voz (Hechos 9.4; 22.7; 26.14)

La voz dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón»

(26.14). Los hombres que estaban con Pablo oyeron el ruido del cielo pero no pudieron distinguir las palabras, ¡y Pablo no tenía ni idea de quién le hablaba! Sin embargo, antes de que quien hablaba se identificara, reveló lo que Saulo de Tarso realmente era: un animal colérico que quería salirse con la suya y se estaba rebelando contra el Señor que le estaba aguijoneando con convicción. (Véase Hechos 8.1–3; 9.1.) Pablo se consideraba a sí mismo un rabino devoto y consagrado, defensor de la ley santa de Dios, así que llamarlo animal colérico fue para él una experiencia aturdidora. En realidad, esa acusación estaba fue un paso más adelante en el proceso de la gracia de Dios para humillar a Pablo.

En el antiguo Cercano Oriente, el aguijón de los bueyes era un palo delgado de unos tres metros de largo, con un pequeño azadón en un extremo (para rascar lodo) y una púa en el otro. El ganadero aguijoneaba a los bueyes y seguía haciéndolo hasta que los animales obedecían. Esto plantea una pregunta fascinante: antes de su conversión, ¿qué pasaba por la mente y el corazón del rabino Saulo que finalmente le llevó a su fe en Cristo? ¿De qué manera preparó Dios a este perseguidor fanático para que confiara en Cristo cuando estaba seguro que Jesús era solamente un engañador muerto? (Véase Mateo 28.1–15.)

Pienso que uno de los «aguijones» más fuertes que el Señor usó fue el testimonio triunfante de Esteban, el primer mártir cristiano (Hechos 6—7). Es probable que Pablo oyera a Esteban predicar en la sinagoga de los libertos de Jerusalén, puesto que había judíos de Cilicia allí (6.9), y Pablo era de Tarso, la capital de Cilicia. Si este estaba en esa congregación en la sinagoga, entonces no pudo «resistir a la sabiduría y al Espíritu con que [Esteban] hablaba» (6.10); lo que debe haber enfurecido al joven rabino. Pablo oyó el poderoso sermón de Esteban y vio su cara radiante. Cuando lo apedrearon para matarlo, Pablo no solo aprobó el homicidio sino que también se puso a cuidar los vestidos de los que lo mataban (7.58; 8.1).

Cuando habló a la enfurecida chusma judía en el templo, Pablo admitió con franqueza que no podía olvidar la muerte de Esteban (Hechos 22). Les dijo lo que le había dicho al Señor cuando se le apareció en el templo: «Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban» (vv. 19–20). El sermón de Esteban, su visión de Jesús, su oración pidiendo perdón por sus homicidas y la gloria de Dios en su cara fueron todos aguijones que ciertamente penetraron el corazón de Pablo. Sin duda muchos de los creyentes que Pablo arrestó y encarceló también dieron testimonio tan consistente que no pudo ignorarlo.

Otro doloroso aguijón fue la frustración que debe haber sentido al tratar de guardar con sus propias fuerzas la ley de Dios puesto que «en el judaísmo aventajaba a muchos» (Gálatas 1.14). Personalmente, no interpreto Romanos 7 como una descripción de la experiencia de Pablo anterior a su conversión. Pero si Romanos 7 describe la lucha que el libró *después* de su conversión, ¡lo que debe haber experimentado antes de convertirse! Mientras más trataba por sus propios esfuerzos de ser un fariseo exitoso, más descubría pecados más hondos en su corazón y más frustrado quedaba. Después de todo, Pablo no tenía copias de Romanos 6—7 ni de Gálatas 3—5; después de sus «estudios» en Arabia por tres años, más tarde, escribiría eso. Pero como joven estudiante rabínico que analizaba la ley del Antiguo Testamento, debe haber descubierto repetidas veces lo débil que realmente era. Parecía ser un dirigente religioso modelo, pero en su propio corazón sabía que estaba tropezando y cayendo. Su cara nunca había estado tan radiante en la vida como estuvo la de Esteban en su muerte.

En su excelente libro *A Man in Christ* [Un hombre en Cristo], el doctor James S. Stewart escribe: «Y aquí de inmediato encontramos el contundente hecho de que por años antes de que el llamado llegara, la nota dominante de la vida interior de Pablo había sido de completo fracaso, y frustración y derrota . . . Halló que mientras más intensamente perseguía su ideal, más retrocedía. La justicia de la

cual su corazón estaba tan distante, se burlaba de su esfuerzo».⁴ James Stalker escribió en *The Life of St. Paul* [La vida de San Pablo]: «Por el contrario, mientras más se esforzaba por guardar la ley, más activos se hacían los movimientos del pecado dentro de sí; su conciencia se volvía más oprimida con el sentido de culpabilidad, y la paz de un alma en reposo con Dios era un galardón que se le escapaba de las manos».⁵

Como muchos religiosos de hoy, Pablo era serio y sincero, pero fue incapaz de captar el significado de lo que quería decir recibir la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, la dádiva de la gracia de Dios. ¿Por qué iba alguien a querer seguir a un carpintero judío desempleado de Nazaret a quien crucificaron los romanos? Para su intelecto dedicado, todo eso parecía necedad.

Pablo hizo una pregunta (Hechos 9.5; 22.8; 26.15)

Un joven estudiante judío le preguntó a su maestro: «Rabino: ¿Por qué siempre que hago una pregunta, usted me contesta con otra?» El rabino respondió: «¿Y por qué no iba a hacerlo?»

Pablo sabía cómo hacer la pregunta apropiada y exclamó: «¿Quién eres, Señor?» La palabra que se traduce como «señor» puede haber sido solo un respetuoso «señor» o puede haber transmitido reverencia como para Dios; no estamos seguros de cuál significado quiso darle Pablo. Pero recibió una respuesta profunda: «Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues». Para su sorpresa, Pablo descubrió no solo que Jesús estaba vivo (Hechos 25.19), sino también que Jesús se identificaba tanto con su pueblo que quienquiera que los perseguía a ellos también estaba persiguiéndolo a Él. En su ciego celo religioso, ¡Pablo había estado persiguiendo a su propio Mesías! Pablo puede haber estado presente en la reunión del Sanedrín cuando los dirigentes judíos ordenaron a Pedro y a Juan «que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús» (4.18), y por cierto concordó con el veredicto; pero ahora las cosas iban a cambiar.

El nombre *Jesús* se halla más de novecientas veces en el texto original del Nuevo Testamento, y más de sesenta veces en el libro de Hechos. Hechos 4.2 dice contundentemente: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos». Todo libro del Nuevo Testamento, excepto 3 Juan menciona el nombre de *Jesús*, pero el versículo 7 de 3 Juan dice: «Porque ellos salieron por amor del nombre de él . . . » El nombre de Jesús abre y cierra el Nuevo Testamento (Mateo 1.1; Apocalipsis 22.21). Es el nombre que usamos cuando oramos (Juan 14.13–14; 15.16; 16.23–26), y es el nombre de Jesús lo que el mundo aborrece (15.18–24).

Jesús (Yeshúa) era un nombre popular entre los judíos debido a la fama de Josué, sucesor de Moisés, que llevó a Israel victoriosamente a la tierra prometida. Josefo, historiador judío, menciona veinte hombres diferentes con ese nombre. El nombre significa «Jehová es salvación» (véanse Mateo 1.16, 21, 25). Puesto que otros hombres también tenían ese nombre, a nuestro Salvador se le conocía como «Jesús el Cristo» o «Jesús de Nazaret». En el siglo segundo los judíos dejaron de ponerles «Yeshúa» por nombre a sus hijos.

Pablo se rindió a Jesús (Hechos 22.10)

Al llegar a la cuarta etapa de la experiencia crítica de Pablo, este había sido derribado, cegado, humillado y enseñado. Sabía quién era y lo que realmente estaba haciendo, y sabía que estaba hablando con el Mesías, Jesucristo. Ahora Pablo estaba listo para confiar y obedecer, por lo que preguntó: «¿Qué haré, Señor?» La respuesta completa a su pregunta se halla en Hechos 26.16–18:

Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.

Pablo había empezado su viaje dirigiendo a un grupo de judíos celosos a la batalla, y ahora uno de aquellos hombres llevó al ciego Pablo de la mano como si fuera un niño y condujo a su líder a Damasco. Pablo ahora estaba humillado y dispuesto a obedecer, y por tres días se quedó sentado en la oscuridad sin comer nada. Entonces el Señor envió a uno de los creyentes ordinarios de la ciudad para restaurarle la vista a Pablo, impartirle la plenitud del Espíritu y bautizarlo. Si no fuera por Pablo, nunca habiéramos conocido a Ananías; pero si no fuera por Ananías, Pablo tal vez no habría entrado en el ministerio. Así que pasó tiempo con los creyentes en Damasco y empezó intrépidamente a predicar en las sinagogas.

Lo que Jesús le dijo a Pablo fue simplemente: «¡Levántate! ¡Ponte sobre tus pies! ¡Habla! ¡Mira hacia arriba!» Pero, ¿no es eso lo que les dice a todos sus seguidores, incluyéndonos a usted y a mí?

Pablo obedeció las órdenes de Cristo (Hechos 26.19–23)

Pablo afirmó en su juicio: «Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial». Pablo, el líder de la oposición contra Jesús, ahora estaba siendo conducido por este; el perseguidor ahora era predicador. El hombre que había hecho sufrir a otros sufriría él mismo grandemente conforme judíos y gentiles se oponían a su ministerio y su mensaje. Si necesita que se le recuerde algo de los dolores del ministerio de Pablo, o si piensa que su propia situación es insoportablemente difícil, lea 2 Corintios 4.1–12 y 11.16–29.

Si le preguntáramos a Pablo: «¿Qué te hizo el Señor con toda la experiencia en el camino a Damasco?», tal vez nos referiría a Filipenses 3.12–14 y subrayaría las palabras: «fui también asido por Cristo Jesús». La expresión que se traduce como «asido» quiere decir «atrapar, agarrar, poner las manos encima». *¡Dios arrestó a Pablo!* Dios puso una mano en Pablo y la otra en su voluntad para Pablo, unió las dos cosas y las mantuvo unidas todo el ministerio de Pablo. Pablo escribió que su deseo consumidor era «ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús» (v. 12), ese mismo deseo debe controlarnos a nosotros.

Pablo difundió el mensaje (Hechos 26.23)

Pablo había visto la luz y de ahora en adelante «anunciaría el mensaje de la luz» tanto a judíos como a gentiles. Ahora se veía a sí mismo como embajador de Jesucristo, comisionado por el Señor y motivado por el amor del Señor (2 Corintios 5.14, 20). Los embajadores deben entregar fielmente solo los mensajes que sus superiores les dan, y el mensaje que Jesús le dio a Pablo era el evangelio. «Tengo la obligación de predicar», dijo, «y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!» (1 Corintios 9.16).

Todo ministro, maestro y músico cristiano debe examinar cuidadosamente cada sermón, lección y canto, y preguntar: «¿Dónde está Jesús? ¿Dónde está el evangelio?» No estamos ministrando para exhibir nuestros talentos o exaltarnos nosotros mismos sino para glorificar a Jesucristo. «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo», escribió Pablo (Gálatas 6.14). Su meta era: «que en todo [Jesús] tenga la preeminencia» (Colosenses 1.18). El propósito del ministerio no es impresionar a la gente sino expresar la verdad de Jesús y el evangelio.

Somos siervos, no celebridades, y cuando la iglesia se reúne en el nombre de Cristo, es para adoración que honra a Dios y no para diversión que haga que la gente se sienta bien. Una vez, cuando al entrar mi esposa y yo en una iglesia un domingo, el ujier nos dijo: «¡Bienvenidos! ¡Pasen y diviértanse!», me faltó poco para darme media vuelta y salir. ¿Acaso el profeta Isaías «se divirtió» cuando adoró al Señor (Isaías 6) o el apóstol Juan cuando vio al Salvador glorificado (Apocalipsis 1.9–18)? Ambos vieron a Jesús, lo que les dio una nueva visión y vitalidad espiritual para servir efectivamente.

Hoy nos dice: «¡Yo soy Jesús!»

«Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor» (Hebreos 12.28–29; véase también Deuteronomio 4.24).

He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.

—2 Corintios 6.2

En estos días a menudo se está reescribiendo la historia, al punto que tal vez no sepamos exactamente lo que ha sucedido en el pasado; y puesto que no somos omniscientes, no podemos predecir con precisión el futuro. Sin embargo, con todo hay buenas noticias: ahora mismo, en la hora presente, Dios nos da el privilegio de tomar decisiones que pueden alterar algunas de las consecuencias del pasado y también ayudar a establecer algunas nuevas direcciones emocionantes para el futuro. «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación» (2 Corintios 6.2). ¡Ahora! ¡Hoy!

Dios quiere que sus hijos vivan cada día en tiempo presente, confiando en su dirección y su gracia. «Danos hoy» se aplica no solo a nuestro pan cotidiano sino también a todo lo demás que incluye nuestra jornada de peregrinos día tras día. Desde el primer día de la creación, el Señor ordenó que nuestra galaxia funcionara cada día mientras el planeta Tierra hace su gira anual alrededor del sol. La próxima vez que usted diga: «Quisiera tener más tiempo», recuérdese que todos tenemos la misma cantidad de tiempo: veinticuatro horas al día, y que tal vez deberíamos estar diciendo: «Quisiera saber controlar mejor mi tiempo». Eso quiere decir ser sabios, «aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Efesios 5.15–16).

El 24 de abril de 1859 el naturalista estadounidense Henry David Thoreau escribió en su diario: «¡Ahora o nunca! Uno debe vivir en el presente, lanzarse a toda ola, hallar la eternidad en cada momento». En el primer capítulo de *Walden*, Thoreau escribió: «Como si uno pudiera matar el tiempo sin dañar la eternidad», enunciado asombroso de un hombre que «renunció» a la iglesia temprano en su vida. Pero tenía razón; si pensáramos más en la eternidad, con certeza usaríamos más sabiamente nuestro tiempo.

El tiempo es uno de nuestros tesoros más preciados, un don de Dios momento tras momento, por eso es vergonzoso que lo gastemos tan descuidadamente y lo desperdiciemos tan neciamente. Con la ayuda del Señor, podemos transformar el tiempo en servicio, aprendizaje, riqueza, placer, salud y crecimiento espiritual. Aun cuando apreciamos lo que Jesús hizo por nosotros ayer y con anhelo esperamos lo que hará por nosotros en el futuro, las palabras clave para la iglesia son *ahora* y *hoy*. Después de todo, nuestro Salvador «es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8), y como hemos aprendido lo que dice en sus enunciados —YO SOY—, Él es Jesús del tiempo presente.

Los cuatro evangelios informan lo que Jesús «comenzó a hacer y a enseñar» en su cuerpo físico mientras estaba en la tierra (Hechos 1.1), pero la palabra *comenzó* indica que Él quiere que continuemos hoy eso de «hacer y enseñar» a través de su cuerpo espiritual, la iglesia. La venida del Espíritu Santo en Pentecostés (cap. 2) fue un comienzo, no un fin, y el Espíritu quiere obrar por medio de nosotros hoy. Citando del Salmo 95, el Espíritu Santo dice en Hebreos 3.7–11:

Por lo cual, como dice el Espíritu Santo:
Si oyereis hoy su voz,
No endurezcáis vuestros corazones,
Como en la provocación, en el día de la tentación en el
desierto,

Donde me tentaron vuestros padres; me probaron,
Y vieron mis obras cuarenta años.
A causa de lo cual me disgusté contra esa generación,
Y dije: Siempre andan vagando en su corazón,
Y no han conocido mis caminos.
Por tanto, juré en mi ira:
No entrarán en mi reposo.

«La provocación» se refiere a la desobediencia de Israel que empezó en Cades-barnea cuando se negaron a confiar en el Señor para apropiarse de su heredad en Canaán (Números 13—14). Esa rebelión continuó por los siguientes treinta y ocho años mientras la nación deambulaba por el desierto hasta que la incrédula generación anterior murió. La desobediencia de diez líderes corrompió a la nación y a la larga llevó a una extensa marcha funeral.

Mi esposa y yo hemos tenido nuestra parte de pruebas y adversidades en nuestros años de ministerio, ocasiones cuando nosotros solos, o nosotros y nuestra congregación estábamos tentados a darnos por vencidos en lugar de confiar en que Dios haría que las cosas siguieran marchando. Alabamos a Dios por darnos la promesa de su Palabra y también por rodearnos de personas que oraban y que andaban por fe; cuyas oraciones, unidas a las nuestras, nos ayudaron a salir adelante.

Cuando Israel, en incredulidad, se rebeló contra Dios, parte del problema fue que la gente se enfocó en el pasado y su deseo repetido de volver a Egipto. Recordaban la comida que ingerían y la seguridad que disfrutaban debido a que otros los cuidaban, pero se habían olvidado de la esclavitud, la humillación y la desesperanza diarias. Otra causa de su incredulidad fue el temor al futuro, porque en realidad no creían que podían derrotar a sus enemigos en Canaán y apoderarse de la tierra. Diez de los doce espías que exploraron la tierra dijeron que, cuando vieron a los «gigantes» que vivían en la región, ellos parecían saltamontes. Estaban andando por vista, no por fe, y se habían olvidado de las promesas de Dios.

En otras palabras, habían endurecido su corazón, y un corazón endurecido por lo general lleva a un corazón rebelde. Los israelitas habían visto en Egipto lo que Dios podía hacer, sin embargo se negaron a confiar en Él y a obedecer su Palabra. Cuando deliberadamente ignoramos las demostraciones del amor y el poder de Dios y a propósito hacemos las cosas a nuestra manera, estamos tentando a Dios y pidiéndole que nos discipline.

Cinco palabras familiares nos dicen cómo evadir ese pecado repulsivo y vivir confiadamente en tiempo presente día tras día, con y por nuestro Señor Jesucristo.

Entusiasmo

Cuando vivimos en tiempo presente, vivimos por fe y podemos recibir con agrado cada día de la mano de Dios, sabiendo que Él siempre planea lo mejor para nosotros. Sea que nos despertemos en casa, en un hotel o en la cama de un hospital, con confianza decimos por fe: «Éste es el día que hizo Jehová; nos gozaremos y alegraremos en él» (Salmo 118.24). Nuestro énfasis es en «lo que ahora vivo» (Gálatas 2.20), la vida de «buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2.10). Sabemos que el Señor ha planeado cada nuevo día para nosotros y que cada día está preparado a la medida para traernos justo lo que necesitamos para que sigamos creciendo y sirviendo (Salmo 139.16). Cada día es una cita, no un accidente; y cuando nuestro deseo es glorificar a Dios, vemos oportunidades tanto como obstáculos.

Cuando perdemos el entusiasmo de la vida cristiana, también empezamos a perder el gozo de esa vida y nos convertimos en creyentes tibios, como la iglesia de Laodicea (Apocalipsis 3.14–22). En lugar de esperar con anhelo que cada nuevo día sea una aventura en la fe, nos quejamos y empezamos a buscar algo más emocionante que hacer. Nuestra vida devocional diaria se vuelve insípida y rutinaria, los problemas ocasionales que nos llegan nos impacientan y enfadan y, a la larga, el

aburrimiento reemplaza a la bendición. En lugar de agradecer a nuestro Padre por las cosas buenas que nos envía diariamente, nos quejamos de lo que no envía.

A. W. Tozer escribió: «Una generación dopada, de ojos vidriosos, busca constantemente algo nuevo emocionante que sea lo suficientemente poderoso para entusiasmar sus sensibilidades gastadas y narcotizadas».¹ ¡Ay! Una vez que Lot hubo saboreado la vida intoxicante de Egipto, se cansó de la vida de fe de su tío Abraham y empezó a avanzar hacia Sodoma (Génesis 13). Como resultado, Lot perdió todo lo que tenía cuando Sodoma fue destruida, y acabó en una cueva cometiendo incesto con sus dos hijas solteras. Lot no terminó bien.

Si usted supiera que cada día le va a traer gozo y riqueza, su vida se caracterizaría por el entusiasmo y la expectación. ¡Pero eso es exactamente lo que nuestro Padre celestial nos promete! «Me he gozado en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza . . . Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos despojos», escribió el salmista (Salmo 119.14, 162). La vida es corta y los días pasan veloces, así que no podemos darnos el lujo de desperdiciarlos. «Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría» (90.12).

Cuando nos hallamos bostezando en lugar de anhelando, el único remedio es arrepentirnos, confesar nuestros pecados, abrir las Escrituras y oír del Señor una palabra estimulante. «La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma» (Salmo 19.7). Pierda el entusiasmo de vivir por fe, cada día y acabará en un costoso desvío.

Cita

«¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?», preguntaba el profeta Amós (3.3). La versión Reina-Valera Actualizada dice: «¿Andarán dos juntos, a menos que se pongan de acuerdo?» Cada uno de los hijos e hijas de Dios debe tener un tiempo y un lugar designados para reunirse con el Señor a diario y dedicarse a la adoración, la oración y la meditación en la Palabra de Dios. Dios me hizo ser una persona madrugadora, por eso consigo hacer mi mejor trabajo entre las 5:30 a.m. y las 3:00 p.m., pero no todos lo hacen así. Tengo amigos exitosos que no empiezan realmente a trabajar antes de las 8:00 de la noche y trabajan de corrido hasta las 3:00 de la madrugada. Lo importante es que *cada día le demos nuestro mejor tiempo al Señor*. Llámelo como quiera: tiempo de quietud, tiempo de oración, mirada hacia arriba, devociones diarias; debe ser un tiempo sin interrupciones de comunión con Dios en oración y en la Palabra de Dios, un tiempo que nos envía a nuestras tareas diarias preparados en espíritu y felices con la voluntad de Dios. *Lo más importante de nuestras vidas es la parte que solo Dios ve*. Los problemas se deben resolver privadamente en el clóset de oración antes de que se los pueda atacar públicamente. La intercesión de Moisés, Aarón y Ur en la montaña permitieron que Josué y su ejército ganasen al luchar contra los amalecitas abajo (Éxodo 17.8–15).

Debemos empezar nuestra cita con adoración personal, agradeciendo al Padre por darnos providencialmente un nuevo día, agradeciendo al Hijo por morir por nosotros y prometernos su presencia, y agradeciendo al Espíritu Santo por el poder y sabiduría que nos dará al enfrentar las demandas y peligros de la vida. Me gusta leer un himno de alabanza al Señor que exprese mi gratitud mucho mejor de lo que yo puedo hacerlo con mis propias palabras, aunque pienso que el Padre se regocija al oír las palabras de alabanza no refinada de sus hijos.

Finalmente, debemos dedicar tiempo para ser santos. Andar al apuro en la adoración, la oración y la meditación es entristecer al Señor. «¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?» (Mateo 26.40). Leer de prisa unos pocos versículos bíblicos, pasear la vista por uno o dos párrafos de pensamientos devocionales, y luego salir corriendo a nuestros deberes diarios significa privarnos de «oír» la voz de Dios, meditar en lo que Él dice, y «digerir» la verdad en nuestros corazones. Nuestro tiempo devocional diario no es una maratón en la cual tratamos de leer un número dado de versículos cada día. Hay ocasiones cuando me hallo deteniéndome en un solo versículo y descubriendo verdades

allí que nunca antes vi. La Palabra de Dios es nuestro alimento (4.4) y debemos mastcarlo con cuidado, no tragarlo de un solo golpe.

Pasemos a ese tema ahora.

Iluminación

«Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino . . . La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples» (Salmo 119.105, 130). La palabra que se traduce como «exposición» es literalmente «abrir» y se puede traducir como «entrada». Puesto que las casas antiguas no tenían ventanas, cuando se abría la puerta, la luz del sol irrumpía en la habitación. Una Biblia cerrada no da luz y un corazón cerrado no recibe luz. (Véase Lucas 24.32.) La palabra que se traduce como «simple» se puede referir a una persona ingenua que se deja engañar fácilmente, pero aquí describe a la persona que no ha recibido mucha educación formal en un aula, lo que Hechos 4.13 llama personas sin letras y del vulgo.

La Biblia es un libro antiguo, sin embargo siempre es contemporáneo y nos ayuda a vivir en tiempo presente. El Espíritu Santo nos revela a Jesús en sus páginas y nos da la verdad que necesitamos para cada día. «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Timoteo 3.16–17). La Biblia le pertenece a todo el pueblo de Dios, no solo a los graduados de seminario o individuos con mucha inteligencia. Los escritores fueron «santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 Pedro 1.21). El Espíritu Santo no solo inspiró la Palabra de Dios, sino que también nos instruye en ella. «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber», dijo Jesús (Juan 16.13–14). El Espíritu revela a Jesús en la Palabra tal como Jesús se mostró a sí mismo en la Palabra a los discípulos de Emaús (Lucas 24.25–27).

Todos sabemos que podemos ver a Jesús en los tipos y profecías de la Biblia, pero también le podemos ver en los acontecimientos (1 Corintios 10.1–13), las personas y las promesas (2 Corintios 1.18– 22). Antes de que G. Campbell Morgan diera su exposición cada viernes por la noche en la Escuela Bíblica de la Capilla Westminster en Londres, hacía que la congregación se pusiera de pie y entonara el hermoso canto: «Parte tú el pan de vida». Especialmente aprecio la estrofa que dice: «Más allá de la página sagrada / Te busco, Señor / Mi espíritu te anhela, oh Verbo vivo». Leer la Biblia y no ver a Jesús es perderse la mayor bendición de todas.

Recuerde, el Espíritu Santo estaba presente cuando ocurrieron los acontecimientos, y se dijeron las palabras que se registran en las Escrituras, empezando con la creación (Génesis 1.1–2) y acabando con la última invitación de Dios y la última oración del apóstol (Apocalipsis 22.17–21). El Espíritu es el testigo ocular que puede ayudarnos a ver y entender la verdad que Dios quiere que vivamos.

Cuando Dios nos dio el regalo de su Hijo, *¡nos dio lo mejor y con Él todo lo que jamás necesitaremos para vivir una vida cristiana exitosa!* «Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios» (2 Corintios 1.20). Vivimos por promesas, no por explicaciones; y cuando por el Espíritu nos apropiamos de una promesa y decimos: «Amén, así sea», ¡Dios cumple la promesa en Jesucristo!

Recuerdo las promesas de las que mi esposa y yo nos hemos apropiado y que el Señor ha cumplido en nuestra familia y nuestros variados ministerios. Cada promesa ha estado en la Biblia por siglos, pero el Espíritu Santo las señaló para nosotros justo cuando más las necesitábamos. No consultamos una concordancia ni hojeamos la Biblia buscándolas. En el curso de nuestra lectura bíblica diaria, esas promesas simplemente saltaron de la página y gritaron: «¡Confía en mí!» En

Jesucristo, «todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas» por Dios (2 Pedro 1.3), y las llaves que abren ese rico tesoro son las promesas inmutables de Dios. Dios ya ha dicho «Sí» en su Hijo, y nosotros debemos decir un firme «Amén» para apropiarnos de la promesa de Dios. Si lo hacemos, un día esa promesa se cumplirá de la manera que más glorifique a Dios.

Ánimo

La vida cristiana no es una empresa de uno solo, por eso el creyente que confía en sí mismo y que trata de triunfar quedará desilusionado. Después de todo, los cristianos pertenecen al mismo cuerpo espiritual y son ovejas del mismo rebaño, soldados del mismo ejército, e hijos de la misma familia, para mencionar apenas unas pocas de las muchas imágenes de la iglesia en las Escrituras. Estas imágenes indican claramente que nos pertenecemos los unos a los otros, que nos afectamos los unos a los otros, y que nos necesitamos unos a otros. A menudo vemos la frase *unos a otros* en el Nuevo Testamento: Ámense unos a otros, perdónense los unos a los otros, edifíquense los unos a los otros, sean amables los unos con los otros; esa expresión habla de interés y cuidado mutuos.

Hebreos 3.13 nos amonesta: «Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado». En los primeros días de la iglesia cristiana los creyentes se reunían a diario en el templo, proveían diariamente para las viudas, y diariamente conducían a otros a Cristo (Hechos 2.46–47; 6.1); así que tenían oportunidades cotidianamente para animarse unos a otros. Hebreos 10.25 ordena a los creyentes animarse unos a otros para asistir a las reuniones regulares de la iglesia en las que pueden dar y recibir incluso más ánimo. Algunos cristianos tienen un don especial para animar, por lo que no deben vacilar para usarlo (Romanos 12.6, 8).

El predicador y escritor escocés John Watson, que escribió bajo el nombre de Ian McLaren, solía decir: «Sé amable, porque toda persona que encuentras está librando una batalla». Copié esa cita en el frente de mi Biblia y a menudo la miraba antes de subir al púlpito. Hay muchas causas de desaliento en estos días difíciles, por eso nuestra predicación, enseñanza y asesoría debe ayudar a las personas a levantarse por encima del desánimo y a creer en las promesas de Dios. Los creyentes que viven en tiempo presente deben ser sensibles a las necesidades de los demás, y tomar tiempo para mostrar interés, escuchar y animar.

Capacitación

El Señor quiere usar estos poderosos enunciados —YO SOY— en y mediante nuestras vidas, tanto para ayudarnos personalmente como para capacitarnos para ayudar a otros.

Distribuidores. Por ejemplo, Jesús es el Pan de vida (Juan 6.35), y nos alimentamos de Él mediante la Palabra (vv. 68–69). Pero Él nos alimenta a fin de que nosotros podamos a nuestra vez alimentar a otros. No solo que debemos *recibir* una bendición, sino también *ser* una bendición (Génesis 12.2; Salmo 1.3). Como los sirvientes en la fiesta de bodas (Juan 2.1–10) y los apóstoles en Juan 6, *¡somos distribuidores, no fabricantes!* Decimos con Pedro: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy» (Hechos 3.6). No podemos dar a otros lo que no tenemos nosotros mismos, y el Señor está dispuesto y puede llenar nuestros corazones y manos a fin de que podamos alimentar a otros. No trate de fabricar bendiciones. Jesús tiene el monopolio del mercado.

A menudo en mi ministerio de predicar, enseñar y escribir, me he sentido como el hombre de la parábola que no tenía pan para darle a su visitante inesperado y tuvo que ir a rogarle a un vecino que le diera un poco (Lucas 11.5–8).

El Señor siempre ha provisto, ¡a veces a último minuto! Todo lo que se necesita es una boda, un funeral o un miembro de la iglesia que se está muriendo en el hospital, y las horas de estudio se evaporan; pero Dios nunca me ha fallado. A diario le he pedido que me alimente de su Palabra, y

siempre ha habido pan en la despensa.

Portadores de la luz. Jesús es la Luz del mundo (Juan 8.12), y al seguirle, *nosotros llegamos a ser luz para ayudar a otros a ver el camino*. Los no convertidos de este mundo andan en oscuridad y, triste como suena, lo mismo muchos que profesan ser cristianos (1 Juan 1.5–10); por eso cuando viene la crisis, nos miran en busca de luz. «A quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz» (Hechos 26.17-18). «Vosotros sois la luz del mundo» (Mateo 5.14).

Seguidores. Jesús es el buen Pastor, y como ovejas obedientes suyas, nos alimentamos en pastos verdes y somos refrescados por aguas de reposo (Salmo 23.2). Él nos da provisión («nada me faltará», v. 1) y protección («No temeré mal alguno», v. 4), así que tenemos todo lo que necesitamos. No solo que damos gozo al corazón de Dios, sino que también somos buenos ejemplos para que otras ovejas nos imiten. Sin que importe cuánto entrenamiento y experiencia tengamos, a fin de ser líderes efectivos, debemos ser primeros seguidores obedientes.

Maravillas. Jesús es la resurrección y la vida (Juan 11.25–26), y los que hemos confiado en Él hemos sido resucitados de la muerte espiritual y a la vida eterna (Efesios 2.1–3). *¡Somos milagros vivientes!* Los que asistieron al funeral de Lázaro ¡corrieron a su casa en Betania cuatro días después para verle vivo! Lázaro podía haber dicho con el salmista: «Como prodigio he sido a muchos» (Salmo 71.7). No se anota ninguna palabra de Lázaro a la que la gente podía referirse. Simplemente tuvieron que mirarlo, ¡y confiaron en Jesús (Juan 12.9–11)! Yo quiero que mi Señor me ayude a «vivir una vida nueva» (Romanos 6.4) de modo que pueda ser un milagro andante y señalar a otros hacia el Salvador. Mantengamos nuestras vidas en base a un milagro para la gloria de Dios.

Viajeros. Jesús es el camino, y debido a que hemos confiado en Él, nuestro destino seguro es la casa del Padre (Juan 14.6). Estamos en el camino correcto debido a que hemos creído en la verdad y recibido la vida (Mateo 7.13–14). Creer la verdad y no andar en el camino es perder la vida. Las dos cosas van juntas. Los que no han creído la verdad según está en Jesús no tienen la vida que Jesús da, por lo que serán desdichados en la casa del Padre. La filosofía popular actual es que no hay absolutos y que los cristianos están lejos de la corrección política al decir que la fe en Jesús es la única manera para ser salvado. Pero Jesús es *el* camino, no uno de muchos. Al continuar en obediencia nuestro peregrinaje en el camino, descubrimos más verdad y disfrutamos más de la vida abundante.

Dadores de fruto. Permanecer como ramas en Jesús, la vid, es la única manera de disfrutar la vida de fructificación y utilidad (Juan 15.1–17). Eso quiere decir experimentar el podado doloroso a fin de que podamos dar más y mejor fruto, pero esto es lo que glorifica a nuestro Señor. Y debemos tener presente *que las ramas no se comen el fruto; lo comparten con otros*. La edad, la experiencia y el talento tienen poco que ver con esta asombrosa fructificación; el secreto es la fe, el amor y la obediencia que nos capacita para permanecer en Cristo. Cuando me acercaba a cumplir los ochenta, estaba orando en cuanto a mi ministerio y las dolorosas limitaciones que la edad puede traer, y el Señor me dio seguridad usando el Salmo 92.14: «Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes». ¡Qué buen regalo de cumpleaños!

Pablo escribió: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Corintios 15.10).

Si usted y yo queremos esa misma clase de testimonio, debemos vivir en tiempo presente, permaneciendo en Jesucristo, que dijo: «YO SOY».

NOTAS

Capítulo 1

1. Raymond W. Albright, *Focus on Infinity: A Life of Phillips Brooks* (Nueva York: Macmillan, 1961), p. 349.
2. Theodore H. Epp, *Moses* (Lincoln, NE: Back to the Bible, 1975), 1: p. 86.

Capítulo 4

1. Jaroslav Pelikan, *The Vindication of Tradition* (New Haven: Yale UP, 1984), pp. 65–66.
2. Dr. Howard Taylor y su señora, *The Biography of James Hudson Taylor* (Londres: China Inland Mission, 1965), pp. 162–63.

Capítulo 5

1. La palabra hebrea *januká* significa «dedicación».
2. Una novena vela está en medio de la menorah. Se la usa para encender las otras ocho.

Capítulo 8

1. Pero véanse Éxodo 4.22; Deuteronomio. 32.6; Isaías 63.16; 64.8; Jeremías 3.4, 19; Malaquías 1.6; 2.10.
2. Para ver más sobre la Palabra de Dios como alimento, véanse Mateo 4.4; 1 Pedro 2.2; 1 Corintios 3.1–4; Hebreos 5.11–14; Job 23.12; Jeremías 15.16. Por favor, lea estos pasajes.
3. Algo del material de esta sección se adapta de mi libro sobre la parábola del hijo pródigo, *Another Chance at Life*, y se usa con permiso de los publicadores, Christian Literature Crusade (2009).

Capítulo 9

1. Para los que no han estudiado química, H₂O es agua y H₂SO₄ es ácido sulfúrico.

Capítulo 11

1. En 1 Timoteo 1.15–16, Pablo dice que su experiencia de conversión fue «para ejemplo de los que habrían de creer en él», y en 1 Corintios 15.8 que él fue «como a un abortivo». Nunca he conocido ni oído a un cristiano que vio a Jesús en su gloria o le oyó hablar como Pablo lo vio y oyó. Pienso que Pablo se refería a sus amados compatriotas judíos que un día verían a su Mesías y creerían en Él (Zacarías 12.10; Mateo 24.30–41). Pablo fue «el primero» como ejemplo de lo que les sucederá a los judíos en el retorno de Cristo.
2. Véanse Hechos 13.47; 26.18, 23; Romanos 13.12; 1 Corintios 4.5; 2 Corintios 4.4–6; 6.14; 11.14; Efesios 1.18; 5.8–14; Filipenses 2.15; Colosenses 1.12; 1 Tesalonicenses 5.5; 1 Timoteo 6.16; 2 Timoteo 1.10.
3. D. L. Moody, *Glad Tidings* (Nueva York: E. B. Treat, 1876), pp. 291–92.
4. James S. Stewart, *A Man in Christ* (Nueva York: Harper Brothers, n.f.), p. 83.
5. James Stalker, *The Life of St. Paul* (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell, 1950), p. 31.

Capítulo 12

1. A. W. Tozer, *Born After Midnight* (Harrisburg, PA: Christian Publications, 1959), p. 68.

[ACERCA DEL AUTOR](#)

El doctor Warren W. Wiersbe es uno de los maestros bíblicos más respetados del mundo evangélico. Sus conferencias, escritos y ministerios radiales (por diez años fue director de Back to the Bible) han proclamado clara y constantemente el evangelio de Jesucristo alrededor del mundo por más de cuarenta años. Ha escrito más de cien libros.